



Un Cristianismo Sencillo

Encienda su fe y reavive
su primer amor por el Señor

¿Su relación con Jesús es fría y está estancada a pesar de que su vida parece más compleja y confusa? El reconocido autor y excelente maestro de la Biblia John MacArthur cree que aquello que se ha perdido puede ser hallado; que su caminar con Dios puede reavivarse. Este avivamiento comienza cuando usted retorna a su primer amor.

El pastor MacArthur nos muestra cómo restaurar el fuego de la convicción que es el centro del seguir a Cristo mediante el entendimiento de Su carácter, Su gloria, y Su amor por usted. Si desea incrementar e intensificar el amor por el Señor, John le reta a hacer de Cristo el centro de su vida diaria en cada actividad, en cada conversación, y en cada pensamiento privado. Cuando usted hace del Señor Jesús su prioridad y le ama con todo su corazón, alma, mente y fuerzas, Dios es glorificado... y esa es la esencia de vivir un cristianismo sencillo.

Un Cristianismo Sencillo

Redescubra los Principios
Fundamentales de Nuestra Fe

John MacArthur

CONTENIDO

Introducción	5
--------------------	---

Primera Parte : Jesús Nuestro Dios

1. El Supremo	13
2. El glorioso plan de Dios	29

Segunda Parte : Jesús Nuestro Salvador

3. A semejanza de los hombres	49
4. El siervo sufriente	67
5. Nuestro amoroso sustituto	80
6. El sacrificio perfecto	103

Tercera Parte : Jesús Nuestro Señor

7. Nombre sobre todo nombre	119
8. A la diestra de Dios	139

Cuarta Parte : Jesús Nuestro Primer Amor

9. Amor y Obediencia	157
10. En busca de nuestro primer amor	173

Guía de Estudio personal y en grupo	193
Índice de las Escrituras	228
Índice de temas	232

INTRODUCCIÓN

La esencia de la vida cristiana es amar a nuestro Señor Jesucristo. Si usted es cristiano, ama a Cristo. Infortunadamente, la intensidad de su amor está sujeta a varios niveles de fluctuación. Se requiere un compromiso firme de nuestra parte para poder amar a Jesús con todo el corazón, con toda el alma, la mente y las fuerzas. Quizá no existe una mejor ilustración de la forma en que la intensidad del amor a Dios puede disminuir, que lo acontecido a la iglesia de Éfeso, a la cual Jesús le dijo: "Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor" (Apocalipsis 2:4). La enfermedad que afectaba a esa congregación es la misma que golpea a muchas iglesias contemporáneas. En lugar de cultivar una relación íntima y profunda con Cristo, muchos creyentes optan por ignorarlo; se convierten en víctimas de la cultura y se dedican a propósitos mundanos y vacíos. Estoy tan interesado en que el amor por Cristo no se enfríe en las vidas de los creyentes que, en repetidas oportunidades a lo largo de mi ministerio en la iglesia *Grace Community*, he predicado mensajes de advertencia tomando como fundamento Apocalipsis 2:1-7. Este texto enseña de forma muy directa el peligro de que nos ocupemos tanto en actividades para Cristo que olvidemos la necesidad de mantener una relación amorosa y vibrante con el Señor. La iglesia de Éfeso tuvo un gran comienzo. El Apóstol Pablo invirtió tres años de su vida enseñándoles a los creyentes efesios todo el consejo de Dios (observe Hechos 20:27, 31). Nuestro Señor incluso elogió a los miembros de esa iglesia por su servicio:

Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los

que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado.... Pero tengo contra tí, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a tí, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido. (Apocalipsis 2:2-5)

La iglesia de Éfeso era un grupo de personas esforzadas y perseverantes en medio de la dificultad; habían hecho de la santidad y la justicia su estilo de vida. Puesto que tenían una doctrina sólida, reconocían a los falsos apóstoles y evitaban la influencia de esos hombres. A pesar de su éxito, fallaron en el asunto más importante: abandonaron su primer amor. Su pasión y fervor se enfriaron y su vida cristiana se volvió un asunto ortodoxo y mecánico. Servían a Dios sin amarlo profundamente. Todo lo que hacían se había convertido en algo automático. Creían y hacían todo lo que era correcto pero lo hacían con frialdad.

Al igual que los creyentes de Éfeso, Israel había sido una nación santa para el Señor desde su inicio. Dios le dijo al pueblo: *"Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio, cuando andabas en pos de mí en el desierto, en tierra no sembrada"* (Jeremías 2:2). Pero luego les dijo: *"¿Qué maldad hallaron en mí vuestros padres, que se alejaron de mí, y se fueron tras la vanidad y se hicieron vanos?"* (vr. 5).

La luna de miel en Israel llegó a su fin; lo mismo sucedió en Éfeso. Cuando el amor se enfriaba, nace la apatía espiritual, la cual luego se convierte en amor por el mundo, en tomar el mal a la ligera, al igual que en corrupción, muerte y, finalmente, juicio. Imagínese cuán abrumado se sentiría usted si repentinamente su cónyuge le informara que ya

no lo ama, pero tuviese la intención de seguir viviendo y durmiendo a su lado sin que cambie absolutamente nada. De igual forma, sería absurdo que usted le dijera al Señor que ya no lo ama como antes pero que tiene la intención de seguir asistiendo a la iglesia para servirle, cantarle y adorarlo. Quiero decirles que muchos de nosotros hacemos exactamente eso, aunque no somos conscientes de dicha realidad. Ese es el peligro que hay en la apatía espiritual. El apóstol Pablo nunca olvidó la importancia que representaba su relación con Cristo. *"Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo"* (Filipenses 3:7-8). Su pasión era conocer a Cristo; en su vida nada era tan importante ni producía tanta devoción como Cristo, ni siquiera su herencia hebrea. Irónicamente, Pablo quería generar el mismo amor y devoción en los creyentes efesios; por eso les recordó lo que ya poseían en Cristo (capítulo 1 de Efesios). No podemos aseverar con certeza cuál era el nivel de dependencia en Cristo que estos creyentes tenían pero, al parecer, no era suficiente porque nuestro Señor tuvo que ordenarles que "recordaran de dónde habían caído" (Apocalipsis 2:5). Había crecido una nueva generación de cristianos en Éfeso que se aferraba a su fuerte tradición pero no poseía un intenso amor por el Señor. Incluso es posible que algunos de los que asistían a la iglesia no fueran creyentes. El famoso Puritano Thomas Vincent describió lo que sucede cuando carecemos de amor por Cristo:

"La vida cristiana en esencia consiste en nuestro amor por Cristo. Cuando no amamos al Señor, carecemos de vida espiritual y nos asemejamos a un cadáver, el cual no tiene alma ni posee vida natural. La fe sin amor a Cristo es una fe muerta y un cristiano sin amor a Cristo es un cristiano

muerto, muerto en delitos y pecados. Cuando no amamos al Señor, podemos poseer el título de cristianos, pero carecemos totalmente de aquello que nos hace realmente cristianos. Incluso podemos tener apariencia de piedad, pero carecemos totalmente de poder.¹

Por otro lado, un verdadero cristiano es evidente por su intenso amor por Cristo. Vincent continúa:

Cuando un cristiano posee amor por Cristo, su pasión y sus deseos se dirigen al Señor; su deleite está primordialmente en Él, sus esperanzas y expectativas están puestas en Él. Su odio, temor, dolor y molestia están dirigidos primordialmente hacia el pecado porque éste ofende al Señor. Ese tipo de cristiano sabe que el amor comprometerá y utilizará todas las fuerzas y facultades de su alma; sus pensamientos son llevados cautivos en obediencia al Señor; su comprensión será utilizada para buscar y encontrar las verdades de Cristo; su memoria será empleada para recibir y retener dichas verdades; su conciencia lo acusará y lo excusará como un juez fiel; su voluntad escogerá y rechazará conforme a la dirección de Cristo y aquello que agrada al Señor. Todos sus sentidos y los miembros de su cuerpo serán siervos de Cristo. Sus ojos verán lo que ve el Señor, sus oídos oirán lo que oye el Señor, su lengua hablará por el Señor, sus manos trabajarán para Él, sus pies caminarán por Él. Todos sus dones y talentos estarán a disposición y servicio de Cristo; quien ama al Señor, estará dispuesto a hacer por Él lo que sea necesario. Sufrirá por el Señor cualquier cosa que Él le indique. Si ama mucho a Cristo, no le será difícil negarse a sí mismo, tomar su propia cruz y seguirlo a cualquier lugar que el Señor le dirija.²

La vida cristiana es una búsqueda continua de una relación íntima y profunda con Dios. Por causa de su compromiso con Cristo, el verdadero cristiano no hará

nada que deshonre al Señor. Por el contrario, acudirá a Él en busca de misericordia y gracia cuando peque. Buscará la fortaleza de Dios en los momentos de prueba y tentación, y anhelará la sabiduría y el conocimiento que provienen de Dios para que lo guíen a través del laberinto que surge en las circunstancias confusas de la vida.

Ese es el objetivo que pretendo lograr por medio de este libro en su vida. En los siguientes capítulos, usted verá una vez más a Cristo como el Dios del universo, como el amado Salvador que estuvo dispuesto a convertirse en hombre para redimirlo a usted de la ira de Dios y como el Señor soberano que controla cada parte de su vida. Espero que eso haga revivir su primer amor.

Pero la instrucción de nuestro Señor a la iglesia de Éfeso no incluyó solamente el mandato de recordar algo; también les dijo: "Arrepentíos y haced las primeras obras" (Apocalipsis 2:5). Recordar quién es el Señor y cuánto lo ha bendecido, no será suficiente para su vida. Es preciso que usted convierta ese conocimiento en acción. Si no se esfuerza intensamente por cambiar la dirección en la que va, jamás profundizará su relación con Cristo. Deshágase del equipaje extra que ha acumulado a lo largo del camino y una vez más dele a Cristo el primer lugar en su vida. No se deje "extraviar de la sincera fidelidad a Dios" (2 Corintios 11:3), más bien tenga un "*amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida*" (1 Timoteo 1:5).

1. Thomas Vincent, *The True Christian's Love to the Unseen Christ - El amor del verdadero cristiano por el Cristo que no hemos visto* (Lagonier, PA: Soli Deo Gloria, 1993), pág. 1.

2. Ibid., págs. 1-2

Primera Parte

Jesús Nuestro Dios

1

EL SUPREMO

A qué a quien amamos no nació conforme a las leyes de la naturaleza; desconocemos la forma en que fue criado, vivió en la pobreza, y solamente una vez cruzó las fronteras de su tierra natal, (es preciso recordar que ese hecho sucedió durante su infancia). No tuvo riqueza ni una gran imagen en su tierra; no recibió educación en las mejores escuelas del mundo. Su familia no era famosa ni influyente. En su infancia inquietó profundamente a un rey; al inicio de su adolescencia, asombró a los eruditos. Cuando llegó a ser adulto caminó sobre las olas y aquietó las aguas del mar. Sanó sin ningún tipo de medicina a las multitudes y jamás cobró por sus servicios. Nunca escribió un libro, pero si todo lo que hizo fuese registrado en detalle, no cabrían en el mundo los libros que se escribirían (Jn. 21:25). Jamás fundó una universidad, pero todas las universidades que existen juntas no poseen el mismo número de estudiantes que Él tiene. Nunca practicó la medicina pero ha sanado más corazones quebrantados que el número de enfermos que los doctores han podido curar. En diferentes momentos de la historia han surgido grandes hombres y luego han perdido su influencia. No obstante, Él

jamás pierde su vigencia: Herodes no pudo matarlo; Satanás no lo pudo seducir; la muerte no logró destruirlo y la tumba no lo pudo retener. Pero cuando surge la pregunta sobre quién fue realmente Jesucristo, el debate sigue tan candente como lo era hace cerca de dos mil años. Las sectas y los escépticos ofrecen varias explicaciones. Algunos dicen que fue un fanático religioso, un farsante o un revolucionario político. Otros que simplemente fue un buen maestro. Hay unos más que asumen un enfoque totalmente diferente y aseveran que fue la manifestación suprema de la humanidad y que poseía una chispa de divinidad que logró avivar y convertir en una inmensa llama; chispa que, aseveran ellos, todos poseemos pero muy pocos logran avivar. También hay algunos que se atreven a pensar que Jesús era uno de muchos dioses existentes, un ser creado, un ángel superior o un profeta.

Lo que tienen en común todas esas innumerables explicaciones humanas es que muestran a Jesús como inferior a Dios. Pero sólo Dios puede decirnos quién era y es Jesús realmente. La evidencia bíblica que aparece en dos pasajes, uno escrito por el apóstol Pablo a un grupo de creyentes en Colosas (Col. 1:15-19) y el otro escrito por un autor desconocido a creyentes judíos y no judíos (Heb. 1:1-3), nos ofrece una imagen abrumadora sobre la deidad de Cristo. Al mirar estos dos pasajes juntos, no queda la menor duda de que el hombre que se llamaba Jesús nació de una virgen, fue la encarnación de Dios y, por ende, es digno de nuestro amor y devoción.

Tanto el apóstol Pablo como el autor de Hebreos tenían objetivos específicos en mente al escribir sobre la deidad de Cristo. Pablo tenía que contrarrestar la influencia de lo que llegó a ser conocido como *gnosticismo*. Los seguidores de esta secta se ufanaban de tener acceso a misterios sublimes,

enseñanzas, según ellos, tan complejas que las personas comunes y corrientes no podían entender. Enseñaban una forma de dualismo filosófico cuyo postulado básico es que el espíritu es bueno y la materia es mala. Creían que Dios es bueno debido a que es espíritu, pero que precisamente porque la materia es mala, Dios jamás podría tener contacto con la materia. Por ende, también concluyeron que Dios no podía ser el creador del universo físico porque si Dios hubiese hecho la materia, sería el responsable del mal. De igual forma, enseñaban que Dios jamás podría convertirse en hombre porque al hacerlo tendría que habitar en un cuerpo hecho de materia corrupta. Por tanto, explicaban la encarnación aseverando que Jesús era un ángel bueno cuyo cuerpo había sido sólo una ilusión.

Pero el apóstol Pablo dice:

Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud. (Colosenses 1:15-19)

Ese texto afirma de forma puntual que Jesús como Dios hecho carne, es el creador de todas las cosas.

Por el contrario, el escritor de Hebreos le escribió a judíos, algunos de los cuales no creían que Jesús fuese el Mesías. Además de confirmarles la deidad de Cristo a los creyentes judíos, intentaba convencer a los incrédulos de la

superioridad de Cristo, de su preeminencia sobre cualquier personaje, institución, ritual o sacrificio del Antiguo Testamento. Los primeros tres versículos del capítulo 1 son un resumen de toda la epístola, y en unas pocas palabras presenta la superioridad de Cristo.

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder”. (Hebreos 1:1-3).

Jesús no era simplemente un hombre. Esos pasajes declaran que era el ser preeminente: el clímax de la revelación de Dios. Jesucristo es la representación plena y la expresión humana de Dios, superior y exaltado por encima de cualquier otro ser y de todo lo que existe. Si deseamos volver a poseer en algún momento nuestro primer amor, es necesario sustentar nuestra relación con Él en ese hecho irrefutable. Pero antes de poder hacerlo, debemos ver la relación que Cristo sostiene con las cosas que son superiores a nosotros. Tanto el apóstol Pablo como el autor de Hebreos hacen exactamente eso. Examinemos lo que ellos afirman sobre nuestro Cristo amado y exaltado.

Cristo y el Padre

De tal Padre tal Hijo

Aquellos que niegan la deidad de Cristo en ocasiones tratan de utilizar Colosenses 1:15-19 para apoyar su tesis. Sugieren, por ejemplo, que la frase “la imagen del Dios invisible” (vr. 15) indica que Jesús fue solamente un ser creado que

portaba la imagen de Dios de igual forma que el resto de la humanidad. Pero el término griego que es traducido como imagen en este pasaje es la palabra *eikon*, la cual se refiere a una réplica perfecta, una copia precisa o una reproducción exacta, tal como sucede con un retrato o una escultura fina. Pablo estaba aseverando que Dios mismo está plenamente manifestado en la persona de su Hijo, el cual es Jesucristo; Él es la imagen exacta de Dios.

Hebreos 1:3 hace una aseveración idéntica. *“El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia”*. Para Dios, Cristo es semejante a lo que es el cálido resplandor de la luz para el sol. Con Cristo y Dios sucede lo mismo que con el sol, el cual nunca está sin su resplandor. Ellos no pueden ser separados y nunca jamás han existido el uno sin el otro porque son uno, (lea Juan 10:30).

El término griego traducido como “resplandor” (*apaugasma*, “emitir luz”) representa a Jesús como la manifestación de Dios. Puesto que nadie puede ver a Dios en ningún momento (lea Juan 1:18), y nadie podrá jamás hacerlo, el único resplandor que puede alcanzarnos de parte de Dios nos es dado por medio de Jesucristo.

Vivimos en un mundo lleno de injusticia, fallas, privación, separación, enfermedad y muerte. Una oscuridad moral cubre a hombres y mujeres, los cuales están cegados por sus apetitos y pasiones impías. El apóstol Pablo confirma este hecho. *“Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios”* (2 Corintios 4:3-4).

Pero si usted es cristiano, Dios le ha abierto los ojos a la luz. *“Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese*

la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo" (2 Corintios 4:6). Jesús mismo dijo: "Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida." (Juan 8:12). Jamás podríamos ver o disfrutar la luz de Dios si no pudiéramos ver a Jesús. Su luz es la vida misma, la verdadera vida espiritual que nos concede propósito, significado, paz, gozo y comunión por toda la eternidad.

Hebreos 1:3 también dice que Cristo es "la imagen misma de [la] sustancia [de Dios]". Jesús es la imagen expresa de Dios no sólo en su manifestación, sino también en su mismísima esencia y sustancia. Aún en su encarnación dejó de lado el uso de sus atributos, no los atributos mismos; por ende, siempre fue Dios plenamente. "El que me ha visto a mí", le dijo a sus discípulos, "ha visto al Padre" (Juan 14:9). Pablo aseveró que la gloria de Dios brilla en Jesucristo (lea 2 Corintios 4:4,6).

La palabra griega *charakter* fue traducida como "la imagen de Dios"; de ese término se derivan en español las palabras "carácter y característica". Los griegos usualmente utilizaban este término para hablar de una impresión que se realizaba por medio de un grabado que había en un dado o en un sello; el diseño que había en el dado era reproducido sobre una superficie de cera que se usaba para cerrar y proteger documentos importantes. Al usar esa terminología, el autor de Hebreos está aseverando que Jesucristo es la reproducción de Dios: la impresión personal y perfecta de Dios en el tiempo y el espacio.

Por medio de Cristo, el Dios invisible se ha hecho visible. La plenitud de la persona de Dios nos es revelada en Jesucristo. Colosenses 1:19 revela a mayor profundidad

esa verdad: "por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud". Jesús no es solamente una representación de Dios; Él es Dios plenamente. Colosenses 2:9 es aún más explícito: "Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad". A Jesús no le falta nada; ningún atributo de Dios está ausente. Él es Dios en el sentido más amplio y exacto posible.

El heredero legítimo

En Colosenses 1:15 Pablo dice que Jesús es el "primogénito de toda creación". Quienes rechazan la deidad de Cristo han utilizado de forma muy inapropiada esa frase, asumiendo que significa que Jesús fue un ser creado y por ende no puede ser el Dios eterno. Pero el término traducido como "primogénito" (*prototokos*) describe el rango de Jesús, no su origen. Aunque *prototokos* puede significar el primogénito en orden cronológico (lea Lucas 2:7), el término se refiere principalmente a la posición. Tanto en la cultura griega como en la judía, el primogénito también era el hijo que tenía el primer rango y por ende tenía el derecho a la herencia. Como resultado, el primogénito en una familia real tenía el derecho a reinar. Cristo es Aquél que hereda toda la creación y el derecho a gobernarla.

En el Salmo 89:27, Dios dice lo siguiente sobre David: "Yo también le pondré por primogénito, El más excelso de los reyes de la tierra". En ese texto se ve el significado de "primogénito" de forma muy clara: "el más excelso de los reyes de la tierra". Eso es lo que significa *prototokos* con relación a Cristo. Él es el Señor de señores y Rey de reyes. (Ap. 17:14).

Hebreos 1 también contiene una aseveración paralela. El versículo 2 dice que Dios ha constituido a su Hijo como "heredero de todo". Como Hijo de Dios, Jesús es el heredero

de todo lo que Dios posee. Todo lo que existe en el universo hallará su verdadero significado solamente hasta que llegue a estar bajo el control de Cristo. Vemos ese tema en el libro de los Salmos, donde el Padre le dice al Hijo: "Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra" (Sal. 2:8).

En los postreros días el reino de Dios finalmente será entregado por toda la eternidad a Jesucristo (Lea Ap. 11:15). Apocalipsis 5 muestra una imagen de Dios en el cielo sentado en un trono con un rollo sellado en su mano. Ese rollo es la escritura de toda la tierra y lo que hay en ella, y le pertenece al Heredero, quien tiene el derecho de poseerlo todo.

La ley romana exigía que un testamento fuera sellado siete veces para protegerlo de posibles falsificaciones y eso es lo que sucede con el título de propiedad del cual se habla en Apocalipsis. Al principio no se encontró a nadie digno de romper los sellos pero Jesucristo, el Cordero que es digno de toda honra, aparece y toma el rollo de la mano derecha de Dios porque Él, y sólo Él, tiene el derecho de hacerlo.

Apocalipsis 6 narra el primer acontecimiento que sucede mientras Cristo empieza a poseer la tierra que por derecho le pertenece. Rompe los sellos uno por uno y a medida que lo hace, asume un mayor control y posesión de su herencia. Finalmente cuando rompe el séptimo sello, suena la séptima trompeta y se derrama la séptima copa. Ahora la tierra es suya.

Cuando Cristo vino a la tierra por primera vez, se hizo pobre para que nosotros fuésemos enriquecidos a través de su pobreza (lea 2 Co. 8:9). No poseía nada propio ni un lugar "donde recostar la cabeza" (Lc. 9:58). Fue incluso despojado de sus ropas cuando murió y fue sepultado en

una tumba prestada. Pero cuando Cristo vuelva, las cosas serán diferentes. Heredará por completo y eternamente todas las cosas.

Aquellos que le confiaron sus vidas serán coherederos con Él (lea Ro. 8:16-17). Cuando entremos a su reino eterno poseeremos también todo lo que Él posee. No seremos señores o dueños pero seremos coherederos de su maravillosa herencia. Le debemos a Cristo toda nuestra devoción y amor porque Él es la imagen de Dios, tiene el derecho de regir la tierra y un día nos hará coherederos de su herencia. El sólo hecho de que esto sea cierto debería hacer que volviéramos a nacer en nosotros nuestro primer amor.

Cristo y la Creación

Él es el Creador

Colosenses 1:16-17 expresa de manera explícita que Cristo es el creador de todas las cosas. *"Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas"*. Él no es parte de la creación; es el Creador, el mismo brazo de Dios, activo desde el principio, creando todas las cosas por medio de Su Palabra. Juan 1:3 dice: *"Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho"*. Eso no sería posible si Él mismo fuera un ser creado.

Hebreos 1:2 también identifica a Cristo como el Creador. Él es la persona de trinidad por medio del cual fue hecho el mundo, el agente "por quien asimismo [Dios] hizo el universo", y para el cual todo lo creado fue diseñado. Una de las pruebas más contundentes de la deidad de Cristo es

su poder para crear, una habilidad que le pertenece sólo a Dios. Él creó todas las cosas materiales y espirituales.

Aunque el hombre ha manchado la creación con el pecado, originalmente todo lo que Cristo creó era bueno y la creación misma anhela ser restaurada al estado que tenía en el principio (lea Ro. 8:21-22). El término griego que ha sido traducido como "universo" en Hebreos 1:2 es *aionas* y su mejor traducción es "tiempos". Jesucristo es el creador no sólo del mundo físico, sino también del tiempo, el espacio, la fuerza, la acción y la materia. Sin hacer ningún esfuerzo, creó todo el universo y todo lo que hace que este funcione.

Piense en lo que eso significa. La inmensidad de la creación es abrumadora. ¿Alguna vez ha pensado en el tamaño del universo? Si ese hecho no lo asombra con relación a la majestad de Dios, es muy probable que usted no haya realmente reflexionado sobre la grandeza del cosmos. Un rayo de luz viaja a una velocidad de 299.337 kilómetros por segundo. De forma tal que un rayo de luz que enviemos desde aquí llegará a la luna en 1.5 segundos. Imagine lo que significa viajar así de rápido. Usted podría llegar a mercurio en 4.5 minutos y a Júpiter en 35 minutos. Si decidiera avanzar más rápido, podría llegar a Saturno en casi una hora. Pero le tomaría 4 años y 4 meses llegar a la estrella más cercana. Viajar sólo hasta el límite de nuestra galaxia, la vía láctea, le tomaría cerca de 100.000 años. Si pudiera contar las estrellas a medida que viaja, llegaría a cerca de 100.000 millones solamente en la vía láctea. Si quisiera explorar otras galaxias, tendría billones de estrellas para escoger. El tamaño de nuestro universo es comprensiblemente ininteligible.

¿Y qué de la vida en la tierra? ¿De dónde vino? John Eccles, un premio Nobel en neurofisiología, dijo en un

artículo titulado "La evolución y el ser consciente" que las probabilidades de la evolución de vida inteligente en la tierra son en extremo mínimas. Es sorprendente que también dijo que creía que la evolución sí había ocurrido pero jamás podría volver a ocurrir en ningún otro planeta o en cualquier otro sistema solar. Su extraña lógica ilustra claramente el dilema de la ciencia humanista. Si usted se rehúsa a reconocer un Creador, es difícil explicar cómo llegó a existir este universo tan maravilloso, inmensurable y complejo en el que vivimos. ¿De dónde surgió? ¿Quién lo concibió? ¿Quién lo hizo? No puede ser un accidente. Alguien tuvo que hacerlo y la Biblia nos dice que su hacedor es Jesucristo.

Él es el preexistente

Jesús tiene primacía sobre la creación porque "Él es antes de todas las cosas" (Col. 1:17). Cuando el universo empezó, Jesús ya existía (lea Jn. 1:2; 1 Jn. 1:1). De hecho Jesús le dijo a los judíos en Juan 8:58: "Antes que Abraham fuese, yo soy". Se identificó a sí mismo como *Iahveh*, el Dios que ha existido eternamente. El profeta Miqueas también habló de Jesús y dijo: "sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad" (Mi. 5:2). Cualquiera que existiera antes de que el tiempo fuese creado en el acto de la creación, debe ser eterno, y sólo Dios es eterno.

Él es el sustentador

Además, Pablo añade que "todas las cosas en él subsisten" (Col. 1:17). El autor de Hebreos confirma la declaración de Pablo. Cristo "sustenta todas las cosas con la palabra de su poder" (Heb. 1:3). El término griego que fue traducido como "sustenta" significa "apoyar o mantener". En este texto se usa en el tiempo presente, lo cual implica una acción continua. Todo lo que existe en el universo está

siendo sustentado en este preciso instante por Jesucristo. Él mantiene el delicado equilibrio necesario para la existencia de la vida literalmente manteniendo todas las cosas juntas. También mantiene todas las entidades del espacio en movimiento. Es el poder que hace que todo funcione en el universo.

¿Se imagina lo que sucedería si Cristo abandonara su poder sustentador sobre las leyes del universo? Si tan sólo una de las leyes físicas cambiara, no podríamos existir. Si Él suspendiese la ley de la gravedad por un breve momento, todos pereceríamos de formas inimaginables. Piense en la destrucción que ocurriría si la rotación de la tierra disminuyera tan sólo un poco o si el planeta se alejara o se acercara unos cuantos grados más al sol.

Nuestro globo terráqueo está inclinado en un ángulo exacto de 23 grados, lo cual nos provee cuatro estaciones. Si no estuviera inclinado, los vapores del océano se moverían hacia el norte y hacia el sur y se convertirían en continentes monstruosos de hielo. Si la luna no estuviera exactamente a la distancia que está de la tierra, las mareas oceánicas inundarían la tierra. Si los suelos oceánicos fuesen tan sólo unos cuantos metros más profundos de lo que son, el equilibrio entre el dióxido de carbono y el oxígeno que existe en la atmósfera de la tierra se desajustaría completamente y no podría existir ningún tipo de vida vegetal o animal. Si la densidad de la atmósfera se redujese tan sólo un poco, muchos de los meteoros que actualmente se queman de forma inofensiva cuando golpean la atmósfera bombardearían la superficie terrestre constantemente.

¿Cómo es posible que nuestro mundo mantenga un equilibrio tan increíblemente delicado? Por medio de Jesucristo, quien sustenta y monitorea todos sus movimientos.

Él es el principio mismo de la cohesión. No acepte la mentira enseñada por el deísmo, según el cual Dios hizo todas las cosas, las puso a andar como un reloj, y después simplemente ha dejado que sigan su marcha. El universo es un cosmos, no un caos; un sistema ordenado y confiable y no un desorden errático e impredecible. El orden surge solamente del hecho que Jesucristo sustenta todas las cosas. Al comprender esto, la respuesta más natural de todo cristiano debería ser postrarse a los pies de Jesús para amarlo y adorarlo.

Cristo y el Mundo Invisible

Cristo también tiene una relación particular con el mundo espiritual invisible, puesto que Él es el Creador de los "tronos", "dominios", "principados" y "potestades" (Col. 1:16). Esos términos se refieren a los varios rangos de ángeles que Cristo creó. El escritor de Hebreos también hace una clara distinción entre Cristo y los ángeles "Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, Y a sus ministros llama de fuego. Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; Cetro de equidad es el cetro de tu reino" (Heb. 1:7-8).

La Escritura enseña con claridad que Jesús no es un ángel sino el Creador de los ángeles. Está por encima de los ángeles, quienes de hecho lo adoran y están bajo su autoridad. La relación de Jesús con el mundo invisible, al igual que su relación con el universo invisible, comprueba que Él es Dios.

Cristo y la Iglesia

Pablo concluye su tratado sobre la preeminencia de Cristo con cuatro grandes realidades sobre la relación de Cristo con la iglesia. "Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia,

él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia" (Col. 1:18).

Él es la cabeza

La Escritura utiliza muchas metáforas para describir a la iglesia, pero ninguna es tan gráfica como la del cuerpo humano. La iglesia es un cuerpo y Jesús es la cabeza de ese cuerpo. La iglesia no es solamente una organización; es un organismo vivo, controlado por el Cristo viviente. Él gobierna cada parte del cuerpo y le provee vida y dirección. Puesto que Jesús vive su vida a través de todos los miembros, produce unidad en el cuerpo (lea 1 Corintios 12:12-20). Él le da energía y coordina la diversidad que existe dentro del cuerpo, una diversidad que se manifiesta en ministerios y dones espirituales (lea versículos 4-13). Él también dirige la unión del cuerpo, haciendo que los miembros individuales se sirvan y se apoyen unos a otros (lea los versículos 15-27).

Él es la fuente

Cristo también es el "principio" de la iglesia. *Arche* (comienzo) se refiere a la fuente, al rango o a la primacía. Puede ser traducido como "cabeza" o "pionero". Puesto que Cristo es tanto la fuente como la cabeza de la iglesia, ella tiene su origen en Él. Dios "*nos escogió en él antes de la fundación del mundo*" (Ef. 1:4). Como cabeza del cuerpo, Jesús sustenta la posición principal o el rango más alto en la iglesia; y como el inicio de la iglesia, Él es su creador.

Él es el Primogénito de entre los muertos

Al inicio de este capítulo, establecimos el significado del término "primogénito". De todos aquellos que han sido o alguna vez serán resucitados de entre los muertos, Cristo tiene el rango más alto. Él es el más grande de todos.

Él es el Preeminente

En nuestra época se valora mucho el hecho de ser el primero. Esa es una realidad en los deportes y en los negocios; la meta de los equipos y las corporaciones es ser el número uno, pero la verdad es que sólo hay uno que ocupa el primer lugar. Como resultado de su muerte y su resurrección, Jesús ocupa el primer lugar en todas las cosas. Es lógico que quien ocupe el primer lugar en rango en todo el universo sea Jesucristo.

Pablo resume su argumento diciendo: "por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud" (Col. 1:19). El término *pleroma* (plenitud) fue utilizado por los gnósticos para referirse a los poderos y atributos divinos que, según ellos se manifestaban de diversas formas. La perspectiva de Pablo es que la plenitud de la deidad no está dividida en pequeñas porciones que sean dadas a diversos tipos de espíritus, sino que esa plenitud está presente en su totalidad sólo en Cristo (lea el versículo 10). Los cristianos reciben de esa plenitud: "*Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia*" (Jn 1:16). Toda la plenitud de Cristo está disponible para aquellos que depositan su confianza en Él. ¿Cuál debería ser nuestra respuesta a estas gloriosas verdades?

El puritano John Owen aseveró con mucha sapiencia lo siguiente:

La revelación que tenemos de Cristo en el bendito evangelio es de lejos más excelente, más gloriosa, tiene un mayor destello de sabiduría y más pureza que toda la creación y su correcta comprensión puede transformar o sustentar. Sin este conocimiento, la mente del hombre, no importa cuánto se enorgullezca de otras invenciones y descubrimientos, está envuelta en oscuridad y confusión.

Por tanto este conocimiento amerita lo más excelso de nuestros pensamientos, lo mejor de nuestro meditar y nuestra mayor diligencia. Si nuestra bendición futura consiste en morar donde Él está y en contemplar su gloria, ¿qué mejor preparación podemos realizar que una constante contemplación plena de esa gloria tal como nos es revelada en el evangelio, para que al contemplarla gradualmente seamos transformados al mismo nivel de gloria?¹

Dios dice que su Hijo tiene el primer lugar en todas las cosas. ¿Qué significa eso para usted? Debería significarlo todo. Rechazarlo es quedar separado de su presencia y condenado a un infierno eterno pero recibirlo es recibir todo lo que Él es y posee; no hay una opción diferente a estas dos.

Si usted ha de volver a tener su primer amor, es absolutamente necesario que reconozca que Jesús realmente tiene el primer lugar en todo, incluyendo su vida. Usted no ocupa una posición de importancia, solamente Jesús ocupa esa posición. Cuanto más temprano empiece a reconocer esa verdad, más pronto empezará a restablecer su primer amor por Jesús.

1. John, Owen, *The Glory of Christ - La Gloria de Cristo* (Chicago: Moody Press, 1949), pgs. 25-26.

EL GLORIOSO PLAN DE DIOS

¿Cómo puedo conocer a Dios? Esa pregunta no se escucha muy a menudo en nuestra sociedad actual. Hoy es más común oír preguntas como: *¿Soy una persona valiosa?* *¿Existe alguna forma de aceptarme tal y como soy?* Además existen cientos de opiniones que sugieren las respuestas a esas preguntas.

Hoy abundan los libros y seminarios que abordan temas de psicología, autoimagen, superación personal, autoestima y cosas semejantes que presentan técnicas no bíblicas para ayudar a las personas a liberarse de la culpa, del temor y los sentimientos de incompetencia. Pero nadie puede desarrollar un verdadero sentido de logro personal solamente adoptando juegos psicológicos que elevan el orgullo. Ese énfasis no es diferente al que los fariseos hacían; ellos exaltaban los actos externos al tiempo que ignoraban las realidades espirituales (lea Mateo 23). Aunque esa clase de esfuerzo puede producir un *sentimiento* de autoestima, realmente no habrá ningún cambio en el alma. Por el contrario, la culpa, el temor, la ansiedad y la depresión forman parte de cualquier esfuerzo que se haga por esconderse de la verdad.

La gran verdad es que el hombre está en bancarrota moral y espiritual y nada de lo que haga podrá jamás producirle justicia o darle verdadero valor. Romanos 3:10-12 nos explica cuál es la razón de esta situación: "Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; *no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno*". Todo esfuerzo que se haga por establecer una justicia propia está condenado a fracasar porque el hombre por sí mismo es incapaz de producir el bien.

El propósito y el significado genuino sólo pueden surgir de una relación correcta con el Creador. Observe que dependemos de Dios para establecer la relación puesto que "no hay quien busque a Dios". Cuando Dios no interviene, el hombre crea religiones y dioses según su propio criterio, que no tienen nada que ver con el verdadero Dios. Una persona sin Cristo no tiene valor espiritual, tampoco tiene elementos para presentarse ante Dios y no tiene significado o propósito en el mundo. Es como "tamo que arrebató el viento" (Salmo 1:4).

En cambio, un cristiano es un hijo de Dios, coheredero con Cristo y ha sido escogido en Cristo antes de la fundación del mundo. El registro de la historia redentora de Dios gira en torno al hecho de que Él extiende su mano y atrae a sí mismo a todos aquellos que ha elegido salvar. Como cristianos sólo hallamos significado para cumplir con el propósito divino al conocer a Dios y a su Hijo, y al comprender que sin que haya ningún valor inherente en nosotros, y solamente por la gracia y la soberanía divina, Dios nos escogió a cada uno de nosotros para que le perteneciéramos.

Dios eligió a la nación de Israel como Su pueblo escogido solamente con base en su propia iniciativa y sin ninguna

otra influencia. Mientras el pueblo aún erraba en el desierto del Sinaí, Moisés dijo:

"No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto"
(Deuteronomio 7:7-8).

Dios no los escogió con base en un valor inherente de ellos o por sus logros, sino por causa de su amor por ellos y su deseo de que cumplieran Su propósito. Lo mismo es verdad en cuanto a la elección que Dios ha hecho de los creyentes. Su elección se basa solamente en su divino propósito y en su voluntad. El apóstol Juan escribió lo siguiente sobre Jesús: *"Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios"* (Jn 1:12-13). No existe un mayor valor que el comprender que hemos sido escogidos de una forma especial por Dios para formar parte de su familia. Nada se compara con eso. Entonces, ¿por qué tantos cristianos le dan la espalda a Dios y abandonan su primer amor para dedicarse a buscar una satisfacción mundana? La comprensión del maravilloso plan de salvación de Dios y de todo lo que Él tiene para usted como miembro de Su familia le ayudará inmensamente a volver a obtener su primer amor.

Efesios 1:3-6 es un registro del papel que Dios cumple en nuestra salvación y lo que ha puesto a nuestra disposición por medio de Su Hijo. Estos versículos nos llevan a la

eternidad pasada y nos permiten darle un vistazo al plan que Dios ya tenía de salvarnos no sólo desde mucho antes de nuestro nacimiento, sino incluso desde antes de crear la tierra. Pablo escribe:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado".

Efesios 1:3-6

El enfoque de esos versículos es Dios y es preciso entender el papel que Cristo desempeña al ejecutar el plan de salvación del Señor. Es por medio de nuestra unión con Él que recibimos la salvación y las bendiciones celestiales.

Cristo como un Agente

Con toda seguridad usted conoce cuál es la función de un agente. El diccionario define un agente como "alguien que recibe el poder para actuar por o representar a otro". Algunas de las personas más poderosas en el mundo de los deportes y del entretenimiento son los influyentes agentes que representan a los atletas famosos y a las celebridades. Probablemente usted conoce algunos agentes de más bajo perfil como los agentes de seguros que representan una compañía o los de bienes raíces que representan a un comprador y a un vendedor.

De igual forma, Cristo es el agente de Dios cuando se trata del tema de la salvación. Observe las siguientes frases

en Efesios 1. Cómo hemos sido bendecidos "con toda bendición espiritual en los lugares celestiales *en Cristo*" (v. 3), Dios "nos escogió *en él*" (v. 4), y "habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos *por medio de Jesucristo*" (v. 5, itálicas añadidas).

Cuando confiamos en Cristo como nuestro Señor y Salvador, somos unidos de forma maravillosa a Él. 1 de Corintios 6:17 dice: "Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él". Nuestra unidad con Cristo es algo mucho más profundo que un sencillo acuerdo mutuo; se trata de una unidad interna y profunda en la que compartimos la vida eterna con Dios.

Romanos 8:16-17 dice: "Somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos". Cuando vinimos a Cristo Jesús nos convertimos en herederos junto a Él y Dios nos entregó toda su riqueza por medio de Jesús. Puesto que somos uno en Cristo Jesús, su justicia nos es imputada y su herencia es nuestra. Su posición es ahora nuestra posición, su privilegio es ahora nuestro privilegio, sus posesiones son ahora nuestras posesiones y su práctica es ahora nuestra práctica. Tenemos valor no por el hecho de quienes somos, sino por lo que hemos llegado a ser en Cristo.

Nuestra relación con Cristo toma un valor superior cuando comprendemos que somos un regalo de Dios para su Hijo. Cristo entendió eso cuando le dijo al Padre: "He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra" (Juan 17:6). Con respecto a este tema, Martyn Lloyd-Jones dijo:

Este pueblo... le pertenecía a Dios antes de convertirse en el pueblo del Hijo. Nuestra posición no depende primordialmente de nada de lo que hagamos; ni tampoco

depende primordialmente de la acción del Hijo. La acción fundamental es la de Dios el Padre que escogió para sí mismo de entre toda la humanidad, desde antes de la fundación del mundo, luego le presentó, le entregó ese pueblo que había escogido al Hijo, para que el Hijo los pudiera redimir e hiciera todo lo que fuese necesario para reconciliarlos consigo. Esa es la enseñanza del mismo Señor Jesucristo. Él vino al mundo y cumplió su tarea para ese pueblo que le había sido entregado por el Padre... pero es de vital importancia que recordemos que todo es hecho "en Él". El apóstol repite continuamente la verdad que no hay nada en absoluto que le sea entregado al cristiano sin el Señor Jesucristo; no hay ninguna relación con Dios que sea verdadera y salvífica excepto aquella que es en y por medio del Hijo de Dios. "Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre" (1 Tim. 2:5).¹

Apenas si logramos entrever la superficie de la profundidad de la relación que existe entre el Padre y el Hijo y nos es revelada en Juan 17. El regalo que Dios prometió (lea 2 Timoteo 1:9; Tito 1:2) entregarle al Hijo fue una humanidad redimida que en últimas lo glorificaría por lo que hizo. Romanos 8:29 revela cómo funciona eso en el propósito ulterior de Dios en pro de nuestra salvación. *"Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos".*

Desde antes que el tiempo empezara, Dios eligió salvar a los creyentes de sus pecados para que ellos "fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo", Jesucristo. En consecuencia, cada creyente verdadero camina inexorablemente en pro de la perfección en justicia, al tiempo que Dios constituye para sí un pueblo re-creado a la imagen de su divino Hijo (lea

Gálatas 4:19; Colosenses 1:28; 1 Juan 3:2), el cual morará y reinará con el Padre en el cielo por toda la eternidad. Dios está redimiendo para sí una raza eternamente santa y semejante a Cristo, para que sean ciudadanos en su reino divino e hijos en su familia celestial.

En últimas, el propósito supremo de Dios al llevar pecadores a la salvación es glorificar a su Hijo, Jesucristo, al convertirlo en la persona preeminente en el plan divino de la redención. El propósito de Dios para Cristo es que sea "el primogénito entre muchos hermanos" (Ro. 8:29). Tal como lo mencionamos en el capítulo 1, el término "primogénito" era utilizado usualmente en la cultura judía de forma figurativa para representar la preeminencia de alguien, y ese es su significado en el presente contexto. Tal como sucede en casi todas las ocasiones en las que se usa la palabra "hermanos" en el Nuevo Testamento, en el contexto de Romanos 8 el término es sinónimo de "creyentes". El principal objetivo de esto en el plan de redención de Dios era hacer que su amado Hijo fuese el "Primogénito entre muchos hermanos" en el sentido de hacer de Cristo el personaje preeminente entre todos los hijos de Dios. Aquellos que confían en Él se convierten en los hijos adoptivos de Dios, y Jesús, el Hijo de Dios, bondadosamente se refiere a ellos como sus hermanos y hermanas en la familia divina de Dios (lea Mateo 12:50). El propósito de Dios es hacernos semejantes a Cristo para crear una gran humanidad redimida y glorificada en la cual Él reine y sea la persona preeminente por toda la eternidad. Por ende, nuestro mayor propósito como hijos redimidos de Dios es pasar la eternidad alabando y adorando al amado "primogénito" de Dios, nuestro preeminente Señor y Salvador, Jesucristo. Pablo escribió sobre ese propósito y lo denominó "el premio del supremo llamamiento de Dios" (Fil. 3:14), es decir, el galardón celestial. Ese era "el premio" por el cual Pablo luchaba en su vida y ciertamente

debería ser el enfoque de aquellos que desean recobrar su primer amor.

Las Bendiciones de Nuestra Salvación

Después de haber visto el papel de Cristo con respecto al plan de salvación de Dios, necesitamos enfocarnos en la presentación que hace Pablo de lo que Dios el Padre planeó para sus hijos. Pablo empieza en Efesios 1 informando a sus lectores y a nosotros de las impresionantes bendiciones que están disponibles para aquellos que son salvos.

El bendito

Pablo comienza alabando a Aquél que ha provisto la bendición. "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo" (v.3). El término griego traducido como "bendito" es *eulogetos*, del cual se deriva el término en español "elogio". Es una declaración de las bondades de un individuo.

La Biblia describe de principio a fin la bondad de Dios. Melquisedec declaró: "bendito sea el Dios Altísimo" (Génesis 14:20). En los últimos días "todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay" dirá "Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos" (Apocalipsis 5:13).

En consonancia con su perfección y con el hecho de ser digno de adoración, Aquel que es supremamente bendito por su bondad es también el mismo que "nos bendijo". Santiago dice que *"Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación"* (1:17). Romanos 8:28 dice: *"Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les*

ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados". Dios es bueno y bendice porque Él es la fuente de todo lo bueno que existe.

Los bendecidos

Los recipientes de las bendiciones de Dios son los creyentes. En su maravillosa providencia, gracia, y el plan soberano, Dios ha decidido ser eternamente bueno con nosotros. Cuando adoramos su bondad, lo bendecimos. Cuando nos bendice, nos otorga su favor. Lo bendecimos con palabras y Él nos bendice con hechos. Nuestro Padre celestial nos llena de dádivas buenas. Esa es su naturaleza y esa es nuestra necesidad.

Las bendiciones

Después, Pablo nos dice que hemos sido bendecidos "con toda bendición espiritual". Infortunadamente, la mayoría de los creyentes nos son conscientes del alcance de esas bendiciones y constantemente le piden a Dios cosas que Él ya ha provisto. Oran pidiendo cosas como amor, paz, gozo y fortaleza, cuando en realidad todas esas bendiciones ya les pertenecen y pueden simplemente tomarlas (lea Romanos 5:5; Juan 14:27, 15:11; Filipenses 4:13). Dios nos ha otorgado todas las bendiciones espirituales pero necesitamos pedir sabiduría para comprender cómo utilizar esos recursos (lea Santiago 1:5).

En la bendición de Dios no falta ningún ingrediente. No se trata de que Dios nos *otorgará* su bendición, sino de que *ya* nos ha dado "todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad" (2 Pedro 1:3). Dios ya nos bendijo con toda bendición espiritual. Los recursos que tenemos en Cristo no son solamente algo que nos haya sido prometido, sino algo que ya poseemos. Todo creyente tiene lo que Pablo llama "la

provisión del Espíritu de Jesucristo" (Filipenses 1:19). Dios no nos puede dar más de lo que ya nos ha dado en Cristo; ya estamos completos en Él (lea Colosenses 2:10). Por ende, la necesidad del creyente no es recibir más cosas sino hacer más cosas con lo que ya posee.

La ubicación de la bendición

Nuestros abundantes e ilimitados recursos y realidades residen "en los lugares celestiales", una esfera que abarca todo el reino sobrenatural de Dios. Aunque esto se refiera al cielo, no sólo se limita a él. Alude a todas las cosas que son trascendentes, eternas y espirituales, como el amor, el perdón y la paz; es decir, todos aquellos elementos que residen exclusivamente en el reino de Dios. No es una promesa de salud, riqueza y éxito en este mundo. Por el contrario, es la promesa de las cosas que no son de este mundo.

Los cristianos son mucho más ciudadanos del cielo que de la tierra. Filipenses 3:20 expresa de forma explícita: *"Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo"*. Puesto que somos ciudadanos del cielo, podemos comprender las cosas sobrenaturales de Dios, cosas que "el hombre natural no percibe" y "no las puede entender porque se han de discernir espiritualmente" (1 Corintios 2:14).

Cuando un ciudadano americano viaja al exterior, conserva su ciudadanía americana tal como si estuviera en los Estados Unidos. Sin importar si se encuentra en África, el cercano Oriente, Europa o cualquier otro país diferente a su tierra natal, sigue siendo un ciudadano americano y posee todos los derechos y privilegios que son parte de su ciudadanía.

Como ciudadanos del reino celestial de Dios, los cristianos tienen todos los derechos y privilegios que esa ciudadanía les ofrece (algunos en el presente y otros en el futuro), incluso cuando están viviendo en los lugares más hostiles y "apartados" de la tierra. Nuestra vida verdadera está en el cielo porque nuestro Padre, nuestro Salvador, nuestra familia, los seres que amamos y nuestro hogar están allá. Aunque mucho de lo que anhelamos está en el cielo, debemos continuar nuestra estadía en la tierra durante todo el tiempo que el Señor disponga.

La clave para vivir como ciudadanos celestiales mientras vivimos en este mundo es andar en el Espíritu (Gálatas 5:16). Al hacer esto, Pablo afirma que "no satisfaceréis los deseos de la carne". Por el contrario, seremos los beneficiarios del fruto del Espíritu (lea vs. 22-23). Recibimos nuestras bendiciones al vivir en el poder del Espíritu. Si alguna vez se siente tentado a dejar que los intereses terrenales se conviertan en la prioridad de su vida, recuerde la abundancia de las bendiciones que Dios ha dispuesto para usted. Luego, con toda seguridad usted se aferrará a su primer amor.

El Plan de Salvación

Jamás entenderemos algunos caminos de Dios tan plenamente como sí podemos hacerlo con otros, pues "Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios" (Deuteronomio 29:29). Isaías 55:9 nos enseña que los caminos de Dios son más altos que los caminos del hombre y eso es especialmente cierto cuando se trata de la doctrina de la elección. En Efesios 1:4-6 Pablo escribe: "Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo,

según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia". Esos versículos revelan el aspecto pasado del eterno plan de salvación de Dios.

El método: elección soberana

La Biblia enseña tres clases de elección. Una es la elección teocrática de Dios con respecto a Israel (lea Deuteronomio 7:6). Pero esta no tenía relación con la salvación personal. Provenir genéticamente de Abraham como padre del pueblo hebreo no significó descender espiritualmente de él como padre de los creyentes (lea Romanos 4:11).

La segunda clase de elección es vocacional. El Señor eligió a la tribu de Leví para que fuesen sus sacerdotes pero eso no garantizó su salvación. Jesús eligió a doce apóstoles pero Judas no era creyente.

La tercera clase de elección es salvífica, que es la que Pablo describe en Efesios 1:4. Jesús explicó: *"Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere"* (Juan 6:44). Nadie llega a ser salvo a menos que sea atraído (el término griego es *helkuo*). En escritos no bíblicos esta misma palabra se utiliza para hablar de una fuerza irresistible. Por ejemplo se usa para referirse a un hombre hambriento que es atraído al alimento, y para describir el poder del amor que atrae y une a dos personas. Esta fuerza de atracción de Dios puede ser asemejada a un electro imán que atrae el hierro pero no tiene ningún efecto sobre los metales no ferrosos. La elección de Dios es irresistible para aquellos sobre los cuales ha puesto su amor. Los elegidos responderán mediante la fe al imán divino.

Dios nos escogió en Cristo sin que haya absolutamente ningún tipo de mérito de nuestra parte. Por la elección soberana de Dios, aquellos que son salvos fueron puestos

en eterna unión con Cristo incluso antes de que la creación tuviese lugar.

Aunque la voluntad del hombre no es libre en el sentido que muchas personas lo suponen, es definitivamente parte de su ser. Separados de Dios, esa voluntad es cautiva del pecado. Con todo, el hombre conserva la capacidad y la responsabilidad de elegir a Dios porque Dios hace esa elección posible, y Dios tiene que intervenir porque jamás podríamos elegirlo si fuésemos abandonados a nuestras propias habilidades (lea Romanos 3:11).

Jesús dijo que quien cree en Él no perecerá sino tendrá vida eterna (lea Juan 3:16) y *"todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente"* (11:26). Los frecuentes mandatos que se les hacen a los no salvos para que respondan al Señor (por ejemplo Mateo 3:1-2, 4:17; Juan 11:28-30) indican claramente la responsabilidad que tiene el hombre de ejercer su propia voluntad. No obstante la Biblia es igual de clara en enseñar que ninguna persona recibe a Cristo como Salvador y Señor si no ha sido elegido por Dios (lea Romanos 8:29; 1 Pedro 1:2). Jesús enseña ambas verdades en un versículo en el evangelio de Juan: *"Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera"* (Juan 6:37).

La elección soberana de parte de Dios y el ejercicio de la responsabilidad de parte del hombre para elegir a Jesucristo parecen dos verdades opuestas e irreconciliables. En su libro *Evangelismo y la soberanía de Dios*, J.I. Packer advierte sobre los peligros de intentar reconciliar estas dos verdades:

"Las personas ven que la Biblia enseña la responsabilidad del hombre en cuanto a sus acciones; no ven... de qué forma eso pueda ser consistente con el señorío soberano de Dios sobre esas acciones. No se sienten cómodos de permitir que esas dos verdades convivan la una junto a

la otra, que es lo que sucede en las Escrituras, sino que prefieren llegar a la conclusión de que para enseñar la verdad bíblica sobre la responsabilidad humana, están obligados a rechazar la doctrina igualmente bíblica y verdadera de la soberanía divina, razón por la cual obvian o explican de una forma inadecuada el gran número de textos que enseñan esta segunda verdad. El deseo de simplificar la Biblia excesivamente al eliminar los misterios es algo natural a nuestras mentes pervertidas, por eso no es sorprendente que incluso hombres buenos sean víctimas de esta equivocación. Por eso, encontramos esta disputa persistente y compleja. Sin embargo, lo irónico de la situación es que cuando se le pide orar a las personas que sostienen las dos distintas posiciones, se hace evidente que aquellos que profesan negar la soberanía de Dios realmente creen en ella tan firmemente como aquellos que la defienden.”²

La soberanía divina y la responsabilidad humana son realidades integrales e inseparables de la salvación, aunque sólo la mente infinita de Dios sabe a ciencia cierta cómo operan las dos en conjunto.

El tiempo: la eternidad pasada

Dios nos eligió “antes de la fundación del mundo”. Desde antes de la creación del universo fuimos predestinados por Dios de forma soberana para ser hechos suyos. El apóstol Pedro declaró que fuimos redimidos “con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo” (1 Pedro 1:19-20). Así como la crucifixión de Cristo fue planeada desde antes que el mundo iniciara, nosotros también fuimos designados para la salvación desde antes del inicio de la creación; nuestra elección fue hecha en el mismo momento en el que se diseñó la salvación. Y allí

nuestra herencia en el reino de Dios fue determinada (lea Mateo 25:34). Pertenecíamos a Dios antes de que el tiempo empezara y seremos suyos después de que el tiempo deje de existir. Nuestros nombres “*estaban escritos desde el principio del mundo en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado*” (Apocalipsis 13:8).

El propósito: Santidad - Semejanza a Cristo

Previamente mencionamos el propósito del plan de salvación de Dios en cuanto a Cristo pero necesitamos preguntarnos cuál fue el propósito del Señor para con aquellos a quienes salvó. Pablo dice que lo hizo para que pudiéramos ser “santos y sin mancha” (Efesios 1:4). El término griego que ha sido traducido como “sin mancha” (*amomos*) literalmente significa “sin mancha” o “impecable”. Pablo también enseñó que fuimos “predestinados para que fuésemos hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Romanos 8:29).

Puesto que Cristo se entregó a sí mismo por nosotros como “un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:19), Dios nos ha concedido su propia naturaleza impecable y sin mancha. Aquellos que eran indignos han sido declarados dignos, los injustos fueron declarados santos.

Obviamente esa es nuestra posición en Cristo, pero en nuestra práctica diaria estamos lejos de parecernos a Cristo y de ser intachables. Sin embargo, el Colosenses 2:10, Pablo dice: “*vosotros estáis completos en Él*”. En Jesucristo llegamos a ser todo lo que Dios es. Por eso nuestra salvación está segura, puesto que poseemos la perfecta justicia de Cristo. Nuestra práctica puede llegar a ser, y de hecho suele ser, insuficiente para lograr nuestra salvación, pero nuestra posición jamás será insuficiente puesto que es la misma posición santa e intachable que Cristo tiene ante Dios. Nuestra seguridad

depende de la misma seguridad que tiene nuestro Salvador porque estamos en Él; puesto que Dios nos ha declarado santos e intachables, deberíamos luchar para reflejar eso en nuestras vidas procurando desarrollar la misma imagen de Cristo mientras vivimos en este mundo (lea Filipenses 3:9-14). Usted jamás perderá su primer amor si Cristo es la pasión y la prioridad de su vida.

El motivo: amor

Dios nos escogió para que fuésemos sus hijos por causa de su amor (lea Juan 3:16). El amor bíblico denominado *ágape* no es una emoción; es un acto de sacrificio propio en favor de los otros. La expresión preeminente del amor de Dios es la muerte de su Hijo: *"Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos"* (Juan 15:13).

Eso es exactamente lo que Jesús hizo en favor de aquellos a quienes eligió salvar. En el supremo acto de amor divino, Dios determinó desde antes de la fundación de la tierra que entregaría a su unigénito Hijo para que nos salvara. Pablo dice: *"Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo"* (Efesios 2: 4-5).

El resultado: nos convertimos en hijos de Dios

El resultado de la elección de Dios es que nos "predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo" (Efesios 1:5). En Cristo nos convertimos en miembros del reino de Dios, y puesto que Él es nuestro Señor, nosotros somos sus siervos. También somos llamados sus amigos (lea Juan 15:15). En su gran amor, el Señor incluso nos ha hecho algo más que ciudadanos, siervos y amigos; nos ha convertido en sus hijos. Nos ha llevado de forma amorosa a la intimidad de su propia familia.

Nos convertimos en sus hijos en el momento en que recibimos la salvación (lea Juan 1:12). De hecho, por ser sus hijos, podemos dirigirnos a Dios de forma íntima, lo cual se hace evidente por el uso de la palabra "Abba", que es el término arameo equivalente a nuestra palabra "papito" (Gálatas 4:6). Nuestra adopción significa que la vida de Dios reside en nosotros. Los padres humanos pueden adoptar hijos y amarlos tanto como a sus hijos naturales. Pero ningún padre humano puede impartir su propia naturaleza a un hijo adoptado. Por el contrario, eso es exactamente lo que Dios ha hecho por nosotros. De hecho, somos "participantes de la naturaleza divina" (2 Pedro 1:4) porque el Espíritu de Dios mora en nosotros (lea Gálatas 4:6).

La razón: la gloria

¿Por qué hizo Dios todo esto? Pablo dice que es "según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia" (Efesios 1:5-6). Por sobre todas las cosas, Dios nos elige y nos salva para su propia gloria. Cuando Jesús le dijo a sus discípulos: "a vuestro Padre le ha placido daros el reino." (Lucas 12:32), estaba afirmando el deleite que Dios experimenta a la hora de manifestar su gloria.

Toda la creación existe para darle gloria a Dios. En Isaías 43:20 Dios dice: "Las fieras del campo me honrarán". El Salmo 19:1 dice: "Los cielos cuentan la gloria de Dios". Los únicos rebeldes en el universo son los ángeles caídos y la humanidad. Todo el resto de la creación glorifica a su Creador. Los ángeles caídos ya han sido removidos de la presencia de Dios por toda la eternidad y lo mismo sucederá con los seres humanos que rechacen la salvación que hay en Cristo.

Dios eligió y decretó de antemano quiénes serían conformados a la imagen de Cristo desde antes de la

fundación del mundo para que ningún ser humano pudiese jactarse o gloriarse en sí mismo, sino que toda la gloria fuese de Dios. La salvación es plenamente de Dios y por ende toda la gloria le pertenece a Dios. Para garantizar esto, cada elemento que conforma la salvación fue diseñado antes de que naciera ningún ser humano.

La razón última de todas las cosas que existen es el honor del Todopoderoso. Por eso, como hijos de Dios, los cristianos deben hacer todo "para la gloria de Dios" (1 Co. 10:31). Como usted lo puede ver, nuestro propósito surge de saber que somos el objeto del amor de Dios y que Él nos escogió para ser miembros de su divina familia. Puesto que usted es un hijo del Rey, se ha convertido en alguien valioso para Él y puesto que Dios nos ha dado toda bendición espiritual en los lugares celestiales, contamos con una provisión ilimitada de recursos divinos. Asegúrese de usarlos para que su vida sea satisfactoria; para ministrar con el mayor nivel de poder posible; para cumplir el propósito de la iglesia que Jesús compró con su propia sangre.

En el primer capítulo vimos que Cristo es Dios, el Creador y Sustentador del universo y aquel que tiene el poder de gobernarlo. En este capítulo hemos visto el papel que tiene Cristo en el magnífico plan de salvación de Dios. En los siguientes, veremos lo que Cristo hizo para ejecutar el plan de Dios y cómo eso lo hace digno de nuestra devoción plena y pura.

1. D. Martyn Lloyd-Jones, *El máximo propósito de Dios: Una exposición de Efesios 1:1-23* -God's Ultimate Purpose: An exposition of Ephesians 1:1 to 23- (Grand Rapids, MI: Baker Books, 1979), pág. 94.

2. J. I. Packer *El evangelismo y la soberanía de Dios* -Evangelism and the sovereignty of God- (Chicago:InterVarsity Press, 1961), págs. 16-17.

Segunda Parte

JESÚS NUESTRO SALVADOR

A SEMEJANZA DE LOS HOMBRES

El autor británico C.S. Lewis, en el capítulo titulado "El gran milagro", que forma parte de su libro *Milagros*, describió la encarnación de Cristo de la siguiente forma:

"En la historia cristiana, Dios desciende para volver a ascender. Baja desde las alturas del ser más supremo y entra en el tiempo y el espacio, desciende a la humanidad a las raíces y al lecho marino de la mismísima naturaleza que ha creado.

Pero desciende para volver a subir y llevar este mundo arruinado a las alturas, donde Él mora. La imagen que viene a la mente es la de un hombre fuerte que se agacha más y más para ponerse por debajo de una carga inmensa y difícil; debe inclinarse para poder levantarla. Casi debe desaparecer bajo la carga antes de poner toda la carga sobre su espalda y levantarse de forma increíble con todo el peso puesto sobre sus hombros.

O también podemos pensar en un buzo que primero se despoja de su ropa y queda prácticamente desnudo,

luego salta por el aire y se sumerge de un zambullido, desaparece al descender rápidamente por entre la tibia y azulada agua marina hasta llegar a aguas frías y oscuras, desciende en medio de una presión cada vez mayor hasta llegar a una región de muerte llena de cieno, sedimento y lama acumulada de forma decadente a través de muchos años; luego vuelve a subir, en dirección al color y a la luz, con sus pulmones casi explotando hasta que finalmente llega a la superficie, al tiempo que sostiene en su mano, goteando, el precioso objeto que bajó a recuperar. El buzo y el objeto vuelven a tener color al subir y al encontrarse con la luz; abajo, donde el objeto yacía sin color en medio de la oscuridad, el hombre también había perdido su color.

En este acto de descenso y re-ascenso todos podemos reconocer un patrón familiar, algo que está escrito en todo el mundo. Es el patrón de la vida vegetal, la cual debe reducirse a algo pequeño y entrar en el reino de la muerte; debe caer al suelo y desde allí la nueva vida vuelve a ascender.

Este es también el patrón del mundo animal. Hay un descender del estado pleno y perfecto de los organismos al espermatozoo y al huevo, luego en el útero oscuro surge una vida, en primera instancia inferior en su forma a aquella de la especie que está siendo reproducida, luego hay un lento ascenso al perfecto embrión, a la vida, a la cría consciente y finalmente al adulto.

Lo mismo sucede en la vida moral y emocional. Los primeros deseos inocentes y espontáneos tienen que someterse a un proceso semejante a la muerte de control y negación total, pero desde allí hay un ascenso a un

carácter plenamente formado en el cual la fortaleza del material original opera totalmente pero de una forma nueva. Muerte y renacimiento: descender para subir; este es un principio fundamental. La senda al carácter pleno casi siempre se encuentra en medio de este conflicto, este acto de despojamiento".¹

Dios hizo por nosotros lo mismo que Lewis describió de forma tan elocuente. Jesucristo, el Hijo Unigénito de Dios, dejó su posición sublime con Dios el Padre y se humilló a sí mismo al volverse hombre para poder desarrollar el plan de salvación de Dios. Jesucristo, el mismo creador y sustentador del universo, acordó volverse una criatura para poder salvar a aquellos a quienes Dios había elegido desde antes de la fundación del mundo.

Los capítulos previos simplemente forman el escenario para lo que estamos a punto de examinar en el resto del libro, pues ahora veremos el plan de Dios en acción. Es posible experimentar consuelo y gran gozo no sólo al saber que Dios nos ha elegido para salvación, sino al ver cómo hizo que esto fuera posible. Eso nos lleva a uno de los pasajes más profundos de toda la Escritura, Filipenses 2:5-8. Allí el apóstol Pablo describe la encarnación de Cristo, el milagro central del cristianismo.

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

El texto griego indica que este pasaje probablemente fue un himno de la iglesia primitiva. Los teólogos han denominado a este pasaje una gema cristológica, un diamante brillante del Nuevo Testamento porque no tiene paralelo en su análisis de la encarnación de Dios en Cristo. Con todo, aunque teológicamente es un texto fundamental, este pasaje es ante todo y primordialmente un texto ético. El contexto revela que Pablo estaba luchando para motivar a los creyentes a vivir conforme a su fe.

Por medio de la inspiración del Espíritu Santo, usa el hecho de la encarnación para ofrecer una ilustración suprema de humildad, una ilustración que estamos llamados a imitar. La descripción inspirada de Pablo es el retrato supremo del auto-sacrificio, la auto-negación, el darse a sí mismo y el amor ilimitado hacia Dios por parte de Cristo.

Al mismo tiempo que observamos su ejemplo de humildad, es preciso que usted vea el amor que Cristo también tuvo por usted. Más allá de ese ejemplo de humildad se encuentra lo que ese humilde acto logró: la redención de su alma. La renovación de su amor por Cristo debe comenzar en este punto, pues usted seguirá de forma diligente el ejemplo dado por Jesús y no hará nada por envidia o vanidad y, por el contrario, considerará a los otros más importantes que usted mismo sólo después de considerar lo que Jesús estuvo dispuesto a abandonar por causa suya. No hay forma más grande de demostrar su amor por Cristo.

Cristo era Dios

Pablo empezó afirmando que Jesús es Dios al utilizar la expresión "siendo en forma de Dios" (Filipenses 2:6). Ese es el punto en el que inició la encarnación y del cual Cristo comenzó el descenso de su humillación. El término

griego traducido como "siendo" es *hyparcho* y enfatiza la esencia de la naturaleza de una persona, el estado continuo o la condición de algo.² Expresa lo que uno es de forma inalterable e inalienable en su esencia. El argumento de Pablo era que Jesucristo existe de forma continua sin ningún tipo de cambio.

El significado de la palabra griega que fue traducida como forma (*morphe*) "siempre significa una forma que verdadera y plenamente expresa el ser que subyace en el término del cual se habla".³ Eso significa que describe el ser esencial o la naturaleza de aquello a lo que se refiere, en este caso la naturaleza esencial de Dios.

El término *Morphe* se entiende mucho mejor cuando lo comparamos con la palabra griega *schema*, la cual también es traducida como "forma". *Morphe* expresa el carácter esencial de algo; lo que algo es en sí mismo, mientras que *schema* enfatiza la forma externa o la apariencia. Lo que *morphe* expresa nunca cambia, mientras que lo que *schema* representa puede variar. Por ejemplo, todos los seres humanos poseen una humanidad desde el momento en que son concebidos hasta que mueren. Esa es su *morphe*. Pero el carácter esencial de la humanidad se representa en varios *schema*. En un momento del tiempo un hombre es un embrión, luego un bebé, después un niño, luego un adolescente, después un joven, luego un adulto y finalmente un anciano.

Al utilizar *morphe* en Filipenses 2, Pablo estaba diciendo que Jesús poseía la naturaleza esencial e inmutable de Dios. Esa interpretación de la primera frase del versículo seis es reforzada por la segunda frase: "no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse", lo cual indica que Jesús era igual a Dios. Entonces, ser en forma de Dios expresa la igualdad de Cristo con Dios.

La deidad de Cristo es el núcleo y fundamento de la fe cristiana. Una de las metas del apóstol Juan al escribir su evangelio era eliminar en sus lectores toda duda de que Jesús es Dios. Inició su escrito diciendo: "En el principio era el Verbo [Cristo], y el Verbo era con Dios... Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres" (Juan 1:1, 3-4). Juan también dijo que Cristo "fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre)" (versículo 14). En el primer capítulo, examinamos dos pasajes adicionales que también afirmaban la deidad de Cristo: Colosenses 1:15-17 y Hebreos 1:3. El cristianismo empieza con el reconocimiento que Jesucristo es en esencia totalmente el Dios eterno.

Ese es también el punto de inicio de la humillación de Cristo. El descendió de un lugar excelso en el cual poseía la naturaleza de Dios. Aunque no logramos siquiera empezar a entender la humillación que Cristo experimentó podemos seguir su ejemplo. Al fin y al cabo, somos hijos de Dios, bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (lea Efesios 1:3). Hemos sido escogidos en Él (lea versículo 4). Somos un pueblo especial al que se le ha prometido la gloria eterna del cielo y poseemos una posición exaltada como hijos de Dios. Por tanto, nuestra humildad empieza con un reconocimiento del elevado punto de partida del cual se nos pide que descendamos para el beneficio de otros. La verdad simple y profunda es que Dios se hizo hombre y nosotros debemos ser siervos igual que Él. Debemos seguir el ejemplo de aquel que es nuestro primer amor.

Cristo no se Aferró a su Semejanza a Dios

Aunque Jesús era igual a Dios, no "estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse". El término griego

traducido como "igual" es *isos* y describe cosas que son exactamente iguales en tamaño, cantidad, cualidad, carácter y número. El vocablo español "isómero" proviene de esa palabra griega. Los isómeros son moléculas químicas que varían según la estructura de cada uno pero son idénticos según el elemento y el peso atómico. Podríamos decir que sus formas son diferentes mientras que su carácter esencial es el mismo. *Isomorfo* (forma igual), *isométrico* (medidas iguales) y *triángulo isósceles* (un triángulo con dos lados que tienen la misma medida), son todas palabras en español que describen conceptos de igualdad.

El primer paso en la humillación de Cristo fue su disposición a no aferrarse a su igualdad con Dios. Aunque no se aferró a ella, es indudable que Jesús lo declaró y que las personas que lo oyeron comprendieron que lo estaba haciendo. Juan escribió: "Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios" (Juan 5:18). En la actualidad hay muchas personas que niegan la deidad de Cristo, pero en su época, incluso sus peores enemigos, los líderes religiosos apóstatas, comprendieron plenamente el significado de sus aseveraciones. "Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios" (Juan 10:33).

Aunque poseía todos los derechos, privilegios y honores Cristo no consideró esas cosas como algo "a qué aferrarse". El término griego que fue traducido como "aferrarse" originalmente se refería a algo que era tomado en un robo. La palabra después llegó a significar algo que uno apretaba con firmeza. Nuestro Señor comprobó que la grandeza de un llamado no es algo a lo que uno se aferre como si fuese una valiosa posesión, para beneficiarse de forma egoísta o para nunca ponerlo a un lado por el beneficio de los otros.

El mensaje del cristianismo es muy distinto al de los sistemas religiosos mundanos creados por el hombre en los cuales los adoradores procuran calmar la ira de sus respectivos dioses. Nuestro Dios bajó la mirada y observó a unos perversos pecadores que lo odiaban y de todo corazón renunció a sus privilegios para entregarse por ellos. Pablo dijo: "Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo" (Tito 3:4-5; lea también 2:11). La encarnación expresa tanto la misericordia como la naturaleza generosa, desinteresada de la segunda persona de la Trinidad.

Cristo se despojó a sí mismo

En lugar de aferrarse a su igualdad con Dios, Cristo "se despojó a sí mismo" (Filipenses 2:7). El verbo griego traducido como "despojarse" (*kenoo*) nos lleva al término teológico *kenosis*, que es la doctrina que practicó Cristo del auto despojarse (un aspecto significativo de su encarnación). El verbo expresa su propia renuncia, su decisión de rehusar a aferrarse a sus ventajas y privilegios como Dios y optar por descender al humilde estado humano.

Sin embargo, en ningún momento perdió su deidad a cambio de la humanidad. Él es coexistente con el Padre y el Espíritu y si su condición hubiese sido inferior a la de Dios, la Trinidad habría dejado de existir. Cristo jamás podría convertirse en algo inferior a lo que realmente es. Más bien, retuvo su naturaleza divina al tiempo que se despojó de los privilegios que vamos a estudiar a continuación, para poder descender al desesperado nivel de los pecadores indignos.

Gloria celestial

Poco antes de que su misión terrenal llegara a su fin, Jesús oró: "glorificame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Juan 17:5). Cristo renunció a la gloria de tener una relación cara a cara con Dios por la escoria de este mundo. Cambió la adoración que recibía de parte de los ángeles por el escupitajo de los hombres. Sacrificó el radiante brillo de la gloria celestial y se despojó a sí mismo. En muy pocas ocasiones durante su ministerio terrenal, la plenitud sobrenatural de la gloria de Cristo se manifestó, por ejemplo en la transfiguración del monte (lea Lucas 9:28-36). Es posible vislumbrar la gloria de Cristo en algunos momentos, a través de sus milagros, actitudes y palabras, al igual que en su crucifixión, resurrección y ascensión. Pero Cristo se despojó a sí mismo de la continua manifestación externa y del disfrute personal de la gloria celestial.

Autoridad independiente

Nuestro Señor también se despojó de su autoridad independiente. Se sometió completamente a la voluntad del Padre y aprendió a ser un siervo. Filipenses 2:8 dice que fue obediente y vemos un ejemplo de esta realidad cuando dijo en Getsemaní: "No sea como yo quiero, sino como tú" (Mateo 26:39). "Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia" (Hebreos 5:8) y Él mismo afirmó que venía a hacer la voluntad del Padre y no la suya (lea Juan 5:30).

Prerrogativas divinas

Jesús también hizo a un lado las prerrogativas y la expresión de su naturaleza divina, limitando de forma voluntaria sus atributos divinos, aunque jamás dejó de ser Dios. Por ejemplo, conservó su omnisciencia, pues sabía lo que había

en el corazón del hombre (lea Juan 2:25). También seguía siendo omnipresente, aunque no de forma física, pues vio a Natanael bajo un árbol (lea Juan 1:45-49). Aunque Jesús nunca se despojó de su deidad, sí renunció a utilizar libremente sus atributos, limitándose a sí mismo al punto de no conocer la hora de su segunda venida (lea Mateo 24:36).

Riquezas eternas

Es imposible que nosotros entendamos plenamente las riquezas divinas que le pertenecen a Cristo, pero podemos aseverar que renunció a todo. *"Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos"* (2 Corintios 8:9). Cristo fue tan pobre que dijo: "Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza" (Mateo 8:20).

Una relación favorable

Dios "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado" (2 Corintios 5:21). Como resultado, Jesús exclamó a gran voz en la cruz: "Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mateo 27:46). Experimentó una alienación del Dios trino del cual era parte. Al acercarse a la culminación de su obra, le pidió al Padre que restaurara su gloria y relación existentes antes de la encarnación (lea Juan 17:4-5).

Cristo se Convirtió en Siervo

Cuando Cristo se despojó a sí mismo, no sólo renunció a sus privilegios, sino que tomó "forma de siervo" (Filipenses

2:7). Pablo utilizó una vez más el término *morpho* para indicar que Cristo tomó el carácter esencial de un siervo. Su servidumbre no fue un acto de teatro o un engaño; Él no se vistió simplemente de esclavo, sino que se convirtió en esclavo.

Puesto que es Dios, Cristo es el dueño de todas las cosas. Pero cuando vino a este mundo, tuvo que pedir prestado todo: un lugar en el cual nacer, uno en el cual dormir (muchas noches durmió en el monte de los olivos), un bote para cruzar el mar de Galilea y para predicar desde su cubierta; un asno para montarlo en su entrada triunfal a Jerusalén; un cuarto para la Pascua y una tumba en la cual ser sepultado. La única persona que jamás haya vivido en esta tierra con el derecho de usar cualquier cosa, estaba desprovista de todo. Aunque era el Rey de reyes y el Señor de señores, el heredero legítimo del trono de David, y Dios mismo encarnado, no tuvo ventajas o privilegios en este mundo. Recibió muy poco y aún así sirvió a todos. Ese fue el increíble destino de Aquél de quien está escrito, "todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Juan 1:3).

La instrucción y el ejemplo que Cristo nos ha dado con relación al servicio son algo muy claro. Después de lavarle los pies a los discípulos, dijo: "Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis" (Juan 13:14-15).

Cristo se Identificó con los Pecadores

La forma en que Cristo les sirvió a los pecadores fue por medio de una identificación absoluta. Pablo dice que Cristo

se hizo "semejante a los hombres" (Filipenses 2:7). Recibió todos los atributos esenciales de la humanidad y, por ende, llegó a ser semejante a nosotros. Fue un hombre genuino, no una copia de hombre; fue mucho más que Dios en un cuerpo humano. Fue el Dios-hombre, totalmente Dios y totalmente hombre. Puesto que fue hombre, Jesús nació y creció en sabiduría y madurez física (lea Lucas 2:52).

Cuando Jesús se hizo hombre, asumió la naturaleza del ser humano en su condición caída y débil; sintió dolor, hambre, sed, cansancio, lloró y también murió. Sobrellevó el resultado de la caída del hombre.⁴

Cuando Cristo asumió la naturaleza humana en su condición caída, hubo un elemento significativo que fue eliminado: el pecado. Jesús fue tentado en todo pero sin pecado, "Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (Hebreos 4:15). Aunque Cristo nunca pecó, sintió los resultados del pecado al hacerse uno de nosotros. Jesús "por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo" (Hebreos 2:17). Para que Cristo pudiera sentir lo que nosotros sentimos, tenía que ser hecho semejante a nosotros; experimentó todas las pruebas y tentaciones a las que nosotros nos enfrentamos, pero jamás cedió al pecado. Por eso es un Sumo Sacerdote tan fiel y comprensivo.

La Apariencia de Cristo fue la de un Hombre

El siguiente paso en el descenso de Cristo se relaciona íntimamente con el punto anterior. Cristo no sólo fue "hecho semejante a los hombres" (Filipenses 2:7), sino

que también estuvo "en la condición de hombre" (v.8). La diferencia entre estas dos frases es simplemente un cambio en el enfoque. En el versículo 8 vemos la humillación de Cristo desde la perspectiva de quienes lo vieron y compartieron con Él. Cristo fue el Dios-hombre, pero cuando las personas lo miraban, veían la condición (el término griego es *schema*, que quiere decir "forma externa") de un hombre. Por ende, no lo veían distinto a ningún otro hombre.

El hecho de que Cristo se hiciera hombre ya era de por sí humillante; el no ser reconocido como el Mesías debió haber sido aún peor. Cristo realizó milagros y enseñó con autoridad; no obstante, las respuestas típicas que escuchó fueron: "Respondieron entonces los judíos, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano, y que tienes demonio?" (Juan 8:48), y "Y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice éste: Del cielo he descendido?" (Juan 6:42). Puesto que las mentes de las personas estaban cegadas por el pecado, podían ver su humanidad pero les era imposible reconocer su deidad. Trataron al Rey de reyes no sólo como un hombre, sino como el peor de los hombres; como un criminal común y corriente.

Cristo se Humilló a sí Mismo

En lugar de defenderse, Cristo "se humilló a sí mismo" (Filipenses 2:8). Piense en el juicio al que se enfrentó. A pesar de la increíble humillación que experimentó, no profirió una sola palabra en su defensa, excepto asentir con las aseveraciones de sus acusadores: "Jesús le dijo: Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo" (Mateo 26:64). Ellos se mofaron

de Él, lo golpearon, le halaron la barba y lo trataron como escoria; sin embargo, Él permaneció en silencio y aceptó el abuso de los hombres a lo largo de cada una de las etapas del juicio. Jamás exigió sus derechos y, por el contrario, se humilló a sí mismo.

Indudablemente nuestra sociedad carece de esa clase de actitud. La exigencia de los derechos del individuo es el tema cotidiano en las cortes de justicia, las salas de gobierno e incluso los púlpitos de nuestras iglesias. Cristo nos dio un ejemplo muy diferente. Como Rey, podría haber exigido un palacio, un carruaje, siervos, un fino guarda ropas y un reino lleno de joyas; por el contrario, vivió como un hombre sencillo. Sólo piense en lo que significa el hecho de que el Dios del universo haya estado junto a José y le haya ayudado en su carpintería en Nazaret.

Cristo fue Obediente hasta el Punto de la Muerte

La humildad de Cristo fue mucho más allá de su pobreza y de su sencillo estilo de vida; estuvo dispuesto a morir por los pecadores: "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos" (Juan 15:13). Cristo murió de forma voluntaria; nadie le quitó la vida (lea Juan 10:18). Él se entregó a una muerte inmerecida.

Cristo se rebajó a morir por los pecadores porque esa es la única forma como podíamos ser salvos; no había ninguna otra forma de librarnos porque "la paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23). La santidad de Dios exigía que su ira fuese satisfecha y eso requería un sacrificio. El único camino que tenía Cristo para ayudar a los pecadores era morir en su lugar y pagar el precio del pecado, a fin de poder trasladarnos de muerte a vida eterna.

Cristo Murió en una Cruz

"Y muerte de cruz" (Filipenses 2:8) resalta el aspecto más impactante de la humillación de Cristo, pues no sufrió sólo la muerte, sino la muerte en una cruz; es decir, la muerte más espantosa, vergonzosa, degradante, dolorosa y cruel que jamás haya sido diseñada.

La crucifixión tuvo su origen en los persas y luego fue adoptada por los romanos, quienes usaban este método para ejecutar a los esclavos rebeldes y a los peores criminales. Los judíos odiaban esa forma de castigo porque Deuteronomio 21:23 dice: "no dejaréis que su cuerpo pase la noche sobre el madero; sin falta lo enterrarás el mismo día, porque maldito por Dios es el colgado; y no contaminarás tu tierra que Jehová tu Dios te da por heredad". Gálatas 3:13 asevera: "Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)". El Dios que creó el universo padeció la mayor degradación humana: colgar desnudo en una cruz delante de personas que se mofaban, con sus pies y manos atravesados por unos clavos.

La gracia y el amor de Dios por los pecadores fueron tan grandes que Cristo se rebajó a morir por ellos. Al final de la exposición doctrinal que Pablo hace sobre la salvación en Romanos, concluye diciendo: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!" (Romanos 11:33). Pablo estaba asombrado con el plan de salvación de Dios, un plan que ningún hombre podría jamás haber soñado o concebido.

Si nosotros hubiésemos plancado la encarnación probablemente habríamos decidido que Cristo naciera en un palacio; con certeza, su familia hubiese sido acaudalada

e influyente y Él habría sido educado en las mejores universidades y hubiese tenido a los eruditos más sabios. Habríamos diseñado los eventos de tal forma que todos lo amaran, honraran, reverenciaran y respetaran. Él habría estado rodeado de las personas más importantes y habría conocido y viajado con los más influyentes del mundo.

Con toda seguridad no habríamos hecho que naciera en un establo y en medio de una familia pobre. No habría desperdiciado su juventud en una carpintería de un pueblo desconocido. Sus seguidores no habrían sido un grupo de gente ordinaria, habríamos decidido quizás que fueran personas de un grupo élite.

Finalmente, jamás habríamos permitido que fuese humillado. Habríamos hecho apresar o ejecutar a cualquiera que lo hubiese escupido, lastimado o que se hubiese burlado de Él. No se atreva a pensar que usted no lo habría planeado de esa forma, sólo recuerde que Pedro estaba dispuesto a evitar que el Señor llevara a cabo el plan de salvación; reprendió a Cristo y le dijo: "Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca" (Mateo 16:22). Sin embargo, cualquier plan con respecto a la venida del Mesías que fuese diferente al de Dios no habría dado como resultado la salvación de nadie. Con razón el salmista dijo: "Tu justicia es como los montes de Dios, Tus juicios, abismo grande. Oh Jehová, al hombre y al animal conservas. ¡Cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia!" (Salmo 36:6). Los caminos de Dios son inescrutables, sus verdades son extraordinarias. Sin importar cuán profundo es el propósito de Dios, fue cumplido a nuestro favor en Cristo.

Benjamin Warfield, el gran teólogo, nos brinda una conclusión muy apropiada para recordarnos lo que el Señor Jesucristo hizo por nosotros:

Lo vemos en medio de los miles de galileos, el ungido de Dios con el Espíritu Santo y con poder, andando por diversos lugares y haciendo el bien; sin enorgullecerse de su cuna, aunque era rey; sin enorgullecerse de su intelecto, aunque en Él moraba la omnisciencia; sin enorgullecerse del poder, aunque todo el poder del cielo y de la tierra estaba en sus manos; o sin enorgullecerse de ninguna posición, aunque la plenitud de la deidad residía en Él corporalmente. Tampoco se enorgulleció de superioridad moral o de su santidad, sino que con una mente humilde consideró a los demás mejores que Él mismo, y se dedicó a sanar a los enfermos, echar fuera demonios, alimentar a los hambrientos y a compartir por doquier el pan de vida. Lo vemos en todas partes ofreciéndoles a los hombres su vida por la salvación de sus almas; y cuando finalmente las fuerzas de la oscuridad se unieron y lo rodearon, caminó, de igual forma, sin ostentación o desconsuelo la senda del sufrimiento elegida para Él, entregando su vida en el Calvario para que por medio de su muerte el mundo pudiera vivir.⁵

Puesto que Cristo, el Dios del universo, voluntariamente renunció a tanto por usted, ¿a qué cosas debería usted renunciar por Él? Lo mínimo que todo creyente puede hacer es renunciar a aquello que más aprecia, para dedicarse a servir y amar a Aquél que debe ser lo más valioso e importante en su vida. Vuelva a vivir el gozo de su primer amor y experimente una vez más la dicha interna que proviene de saber que usted tiene una relación correcta con nuestro Señor y Salvador.

1. C. S. Lewis, *El Gran Milagro* (New York: Macmillan, 1960), pp. 111-112.

2. Lea William Barclay, *Las Cartas de las Filipenses, Colosenses y Tesalonicenses* (Philadelphia, PA: Westminster, 1976), p. 35.
3. James Hope Moulton y George Milligan, *El Vocabulario del Testamento Griego* (Grand Rapids, MI: Berdmans, 1930), p.417.
4. Lea William Hendricksen, *Comentario del Nuevo Testamento: Exposición de Filipenses* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 1962), p. 110.
5. Benjamin Warfield, *La Persona y la Obra de Cristo* (Philadelphia, PA: Editorial Presbiteriano y Reformado, 1959), pp. 563-564.

4

EL SIERVO SUFRIENTE

En sus estudios devocionales sobre la vida de Cristo, titulados *The Second Person* (La Segunda Persona), el comentarista Lehman Strauss escribe:

Ninguna persona en todo el mundo está exenta del dolor. Los filósofos de todas las épocas lo han reconocido. Los biógrafos, sin importar cuán superficial sea la obra que produzcan, lo han registrado. La experiencia lo ha confirmado, no hay escape al hecho de que el sufrimiento existe. Este clava sus colmillos en pobres y ricos; acaudalados y desfavorecidos; salvos y perdidos.

Excepto por las causas naturales y la guerra, quizá los daños más grandes han sido infligidos sobre los hombres por sus convicciones religiosas. Desde el despiadado asesinato de Juan el bautista... no ha habido descanso en los ataques dados a los seguidores de Cristo. La historia revela los espantosos registros del sufrimiento humano que han soportado miles de discípulos de Jesús.¹

Aunque eso es lo que usualmente más asociamos con aquellos que sufren por Cristo, Strauss identifica un tipo de sufrimiento más sutil pero no por eso menos real:

Existe también la tortura de la mente y la agonía del alma: ese inescapable, incesante e implacable sufrimiento que es imposible compartir con otra persona. No es usual hablar de esta realidad; las palabras no la pueden manifestar con exactitud. ¿Se siente abatido porque alguien en quien usted confiaba lo ha traicionado? ¿Es usted incomprendido y sus colegas no valoran su gusto ni sus elecciones? ¿Lo han abandonado sus amigos y seres amados? ¿Lo afligen los demás hasta el punto que usted siente que la vergüenza le produce dolor? ¿Las injusticias para con usted lo acongojan hasta el punto que piensa que debe tomar represalias? ¿Siente que no le importa a nadie? ¿Siente que la carga que debe llevar es demasiado pesada?²

En medio de la seguridad que hay en nuestra sociedad es poco probable que lleguemos a sufrir al mismo nivel que los mártires y los santos que nos precedieron; no obstante, todos podemos identificarnos con la última serie de preguntas expuestas por Strauss. Todo cristiano ha experimentado una o quizá todas esas agonías a lo largo de su vida. La forma como respondemos a este dolor es la prueba verdadera de nuestra fe y revelará la profundidad de nuestra relación con Cristo.

La Realidad del Sufrimiento

La vida cristiana es un llamado a la gloria por medio de una travesía de sufrimiento. Eso sucede porque los que están en Cristo inevitablemente no pueden concordar con la

cultura y la sociedad en la que están inmersos, puesto que los sistemas sociales promovidos por Satanás se oponen de forma activa a Cristo y a sus seguidores. El apóstol Juan dijo que es imposible que una persona ame a Dios y al mundo al mismo tiempo (lea 1 Juan 2:15) y Santiago dijo que "cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios" (Santiago 4:4).

Aquellos que aman a Dios son una reprensión abierta a la sociedad en la cual viven. Eso es lo que aseveró el apóstol Pedro cuando describió a los cristianos como "linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 Pedro 2:9). Nuestro oscuro mundo se incomodará y será hostil hacia cualquiera que represente al Señor Jesucristo de esa forma. Es posible que ese odio y esa hostilidad se manifiesten en ciertas ocasiones más que en otras pero siempre estará presente de alguna forma.

Afortunadamente contamos con alguien a quien acudir cuando sufrimos; el mismo que sufrió por nosotros: nuestro Señor Jesucristo. Pedro registró el sufrimiento de Jesús para nosotros.

"Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente"

(1 Pedro 2:21-23).

El modelo de Pedro para saber cómo responder al dolor fue Jesucristo, y nosotros debemos seguir su ejemplo. El

versículo 21 empieza con la frase "pues para esto fuisteis llamados". El conector "pues" se refiere a la última parte del versículo 20: "Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios". Los cristianos han de soportar el dolor porque esto agrada a Dios. El versículo 21 amplía esa idea al aseverar que los cristianos tienen un llamado específico a sufrir.

El llamado cristiano a la gloria requiere andar por la senda del sufrimiento. 1 de Pedro 5:10 explica la razón: "después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca". El sufrimiento es el método que Dios utiliza para madurar a su pueblo espiritualmente; Él se siente complacido cuando pacientemente soportamos el sufrimiento que aparece en nuestro camino.

Pedro también dijo: "vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo" (1 Pedro 1:6-7). Dios permite el sufrimiento como una ratificación de nuestra fe y para incrementar nuestra capacidad de adorar, glorificar y honrar a Dios. Muchos creyentes toman el enfoque equivocado y buscan otro tipo de explicaciones para las pruebas que enfrentan. No obstante, es a través de esas mismas pruebas que profundizamos nuestra unión con Cristo. Sólo en Él podemos encontrar la paz interna y el gozo para sobrellevar nuestras pruebas hasta el final (lea Santiago 1:2-3). Regocijarnos en nuestro primer amor nos ayuda a ver nuestras dificultades desde la perspectiva de nuestro Señor.

Es a eso a lo que Pablo se refería cuando dijo que nuestra: "leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria" (2 Corintios 4:17). El sufrimiento realmente nos hace más fuertes porque afecta la forma como actuaremos en el futuro. Por eso Pablo añadió que nuestro enfoque no está en el presente sino en el futuro. "No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas" (2 Corintios 4:18). En otras palabras, cuando usted se enfrente a una prueba, concéntrese en el impacto eterno que ella tendrá y no en su efecto temporal.

Cristo mismo entendió que esto era parte del plan de Dios. A los discípulos que iban en el camino a Emaús les dijo: "¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?" (Lucas 24:25-26). Si nuestro propio Señor tuvo que sufrir para entrar en su gloria futura, nosotros también deberíamos esperar tener que sufrir. Por eso Pedro dijo: "para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas" (1 Pedro 2:21).

El Patrón del Sufrimiento

La senda a la gloria para Cristo fue la senda del sufrimiento injusto y también ha de ser nuestro camino. Puesto que nuestro Señor soportó el sufrimiento con perfecta paciencia y fue exaltado al punto más alto de gloria, es Él nuestro ejemplo de cómo responder al sufrimiento. Él fijó la norma para nosotros.

Jesús fue ejecutado en una cruz como si fuese un criminal. No obstante, no era culpable de ningún crimen, ningún

pecado, ninguna transgresión, ninguna maldad. Jamás tuvo un mal pensamiento o habló una mala palabra. La suya fue la ejecución más injusta que jamás haya sido perpetrada a un ser humano, pero de ella aprendemos que aunque una persona esté obrando perfectamente dentro de la voluntad de Dios (siendo perfectamente obediente y justo al tiempo que gozan del amor del Señor y posee grandes dones), es posible que experimente sufrimiento injusto. Al igual que Jesús puede ser malentendido, tergiversado, odiado, perseguido e incluso asesinado. Con su muerte, Jesús fijó la norma de cómo responder a la persecución injusta.

Seguir Su patrón

El término griego traducido como "ejemplo" en 1 Pedro 2:21 es *hupogrammos* y se refiere a un patrón que se ubica bajo un pedazo de papel para ser el modelo que se va a replicar. Tal como hacen los niños que aprenden a delinear el alfabeto calcando un modelo, nosotros también debemos trazar nuestras vidas siguiendo el modelo que Jesucristo nos dejó.

Seguimos su patrón andando "en sus pisadas". La palabra "pisadas" es la traducción de la palabra griega *ichnos*, la cual se refiere a un camino o a una secuencia de huellas de pies. Debemos caminar siguiendo las huellas de los pies de Cristo pues Él anduvo por una senda justa y a lo largo de ese camino soportó un sufrimiento injusto. Algunos sufren más que otros pero todos los que siguen a Cristo experimentarán algún tipo de sufrimiento.

El escritor de Hebreos enfatizó esta característica particular de Cristo cuando dijo: "Porque convenía [a Dios], que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos" (Hebreos 2:10). La palabra griega traducida como "autor" es *archegos*,

que literalmente significa pionero o líder. Esta palabra era generalmente utilizada en el griego clásico para referirse a un pionero que habría un camino para que otros lo siguieran. El *archegos* nunca iba en la parte posterior dando órdenes; siempre estaba al frente liderando y dando el ejemplo. Cristo es nuestro supremo pionero, nuestro líder y ejemplo perfecto que nos conduce por la senda del sufrimiento a la victoria que nos espera al otro lado.

Seguir Sus reacciones

El sufrimiento de nuestro Señor en la cruz ciertamente era algo de particular importancia en la mente de Pedro pues él presenció el dolor de su Señor, aunque a la distancia. En 1 Pedro 2:22-23, el apóstol nos lleva a la cruz al tiempo que nos explica el significado de Isaías 53 que es el capítulo más claro del Antiguo Testamento sobre el sufrimiento del Mesías.

Jesús no cometió pecado de palabra o de hecho

Pedro primero dice que Cristo "no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca" (1 Pedro 2:22). Isaías 53:9 dice que Él "[el Mesías] nunca hizo maldad". La palabra "maldad" es traducida como "infracción" en la Septuaginta, que es la versión en griego del Antiguo Testamento en hebreo. Los traductores entendían que la maldad que se menciona en Isaías 53:9 es maldad o pecado contra la ley de Dios, que es lo mismo que "infracción" (lea 1 Juan 3:4). Pedro, bajo la inspiración del Espíritu Santo, entendió de la misma forma la maldad que se menciona en Isaías 53:9. El argumento de Pedro es que a pesar del trato injusto que Cristo tuvo que soportar, jamás cometió pecado; era impecable: nunca pecó (lea 1 Pedro 1:19).

Isaías 53:9 agrega: "Ni hubo engaño en su boca". Eso reafirma la idea de que Jesús no cometió pecado pues el

pecado se manifiesta fácilmente a través de nuestras palabras. El término griego que fue traducido "engaño" puede referirse a cualquier tipo de pecado cometido con la lengua como por ejemplo la mentira, la insinuación o la calumnia.

Más que cualquier otro aspecto de nuestro comportamiento humano, lo que decimos revela lo que hay en nuestro corazón (lea Marcos 7:21). Eso es lo que hizo que Santiago dijera: "Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto" (Santiago 3:2). Jesús nunca ofendió con sus palabras y eso revela que fue un hombre perfecto.

En todos los eventos de su ministerio en la tierra, nuestro Señor fue absolutamente puro; Él fue "tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (Hebreos 4:15; lea también 2 Corintios 5:21, Hebreos 7:26). Por ende, de entre todos los seres que han vivido a lo largo de la historia en esta tierra, Jesús fue la persona que fue tratado de la forma más injusta. Él es el perfecto modelo de cómo debemos responder al trato injusto pues soportó un trato peor que el que pueda recibir alguien en el presente o en el futuro y aún así jamás pecó.

Jesús no replicó

Pedro continuó reflexionando sobre lo que dice Isaías 53:7 con respecto al Mesías: "Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca". Eso refleja la actitud de Jesús hacia sus verdugos: "cuando le maldecían, no respondía con maldición" (1 Pedro 2:23). A pesar de estar padeciendo una provocación continua, Jesús no pecó con su boca.

El término griego que fue traducido como "maldecían" da la imagen de una continua acumulación de muchos abusos

pero Jesús respondió consistentemente a ese maltrato por medio del silencio (lea Mateo 26:57-68, 27:11-14; Marcos 14:53-65, 15:1-5; Lucas 23:8-9). Los cristianos, al igual que su Maestro, jamás deben abusar de aquellos que los maltratan y abusan.

Jesús no amenazó

Nuestro Señor "no amenazaba" cuando se enfrentó a su increíble sufrimiento (1 Pedro 2:23). Puntualmente leemos que lo escupieron, le halaron de la barba, le incrustaron una corona de espinas en la cabeza y atravesaron su carne con unos clavos para aferrarlo a una cruz.

A cualquier otra persona inocente un tratamiento tan injusto le habría generado algún deseo de retaliación, pero esa no fue la respuesta de Cristo. Él era el Dios encarnado (el Creador y Sustentador del universo) y como tal tenía el poder para lanzar a sus verdugos a las llamas eternas del infierno. No obstante, en lugar de amenazarlos, dijo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34). Cristo murió por los pecadores, incluyendo a aquellos que lo persiguieron. Él sabía que la gloria de la salvación sólo se podía lograr por medio de la senda del sufrimiento, por tanto aceptó su sufrimiento sin amargura, ira o deseos de venganza.

Jesús se encomendó a Dios

1 Pedro 3:9 dice que los cristianos no debemos "devolver mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendecir". Esa fue la actitud de Jesús: "encomendaba la causa al que juzga justamente" (1 Pedro 2:23). El término griego traducido como "encomendaba" es *paradidomi* y significa "entregarle a alguien para que cuide". En cada uno de los instantes de su sufrimiento, nuestro Señor entregó tanto la circunstancia como su propia vida a Dios.

Las últimas palabras de Cristo en la cruz revelan su confianza en Dios: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró" (Lucas 23:46). Él confiaba en el justo juicio de Dios y en la gloria que heredaría y eso le permitió aceptar con calma su inmenso sufrimiento. Nosotros debemos responder de la misma forma cuando nos enfrentamos a la persecución injusta en el trabajo, en nuestra familia o en otras relaciones. Cuando tomamos venganza perdemos la bendición y la recompensa que el sufrimiento pretende producir. Un espíritu vengativo revela nuestra falta de confianza en la capacidad de Dios para arreglar las cosas en su tiempo, lo cual incluye el castigo de los injustos y la recompensa de aquellos que son fieles en el sufrimiento. Esa clase de respuesta también representa un cuestionamiento a la realidad de nuestro compromiso con Cristo; los incrédulos se decepcionarán de aquellos que proclaman amar a Cristo pero actúan como cualquier otra persona que no ha sido regenerada. Todos los cristianos necesitan recordar que perder su primer amor puede generar consecuencias eternas. El comentarista bíblico Alan Stibbs escribió:

En... el singular momento de la pasión de nuestro Señor, cuando aquel que era Santo padeció como si fuera el peor de los pecadores y soportó el castigo extremo del pecado, hay dos formas simultáneas en las que Cristo reconoció a Dios como el juez justo. En primera instancia, puesto que en forma voluntaria y en cumplimiento del plan de Dios, Cristo tomó el lugar de los pecadores y cargó con el pecado, decidió al mismo tiempo no protestar por lo que tuvo que sufrir. Más bien reconoció de forma consciente que era el castigo justo que merecía el pecado. Por ende, se entregó a sí mismo para ser castigado. Reconoció que al permitir

que tal nivel de vergüenza, dolor y maldición cayera sobre Él, el Dios justo estaba juzgando con justicia. Por otro lado, puesto que Él jamás había pecado, también creía que en el tiempo correcto, Dios, por el hecho de ser el juez justo, lo reconocería como alguien justo, lo levantaría de la tumba y lo recompensaría por lo que había sufrido voluntariamente en favor de otros; confiaba en que la recompensa sería el derecho pleno de salvar a los pecadores del castigo y del poder de sus propias maldades.³

Cuando confiamos nuestras vidas a Dios creyendo que Él es el juez justo, estamos imitando el ejemplo de Cristo quien descansó en el resarcimiento, la exaltación y la restitución de parte de Dios. Si usted es cristiano, tenga la certeza de que sufrirá. Por ser creyentes, somos extranjeros y advenedizos en el mundo, sostenemos una guerra contra los deseos de la carne y somos vapuleados y perseguidos. Debemos tener la certeza de que sufriremos por creer en el nombre de Aquél que soportó todo tipo de sufrimiento por nosotros. El argumento principal del mensaje de Pedro es recordarnos la necesidad del sufrimiento. Cuando nos enfrentamos al dolor y decidimos tomar venganza, pecamos con nuestra mente, palabras u obras y perdemos nuestra victoria, además de destruir nuestro testimonio.

Creo que en el futuro los cristianos serán cada día menos populares en la sociedad secular. Defender firmemente la verdad de la Escritura y el mensaje del evangelio puede llegar a ser algo intolerable dentro de muy poco tiempo. Todo eso redundará en un trato injusto.

La posibilidad de enfrentarnos a ese tipo de trato debería conducirnos a pasajes como el de 1 Pedro 2:21-23, en los cuales encontramos un mensaje que nos llena de confianza.

Allí aprendemos que, al igual que nuestro Señor, debemos andar por la senda del sufrimiento para obtener la gloria del premio y la exaltación en el futuro. Sin lugar a dudas fue esa idea la que hizo que Esteban, el primer mártir de la iglesia, fijara sus ojos en Jesús (quien estaba en la gloria celestial) e intercediera ante Dios por el perdón de sus asesinos (lea Hechos 7:54-60). Esteban se encomendó a Dios porque sabía que el Señor lo recompensaría.

En mayo de 1555, el obispo Hugh Latimer, el cual poco después sería incinerado amarrado a un mástil por sus convicciones reformadas en contra del Papa, escribió: "Morir una vez es algo a lo que todos nos debemos enfrentar; cómo y dónde, no lo sabemos... este no es nuestro hogar; por tanto, consideremos las cosas de la forma correcta, sin jamás perder de vista a la Jerusalén celestial y el camino que conduce a ella, el cual conlleva persecución".⁴ Poco después, ese mismo año, tanto Latimer como su amigo Ridley fueron lanzados al fuego, pero sólo después de que Latimer, en una compostura absolutamente sorprendente, le dijera a su colega: "Ten gran consuelo, Maestro Ridley, y compórtate como un hombre. Este día encenderemos en Inglaterra tal fuego, por la gracia de Dios, que confío en que jamás será extinguido".⁵

Si queremos profundizar nuestra relación con Cristo, debemos estar dispuestos a compartir sus sufrimientos. Ciertamente esa era la perspectiva de Pablo al afirmar: "a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte" (Filipenses 3:10). Cualquier relación dinámica y vital necesariamente se caracteriza por una disposición a compartir todas las experiencias de la vida, sean buenas o malas.

Quizá usted nunca tenga la oportunidad de glorificar a Dios de la forma en que lo hizo Latimer, pero al recordar la forma como Cristo sufrió, espero que pueda considerar cada pequeña aflicción momentánea que Dios ponga en su camino como una oportunidad para glorificar a Cristo. Usted no tiene que buscar las oportunidades de ser maltratado pero sea fiel en exaltar a Cristo sin importar la situación a la que se enfrente. Cuando el sufrimiento venga, Dios le dará gracia y cuando usted lo soporte con paciencia, cosechará madurez en Cristo para el presente y una mayor capacidad de glorificar a Dios en el futuro. Charles Haddon Spurgeon comprendió eso al decir:

Cuando el dolor golpea nuestro cuerpo y la espantosa muerte aparece en el horizonte, las personas ven la paciencia del moribundo cristiano. *Nuestras enfermedades se convierten en el terciopelo negro sobre el cual el diamante del amor de Dios resplandece con un brillo más intenso. ¡Gracias a Dios puedo sufrir! Gracias a Dios puedo ser el objeto de la vergüenza y del rechazo, pues de esta forma Dios será glorificado.*⁶

1. Lehman Strauss, *The Second Person - La Segunda Persona* - (New York: Loizeaux Brothers, 1951), pp.113-114.

2. Ibid., p. 114.

3. Alan Stibbs, *The First Epistle General of Peter - La Primera Epístola General de Pedro* - (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1971), p. 119.

4. Bishop Hugh Latimer, cited in Harold S. Darby, *Hugh Latimer* (London: Epworth, 1953), p. 237.

5. Ibid., p. 247.

6. Charles Haddon Spurgeon, citado en Tom Carter, *Spurgeon at His Best - Lo mejor de Spurgeon* - (Grand Rapids, MI: Baker Books, 1988), p. 202, énfasis añadido.

NUESTRO AMOROSO SUSTITUTO

Alguna vez en el pasado las tribus deambulaban por la extensa tierra de Rusia en forma semejante a como lo hacían las tribus indígenas en el continente americano. Las tribus que controlaban los mejores terrenos para la caza y que poseían las mejores opciones de recursos naturales usualmente eran dirigidas por los líderes más fuertes y más sabios. Me contaron la historia de una tribu en particular cuyo éxito se debió en gran parte a la justicia y sabiduría de las leyes establecidas y promulgadas por su gran líder.

Un día denunciaron que alguien en la tribu estaba robando. El líder emitió un decreto para que cuando capturaran al ladrón, este recibiera diez latigazos de parte de la persona que tenía más pericia en el manejo del látigo en toda la tribu. A pesar de la advertencia, los robos continuaban, incluso cuando el líder incrementó la severidad del castigo. Finalmente él dejó de incrementar el nivel del castigo cuando llegó a los 40 latigazos, consciente de que ese era el límite de resistencia que podría tolerar el

ladrón. Finalmente un día atraparon al ladrón y para horror de todos, el ladrón resultó ser la propia anciana madre del líder.

El pueblo especulaba sobre lo que haría el líder. Una de sus leyes exigía que los hijos amaran y honraran a sus padres y otra exigía el azote público de los ladrones. Los debates incrementaban a medida que se aproximaba el juicio. ¿Obedecería a su corazón y salvaría a su madre o cumpliría la ley y vería a su madre morir bajo el látigo?

Finalmente llegó el día. La tribu se reunió alrededor de las viviendas; en el centro de toda la aldea había un inmenso poste. Poco después, el líder entró y se sentó en su trono. Luego, dos inmensos guerreros condujeron a su frágil madre hasta el centro y la ataron al poste. Finalmente el experto en azotes de la tribu, un poderoso hombre con músculos inmensos, entró al círculo con un largo látigo de cuero en su mano. Mientras se acercaba a la pequeña mujer, los guerreros rasgaron la vestidura de la anciana, dejando ver su frágil espalda.

El experto verdugo tomó la distancia. Su poderoso brazo batió el látigo en el aire mientras se preparaba para lanzar su primer azote sobre la anciana. Justo entonces el líder alzó su mano para detener el castigo. En ese momento se dejó oír un suspiro de descanso que salía de cerca de su trono. El amor del líder por su madre iba a imponerse, ¿pero qué iba a suceder con la ley?

El líder se levantó de su trono y se dirigió hacia su madre, mientras caminaba se quitó su propia camisa y la lanzó a un lado. Luego puso sus grandes brazos alrededor de su madre y la cubrió, exponiendo su propia espalda inmensa y musculosa ante el verdugo. Rompiendo el silencio de la escena, ordenó: "Proceda con el castigo".

Esa maravillosa historia ilustra lo que Cristo hizo por nosotros. Al igual que la madre del líder, nuestro pecado nos convierte en el blanco del castigo. Ezequiel advirtió que: "El alma que pecare, ésa morirá" (Ezequiel 18:4). El apóstol Pablo lo expresó de la siguiente manera: "La paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23). Indudablemente el pecado produce la muerte sin excepción alguna.

Todo hombre morirá y su muerte está fijada por un decreto divino, un decreto del cual nadie puede escapar. Después de la muerte, viene un juicio (lea Hebreos 9:27), y eso es algo que también ha sido decretado por Dios. Puesto que los hombres son incapaces de expiar sus propios pecados, el juicio de Dios exige que ellos paguen o tengan un sustituto, un vicario que pague por ellos.

Por tanto, si el hombre debe utilizar sus propios recursos, no tiene ninguna esperanza, excepto la muerte. Pero Dios es tan amoroso que ideó un plan para salvar al hombre de ser condenado al infierno: proveyó el sustituto que satisfaría su justicia tomando el castigo del hombre sobre sí mismo y muriendo en su lugar. Ese fue su propósito al enviar a Cristo.

Al igual que el líder de la historia, Cristo descendió de su trono exaltado y vino a la tierra para poder pagar la deuda que teníamos tal como el líder pagó lo que debía su madre. Jesús puso sus brazos alrededor nuestro y nos protegió; de esta forma, expresó su amor al permitirnos escapar de la ira de Dios y, al mismo tiempo, cumplió la ley al pagar la deuda de nuestro pecado.

La muerte vicaria de Cristo es la verdad esencial de la fe cristiana. Sin ella, no existe el evangelio, no hay *buenas nuevas*. Sin la muerte de Cristo, no podemos escapar de las

garras de la muerte y del infierno. El predicador británico Spurgeon escribió:

En una palabra, el maravilloso hecho sobre el cual descansa la esperanza cristiana es la *sustitución*. El que Cristo se haya hecho pecado por nosotros para que nosotros pudiéramos ser hechos justicia de Dios en Él, el que Cristo haya ofrecido un sacrificio sustitutivo apropiado y verdadero a favor de todos aquellos que el Padre le entregó, los cuales se reconocen por su confianza en Él, ese es el hecho fundamental del evangelio.¹

El comentarista León Morris miró esa misma verdad desde otra perspectiva:

Por decirlo en términos claros y contundentes, si Cristo no es mi sustituto, aún ocupo el lugar de un pecador condenado. Si mis pecados y mi culpa no se transfieren a Él, si Él no los lleva sobre sí mismo, entonces ciertamente aún permanecen conmigo. Si Cristo no se encarga de mis pecados, yo debo enfrentar sus consecuencias. Si mi castigo no es puesto sobre Él, todavía está puesto sobre mí.²

La Biblia está llena de pasajes que enseñan lo que eran los creyentes antes de su salvación en Cristo. Cualquier intento de revitalizar nuestra devoción por Cristo debe iniciar con el recordatorio acerca de qué nos salvó Él y del precio que tuvo que pagar para rescatarnos. En este capítulo estudiaremos precisamente esto y examinaremos las ramificaciones de su muerte sustitutiva por nosotros y nuestra justicia como resultado de su sacrificio.

Nuestro Problema

El apóstol Pablo presenta de manera simple y profunda nuestra condición sin Cristo: "Estabais muertos en vuestro delitos y pecados" (Efesios 2:1; lea también Colosenses 2:13). Como ya lo hemos indicado, la paga o el precio del pecado es la muerte (lea Romanos 6:23), y puesto que el hombre nace en pecado, la muerte es su futuro final. Eso no quiere decir que él llegue a morir espiritualmente porque peca; realmente significa que está espiritualmente muerto pues por naturaleza es pecador. Excepto por Jesucristo, esa es la condición de todo ser humano desde la caída del hombre en Edén.

El problema fundamental del hombre no es la falta de armonía con su entorno o su legado histórico, como lo asevera la sociedad en general, sino su total falta de armonía con su Creador, del cual está separado por causa del pecado (lea Efesios 4:18). El hombre está espiritualmente muerto a todo lo que Dios ofrece, incluyendo la justicia, la paz interior, la felicidad y en definitiva toda cosa buena. Separados de Dios, los hombres son zombis espirituales; muertos andantes que ni siquiera saben que lo están. Quizás finjan vivir y hasta cumplan con las formalidades superficiales de la vida pero en realidad no poseen vida.

Antes de que fuéramos salvos, éramos como cualquier otra persona que está separada de Dios: "muertos en... delitos y pecados" (Efesios 2:1). La construcción griega que se usa en este caso es un lugar, esfera o campo que indica el dominio en el cual algo o alguien existen. Estábamos muertos no porque hubiésemos cometido pecado, sino porque estábamos *en* pecado. Cometer actos pecaminosos no nos convierte en pecadores; cometemos actos pecaminosos porque *somos* pecadores.

Al afirmar que todos estábamos muertos en "delitos y pecados", Pablo no estaba describiendo dos clases diferentes de maldades, sino sencillamente refiriéndose a la amplitud de nuestra pecaminosidad. "Delitos" se refiere a tropezarse, caer o ir en la dirección equivocada. El término griego traducido como "pecados" es *hamartia* y originalmente significaba "errar el blanco", como cuando un cazador con un arco fallaba con su flecha al momento de alcanzar su objetivo. Con el tiempo, el término se aplicó para describir el hecho de no lograr o no alcanzar a cumplir cualquier meta u objetivo. En el mundo espiritual se refiere a no alcanzar el ideal de Dios con respecto a la santidad: "todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Romanos 3:23). El pecado es estar destituidos o no alcanzar la gloria de Dios, y no alcanzar la gloria de Dios es pecado.

Jesús reiteró el estándar de Dios cuando nos ordenó ser perfectos, tal como nuestro Padre que está en los cielos es perfecto (lea Mateo 5:48). El mandato de Dios de "sed santo porque yo soy santo" (Levítico 11:44; lea también 1 Pedro 1:16) no creó un nuevo estándar para la humanidad; Dios nunca ha tenido un estándar para el hombre distinto al de la perfecta santidad.

La norma de santidad perfecta siempre está puesta delante del hombre. Sin importar cuánto bien hago o intente hacer, la norma de *nunca hacer* o nunca haber hecho el mal es absolutamente inalcanzable.

El hecho es que aunque seamos cristianos en el presente, solíamos caminar "siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la

carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás" (Efesios 2:1-3) solíamos pensar y vivir conforme a los patrones del mundo, que son dominados y controlados por Satanás. Al seguir la dirección del diablo, los hombres y las mujeres pecadoras adoptan las metas y valores de un sistema diseñado para desobedecer a Dios y enaltecer el yo.

Como resultado, viven "en los deseos de la carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos" (Efesios: 2-3). "Deseos" se refiere a todo tipo de pasiones poderosas, no sólo la pasión sexual, mientras que el término "voluntad" enfatiza una determinación firme, el acto de buscar algo con gran diligencia. Esos términos se usan como sinónimos para representar la plena dirección de la naturaleza caída del hombre, cuyo camino está determinado por su propio egoísmo. Por naturaleza el hombre está impulsado a satisfacer las pasiones y los deseos de su carne y su mente pecaminosas que son absolutamente egoístas y están empecinadas en poner en práctica todo lo que las haga sentirse bien al tiempo que están decididas a desobedecer a Dios.

Al escribirles a los creyentes de Colosas, Pablo describe la condición de estos como personas que "en otro tiempo [eran] extraños y enemigos en [su] mente, haciendo malas obras" (Colosenses 1:21). El término griego que fue traducido como "extraños" es *apallotioo* y significa "separados" o "alejados". Antes de su reconciliación, los colosenses estaban completamente alejados de Dios por su pecado. También eran "enemigos en su mente" u "hostiles". Los incrédulos también odian a Dios; les molesta su estándar de santidad y los mandamientos porque están "haciendo malas obras". La Escritura enseña que los incrédulos aman "más las tinieblas que la luz, porque sus obras [son] malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que

sus obras no sean reprendidas" (Juan 3:19-20). Su problema no es la ignorancia, sino su amor voluntario por el pecado.

El pecado es la raíz de la separación del hombre para con Dios. Puesto que Dios no puede tener comunión con el pecado (lea Habacuc 1:13. 1 Juan 1:6), es preciso tratar con el pecado antes de que Dios y el hombre se puedan reconciliar. Desde la perspectiva santa de Dios, su ira justa contra el pecado debe ser aplacada.

Sin la misericordiosa reconciliación que existe por medio de Cristo, toda persona por naturaleza es objeto de la ira de Dios, la cual lo convierte en una víctima de su juicio y condenación eterna. Puesto que esa es la condición inicial de todo cristiano, ¿por qué querría un cristiano abandonar la relación de amor que tiene con Cristo para dedicarse a vivir por aquellas cosas de las cuales Cristo lo rescató? No obstante, eso es lo que muchos cristianos hacen en la actualidad. Al examinar una vez más lo que Cristo obtuvo para nosotros, espero que usted sea desafiado a renovar su compromiso de amar a Jesús por sobre todas las cosas.

Nuestro Sustituto

Antes de que usted se volviera cristiano, pertenecía junto con todos los demás incrédulos, al grupo de personas que están bajo la mano condenatoria de Dios; era un enemigo sin ninguna posibilidad aparente de escapar del juicio eterno. Su pecado lo declaraba culpable ante Dios y no había ningún precio que usted pudiera pagar para poder cancelar su deuda con Él. No había ninguna esperanza para solucionar su dilema; eso es lo que la Escritura dice, recuerden que "en aquel tiempo estabais sin Cristo... sin esperanza y sin Dios en el mundo" (Efesios 2:12).

Cuando usted y yo nos encontrábamos en la mayor situación de desesperación, cuando nada de lo que podíamos hacer nos podía salvar, Dios intervino. "Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo" (Efesios 2:4-5). Fue sencillamente porque Dios nos amó que proveyó un camino para poder retornar a Él. Aunque pecamos contra Él, por medio de su abundante misericordia e su inmenso amor nos ofreció el perdón y la reconciliación, tal como lo hace con cualquier pecador que se arrepiente.

Dios nos amó lo suficiente no sólo como para perdonarnos sino también para morir por los mismos seres que lo habían ofendido. Pablo escribe: "Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos" (Romanos 5:6). Por cuanto éramos incapaces de llegar a Dios por nosotros mismos, Él envió a su unigénito Hijo, Jesucristo, a morir por nosotros, sin importar el hecho de que éramos impíos y totalmente indignos de su amor. Cuando no teníamos ninguna posibilidad de escapar del pecado y de la muerte y éramos débiles ante las estratagemas de Satanás, cuando éramos absolutamente incapaces de agradar a Dios, Él envió a su Hijo a morir por nosotros. Con ese acto Dios comprobó las maravillas de su amor.

"Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos" (Juan 15:13). El amor compasivo por aquellos que no lo merecían hizo posible la salvación.

Con respecto a este gran amor, Pablo escribe: "Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Romanos 5:8). Ese tipo de amor inmerecido y desinteresado está totalmente fuera de nuestra comprensión finita y limitada. No obstante,

ese es justamente el amor que el Dios justo e infinitamente santo manifestó hacia nosotros aún cuando estábamos en nuestra condición de pecadores. Cuando estábamos atrapados sin esperanza en nuestro pecado, Dios envió a su Hijo a morir en nuestro lugar.

El apóstol Pedro dice: "llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados" (1 Pedro 2:24). Esa descripción de la muerte de Cristo en favor de nosotros es una alusión a la descripción que hace Isaías de la muerte sustitutiva del Mesías a través de la cual lleva nuestro pecado (lea Isaías 53:4-5, 11). Para enfatizar esta naturaleza vicaria de la muerte de Cristo, Pedro dice que Jesús "padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos" (1 Pedro 3:18).

El apóstol Pablo también enfatizó la obra vicaria de Cristo cuando dijo que Dios "al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Corintios 5:21) y que "Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición" (Gálatas 3:13).

Algunas personas aseveran que es inmoral enseñar que Dios se haya encarnado para llevar sobre sí el pecado de la humanidad. Aseveran que eso es un desacato a la justicia pues transfiere la pena del pecado de una persona culpable a una persona inocente. Pero eso no es lo que sucedió en la cruz. El comentarista León Morris explica lo que Dios hizo:

En el proceso de salvación Dios no está transfiriendo la pena de un hombre (culpable) a otro hombre (inocente). Él la está llevando sobre sí mismo. No

debemos perder de vista en ningún momento la absoluta unidad que existe entre el Padre y el Hijo en la obra de la expiación. Cuando Cristo sustituye al hombre pecador en su muerte, es Dios mismo quien lleva las consecuencias de nuestro pecado, Dios está salvando al hombre a un precio que Él mismo paga, no al precio que deba pagar otra persona. Tal como Leonard Hodgson lo expresa: "Dios determina que el pecado sea castigado, pero no sólo determina que sea castigado sino también que el castigo recaiga sobre sí mismo". En parte la expiación debe ser comprendida como un proceso por medio del cual Dios absorbe en sí mismo las consecuencias del pecado del hombre.³

Cristo llevó de manera voluntaria en la cruz nuestro pecado y soportó su castigo. Nada lo obligó a hacerlo. Si Él no hubiera querido tomar nuestro pecado y aceptar el castigo, nosotros como pecadores habríamos tenido que recibir el castigo del pecado eternamente en el infierno. La obra de Cristo en la cruz no fue algo injusto, fue el amor de Dios en acción.

1 Pedro 2:24 dice que Cristo "Llevó él mismo nuestros pecados". El uso del término "él mismo" es un énfasis que el texto muestra y nos comunica que fue Cristo *mismo* quien decidió tomar el pecado y soportar su castigo. Lo hizo de manera voluntaria y soportó el juicio sin la ayuda de nadie. De hecho Él fue "el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29).

Cuando Pedro dijo que Cristo "llevó" nuestros pecados, usó un término que significa "llevar una carga muy pesada". Eso es lo que es el pecado; es tan pesado que Romanos 8:22 dice: "Toda la creación gime a una, y a una está con dolores" a causa del peso del pecado. Sólo Jesús podía quitarnos esa

pesada carga y lo hizo llevando Él nuestros pecados "en su cuerpo en la cruz". El plan de Dios era que Cristo fuese levantado en una cruz y muriese (lea Juan 12:32-33). Pablo enseña que Cristo tenía que ser colgado en un madero para poder cumplir la profecía de volverse maldición por nosotros (lea Gálatas 3:13; Deuteronomio 21:23). De modo que Jesús llevó nuestros pecados al soportar la ira de Dios cuando fue colgado sobre el madero.

Para entender mejor lo que Cristo obtuvo para nosotros en la cruz, necesitamos examinar los diferentes términos que expresan las ramificaciones de la muerte sustitutiva de Cristo. Varias palabras claves describen la riqueza de nuestra salvación en Cristo: *Redención* y los efectos que de ella resultan que son *el perdón, la justificación y la reconciliación*. Al pecador, que ante Dios es un esclavo, se le concede su libertad por medio de la redención (lea Romanos 6:18-22). El pecador ante Dios es un deudor, pero por medio del perdón su deuda es pagada y olvidada (lea Efesios 1:7). El pecador ante Dios es culpable y está condenado, pero por medio de la justificación es declarado justo (lea Romanos 8:33). Por su condición el pecador es enemigo de Dios pero por medio de la reconciliación se convierte en su amigo (lea 2 Corintios 5:18-20). León Morris resalta la importancia de estos términos de la siguiente manera:

La redención es un acto sustitutivo porque significa que Cristo pagó el precio que nosotros no podíamos pagar; lo pagó por nosotros, y nosotros quedamos libres. La justificación interpreta nuestra salvación a nivel judicial, y tal como el Nuevo Testamento lo presenta, Cristo nos libera de nuestra responsabilidad legal, al asumir Él nuestro lugar. La reconciliación significa la construcción de un pueblo que sea uno sólo

por medio de la remoción de aquello que era la causa de la hostilidad. En este caso, la causa es el pecado y Cristo removió esa causa para unirnos a Dios. Nos era imposible manejar el pecado pero Cristo sí podía hacerlo, y en efecto lo hizo de tal forma que su acción tuvo un impacto sobre nosotros. ¿Había un precio que debía ser pagado? Cristo lo pagó. ¿Había una victoria que se debía conquistar? Cristo la obtuvo. ¿Había un castigo que se debía aplicar? Cristo lo recibió. ¿Había un juicio que se debía enfrentar? Cristo lo afrontó.⁴

La redención

La Escritura habla de forma elocuente sobre nuestra redención del pecado. En Romanos Pablo describe la redención como el hecho de "haber sido liberados del pecado" y también como el hecho de que ahora somos "esclavos de la justicia" (Romanos 6:18). En Gálatas, el apóstol dice que Jesucristo "se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre" (Gálatas 1:4). En Colosenses Pablo dice que Dios "nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados" (1:13-14), y en Efesios escribe "en quien [Cristo] tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados" (1:7).

Dos términos griegos legales definen la redención: *Agonazo* y otro término que está relacionado con el primero, *exagonazo*, los cuales se refieren a comprar o adquirir. Estas palabras se usan en el Nuevo Testamento para denotar una adquisición o redención espiritual (lea Gálatas 3:13 y Apocalipsis 5:9). El otro término usado para describir la redención es *lutroo* (junto a todas sus derivaciones); significa "liberar de la cautividad". En Efesios 1:7 se usó

una forma intensificada, *apolutrosis*, la cual se tradujo como "redención", para referirse al hecho de pagar un rescate para liberar a alguien del cautiverio, especialmente el de aquellos que estaban bajo el yugo de la esclavitud.

Durante la época en la que fue escrito el Nuevo Testamento, el imperio romano contaba con un número cercano a los seis millones de esclavos y la compra y venta de los mismos era un gran negocio. Si alguien quería liberar a un ser amado o a un amigo que fuese esclavo, lo compraba y después le otorgaba su libertad. Luego, avalaba esa liberación con un certificado escrito. El término *lutroo* era usado para designar dicha transacción.

Esa es precisamente la idea expresada a través del uso del mismo término en el Nuevo Testamento, con el fin de representar el sacrificio expiatorio de Cristo en la cruz. Imagínese al pecado como un captor de hombres y un dueño de esclavos que exige un precio para dejarlos en libertad; la redención bíblica es el hecho por medio del cual Dios mismo paga el precio del rescate para satisfacer su propia justicia santa y recuperar a la humanidad caída con el fin de liberarlos del pecado.

El Redentor

Jesucristo es nuestro redentor del pecado; Él pagó el precio de nuestra liberación de las manos de la iniquidad y de la muerte; puesto que ahora pertenecemos a Cristo, y por la fe somos uno con Él, somos también ahora aceptables a Dios. Cada cristiano es el hijo amado de Dios porque Jesucristo se ha convertido en nuestro redentor. El concepto hebreo de un redentor familiar (lea Rut) tiene tres características: (1) El redentor tenía que estar relacionado con aquel que necesitaba la redención, (2) el redentor debía poder pagar

el precio y (3) estar dispuesto a hacerlo. Nuestro Señor Jesucristo cumplió perfectamente esos requisitos.

Los redimidos

Quienes recibimos la redención somos los mismos descritos en Efesios 1:7, "los santos y fieles en Cristo Jesús" (Efesios 1:1). Tomando en cuenta las ideas que presentamos al inicio de este capítulo, somos plenamente conscientes de la necesidad que tenemos de ser redimidos. En el pasado éramos pecadores y necesitábamos de manera desesperada un Redentor. Podemos agradecer a Dios que Cristo "se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras" (Tito 2:14).

El precio de la redención

El precio de nuestra redención es "su sangre" (Efesios 1:7). Fue necesario pagar con la sangre del Hijo de Dios para adquirir de nuevo a los hombres comprándolos en el mercado de esclavos del pecado. El derramamiento de sangre es un término que no está limitado solamente al fluido de la sangre, sino que es una metonimia o trasnominación de la violenta muerte de Cristo en la cruz. La Escritura nos muestra que Cristo no solamente dio su sangre (lea Hechos 20:28), sino también su propia vida (lea Mateo 20:28) y así mismo (lea Gálatas 1:4). Aunque se expresa de forma diferente, todos esos pasajes se refieren a la muerte de Cristo en favor nuestro. Por medio del sacrificio de su Hijo, Dios nos mostró misericordia sin violar su justicia. Por medio de su muerte sangrienta, nuestro Señor derramó su vida como un pago sustitutivo y expiatorio por el pecado. El castigo que merecíamos y del cual no nos podíamos salvar por nosotros mismos, lo tomó sobre sí mismo nuestro amado Salvador, aunque no lo merecía. Él ofreció el pago

por aquello que, de otra forma, nos habría condenado a la muerte y al infierno.

Fuimos "rescatados de [nuestra] vana manera de vivir... no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación" (1 Pedro 1:18-19). Ningún producto humano y terrenal como la plata o el oro sirve para redimir al hombre. En la actualidad muchos tratan de usar esos elementos, pero todas las cosas materiales son perecederas y están sujetas al deterioro y a la corrupción. Nadie puede comprar la redención del pecado pagando con artículos perecederos.

Pero la "preciosa sangre" de Cristo podía pagar el precio. Pedro compara cuan preciosa es la muerte de Cristo con la muerte de un cordero perfecto, sin mancha ni defecto, el cordero más fino y puro que cualquier pastor pudiese poseer y el mayor sacrificio que cualquier pastor pudiese hacer. Cristo fue el máximo sacrificio de Dios, suficiente para redimirnos de nuestro cautiverio al pecado. Cristo fue "el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29). La preciosa sangre de Cristo, un emblema de su muerte expiatoria y sustitutiva, nos libera de la culpa, la condenación, el poder y el castigo del pecado, y en definitiva un glorioso día nos separará de la presencia del pecado.

El resultado: El perdón

El maravilloso acto de la redención para el creyente es el completo perdón de todos sus pecados. Al hablarle a sus discípulos en la última cena, Cristo les dijo: "esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados" (Mateo 26:28). La redención produce perdón porque "sin derramamiento de sangre no se hace remisión" (Hebreos 9:22).

El término griego que a menudo es traducido como "perdón" es *aphiemi* y significa "enviar lejos para nunca retornar". Cuando es usado como un término legal, significa volver a pagar o cancelar una deuda o conceder un perdón. Por medio del derramamiento de su propia sangre, Jesucristo en efecto tomó los pecados del mundo sobre su propio cuerpo, por así decirlo, y los transportó a una distancia infinita de la cual jamás podrán retornar. Ese es el alcance de nuestro perdón en Cristo.

Para ilustrar cuán permanente es nuestro perdón en Cristo, Pablo le escribió a los colosenses diciendo que cuando Dios nos perdonó él anuló "el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz" (2:14). "Acta de los decretos" es la traducción de *cheirographos*, que literalmente significa "algo escrito con la mano". Era usado para referirse a un certificado de endeudamiento escrito a mano por el deudor como reconocimiento de su deuda.

Pablo describe ese certificado como una "lista de mandamientos que no habíamos obedecido" (La Biblia al Día). Todas las personas tienen una deuda con Dios porque han violado su ley. El certificado que da testimonio de ese hecho nos "es adverso" en el sentido de que era suficiente para condenarnos al juicio y al infierno. Pero Dios lo canceló y lo borró, tal como sucede cuando usted borra la tiza que hay en un tablero. En ese tiempo, los documentos usualmente eran escritos en papiro, un material semejante al papel elaborado a partir de la planta de junco, o en vitela, que provenía del cuero de distintos animales. La tinta que usaban no contenía ácidos, por tanto no penetraba el material y podía ser fácilmente borrada si el escriba deseaba reutilizar el material. De forma similar, Dios ha borrado nuestra acta de decretos "clavándola en la cruz". No queda

un solo rastro de tal acta que pueda ser levantado en contra nuestra.

Por eso es tan trágico que tantos cristianos se depriman por sus faltas y fracasos, pensando y actuando como si Dios todavía tomara sus pecados en contra de ellos. Han olvidado que puesto que Dios llevó sus pecados sobre sí mismo, están separados de esos pecados "como lejos del oriente está el occidente" (Salmo 103:12 NVI). Incluso antes de que Dios hiciera la tierra, depositó los pecados de sus elegidos sobre su Hijo, quien los alejó de nosotros y los puso a una distancia inalcanzable, eterna. Desechó nuestros pecados antes de que nacióramos y ellos jamás podrán retornar. "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte" (Romanos 8:1-2). Espero que usted guarde en su corazón el hecho de que el perdón que tenemos a través de Jesucristo además de inmerecido, también es gratis y total.

Finalmente el perdón de Dios es "según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros" (Efesios 1:7-8). La gracia de Dios es ilimitada, va más allá de cualquier capacidad que tengamos para comprenderla o describirla, pero sabemos con certeza que nos provee su perdón conforme a la ilimitada riqueza de esa infinita gracia.

Justificación

De la redención y el perdón pasamos al término que describe el veredicto jurídico de Dios en favor del pecador redimido. La palabra griega *dikaioo* y los términos relacionados con ella que se refieren a absoluciones legales

de los cargos se usan a nivel teológico para hablar de un pecador que ha sido vindicado, justificado y declarado recto ante Dios.

La justificación es la declaración que Dios hace de que todas las demandas de la ley son satisfechas a favor del pecador creyente por medio de la justicia de Jesucristo. Como en una investigación criminalística legal, la justificación cambia la *posición* judicial del pecador ante Dios. Por medio de la justificación, Dios *imputa* la justicia perfecta de Cristo al creyente y luego declara al redimido completamente justo. El infinito mérito de Cristo mismo es el fundamento sobre el cual el creyente se pone en pie ante Dios. Pablo dice que hemos sido "justificados en su sangre" (Romanos 5:9). Por tanto, la justificación nos eleva a un nivel de completa aceptación y de privilegio divino en Cristo. Como resultado, los creyentes no sólo están perfectamente libres de cualquier cargo de culpabilidad (lea Romanos 8:33), sino que también el mérito total de Cristo les es atribuido a su favor (lea Romanos 5:17). Sin embargo, es importante mencionar la diferencia entre la justificación y la santificación. Por medio de la santificación, Dios *imparte* de forma real la justicia de Cristo al pecador. Aunque las dos realidades deben ser distinguidas, la justificación y la santificación jamás se deben separar. Dios no justifica a quien no santifica.⁵

Reconciliación

La consecuencia más inmediata de nuestra justificación es la reconciliación, la cual nos pone en paz con Dios. El término legal griego traducido como "reconciliar" (*katallasso*) significa unir dos partes que estaban en disputa. En el Nuevo Testamento esta palabra se usa para hablar de la reconciliación de un creyente con Dios por medio de Jesucristo.

Puesto que la mayoría de los incrédulos no tienen un odio consciente hacia Dios y no se oponen de forma activa a Él, no se consideran a sí mismos enemigos de Dios. Pero el hecho es que la mente de toda persona, no salva, es egocéntrica y solamente está en paz con las cosas de la carne, por ende, por definición, es "enemiga de Dios" (Romanos 8:7 NVI). Dios es enemigo del pecador y esa enemistad no puede terminar a menos y hasta que el pecador haya depositado su confianza en Jesucristo como redentor.

Una vez la persona abraza a Cristo por medio de una fe que está ligada al arrepentimiento, el Hijo de Dios puro y perfecto, quien fue un sacrificio perfecto por todos nuestros pecados (un elemento de la obra de Cristo que examinaremos en el próximo capítulo), pone a esa persona en paz con Dios el Padre por toda la eternidad. Más allá de eso vemos incluso que "Él es nuestra paz" (Efesios 2:14).

Quizá ningún pasaje presenta con mayor énfasis la importancia vital de la reconciliación que 2 Corintios 5:17-21, texto en el cual podemos identificar cinco verdades. *Primero*, la reconciliación transforma a los hombres: "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (versículo 17). *Segundo*, la reconciliación apacigua la ira de Dios: "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (versículo 21). *Tercero*, la reconciliación llega por medio de Cristo: "Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo" (versículo 18). *Cuarto*, la reconciliación está disponible para todo aquel que cree: "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo" (versículo 19). Y *quinto*, cada creyente ha recibido el ministerio de proclamar el mensaje de la reconciliación porque Dios "nos dio el ministerio de la reconciliación" (versículo 18),

y “nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación” (versículo 19).

Dios envía a su pueblo como embajador en un mundo caído y perdido con una noticia maravillosa. Las personas del mundo están perdidas sin esperanza y condenadas, separadas de Dios por causa del pecado. Pero Dios ha provisto el medio de la reconciliación a través de la muerte de su Hijo. Nuestra misión es rogarles que reciban esa reconciliación antes de que sea demasiado tarde. La actitud de Pablo, expresada en el versículo 20, debería ser una realidad para todo creyente: “Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios”.

Nuestra Justicia

Para ser embajadores, debemos poder vivir como tales, y ese fue el objetivo final de Dios a la hora de efectuar nuestra redención, justificación y reconciliación. Acabamos de examinar 2 Corintios 5:21, en donde Pablo dice: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. En Colosenses 1:22, Pablo dice que la meta de la reconciliación es “presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él”, y Pedro dice que: “llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia” (1 Pedro 2:24). Esos versículos no aseveran que Cristo muriese para que nosotros pudiéramos ir al cielo, tener paz o experimentar el amor; él murió para producir una transformación: para convertir pecadores en santos.

La palabra griega que fue traducida como “morir” en 1 Pedro 2:24 es *apoginomai* y es en el único lugar del Nuevo Testamento en donde se encuentra. Significa “partir” o “dejar de existir”. La obra substitutiva de Cristo le permite a una persona salir de una vida de pecado y entrar a un patrón de vida eternamente diferente: una vida de justicia.

El apóstol Pablo dijo: “nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él [Cristo], para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6:6). Nuestra justificación con Cristo en su muerte se convierte en nuestro andar “en vida nueva” (versículo 4). Hemos muerto al pecado de forma que Él ya no tiene derecho sobre nosotros. 1 Pedro 2:24 hace eco de ese pensamiento y enseña que nuestra identificación con la muerte de Cristo es una salida del pecado y una nueva dirección en la vida.

Empezamos la vida como enemigos de Dios, culpables por violar su estándar de santidad, con una vida de esclavitud al pecado y una deuda a Dios que jamás podríamos pagar. Pero por medio de Cristo, Dios nos lavó en su amor, y ofreció a su Hijo como el pago del rescate por nuestro pecado; de esta forma logró nuestra redención, perdón, justificación y reconciliación.

Si Dios nos amó de tal forma, ¿cómo es posible que no lo amemos a Él a y su Hijo con todo nuestro ser? Lo que Cristo logró por nosotros, merece nuestra mayor devoción. Cualquier respuesta distinta a la de un amor inquebrantable hacia Cristo, menosprecia su maravillosa obra en la cruz. Mi oración sincera es que al recordar usted de forma constante la condición en la que estaba sin Cristo y al comprender lo que ahora posee por estar en Él, su amor por Jesús se vitalice.

1. Charles Haddon Spurgeon, citado en Tom Carter, *Spurgeon at His Best- Lo mejor de Spurgeon*- (Grand Rapids, MI: Baker Books, 1988), p. 200.
2. Leon Morris, *The Cross in the New Testament- La Cruz en el Nuevo Testamento* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1965), p.410.
3. Ibid.
4. Ibid, p. 405.
5. Para un estudio a profundidad de la justificación, por favor refiérase a mi libro *The Gospel According to the Apostles- El evangelio según los apóstoles*- (Nashville, TN: Nelson Books, 1993, 2000).

6

EL SACRIFICIO PERFECTO

En un pequeño pueblo de algún lugar de Inglaterra había una vez una capilla y en el arco que había sobre ella se hallaban escritas las palabras: "Predicamos a Cristo crucificado". Durante años muchos hombres piadosos predicaron allí, presentando al Salvador crucificado como el único medio de salvación.

Cuando esa generación de predicadores piadosos murió, se levantó una generación diferente que consideraba la cruz y su mensaje como algo demasiado anticuado. Por tanto empezaron a predicar que la salvación se lograba imitando a Cristo y no realmente por medio de la sangre del Señor, lo cual significaba que ignoraron la necesidad del sacrificio de Jesucristo. Al mismo tiempo, una hiedra había crecido en uno de los lados del arco y había cubierto la palabra *crucificado*, de forma que lo que se podía leer en ese momento en el arco era: "Predicamos a Cristo". Y ellos si predicaban al Señor, pero no su crucifixión.

Finalmente la gente de la congregación empezó a cuestionar la práctica de limitar los sermones a Cristo y a

la Biblia; de modo que los predicadores empezaron a dar discursos sobre temas como los asuntos sociales, la política, la filosofía y la afirmación de los valores morales. La hiedra siguió creciendo hasta cubrir la tercera palabra, haciendo que en el arco solamente se viera la frase: "Predicamos".

El apóstol Pablo le escribió a los cultos creyentes de Corinto y les dijo: "Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado" (1 Corintios 2:2). La única esperanza de los hombres es realmente Cristo crucificado y ese es realmente el tema de Hebreos 10:1-18, el texto principal que examinaremos en este capítulo. En el capítulo previo analizamos la muerte sustitutiva de Cristo en la cruz y lo que ella logró desde la perspectiva legal. Aprendimos que para salvarnos del juicio Dios exige una muerte sustituta. En este capítulo, veremos que el sacrificio de Jesús fue superior a cualquiera de los que se ofrecían en el sistema del Antiguo Testamento. Su muerte se convirtió en el mayor y último sacrificio, fue una expiación que conquistó para toda la eternidad lo que ningún otro sacrificio podía lograr.

Los cristianos de nuestra época fácilmente pueden volverse displicentes en su amor por Cristo puesto que están continuamente expuestos a una sociedad que está completamente dispuesta a tolerar y excusar cualquier pecado. Cuando las iglesias refuerzan esa actitud al no estar dispuestas a exponer y a confrontar el pecado ya sea de la congregación o del liderazgo, los creyentes se enfrían en su celo por Cristo. ¿Por qué deberían los creyentes esforzarse en construir su relación con Cristo cuando no perciben una urgencia en sus líderes por construir ellos esa relación con el Señor?

En clara contraposición a esta realidad, encontramos que las personas que vivieron bajo el Antiguo Testamento estaban constantemente expuestas a un sistema religioso

que les hacía ver de forma muy intensa el hecho de que carecían de una relación dinámica y vital con el Dios vivo. Para comprender cuán crucial fue el sacrificio de Cristo por nosotros y los derechos que nos entregó, es necesario primero obtener cierta comprensión de lo que significaba vivir bajo la ley Mosaica.

La Ineficacia de los Antiguos Sacrificios

Bajo el Antiguo Testamento, los sacerdotes permanecían ocupados desde el amanecer hasta la puesta del sol matando y sacrificando animales. Particularmente en la pascua se daba muerte a miles de animales en una semana. Sin embargo, sin importar cuántos sacrificios se ofrecieran o cuán a menudo lo hicieran, siempre eran sacrificios inefectivos a nivel individual y colectivo. Fallaban en tres sentidos: (1) Eran incapaces de brindarle a cualquier persona acceso ante Dios, (2) no podían quitar el pecado y (3) sólo eran externos.

No podían proveer acceso a Dios

El gran anhelo de los corazones de los santos del Antiguo Testamento era estar en la presencia de Dios (lea Éxodo 33:15). No obstante, ninguno de los sacrificios y ceremonias que se practicaban en el pasado, aunque fuera ofrecido continuamente, podía llegar a salvar o a "hacer perfectos a los que se acercan" (Hebreos 10:1).

Eso sucedía porque la ley era sólo "la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas" (versículo 1). La ley y sus ceremonias sólo podían reflejar la imagen de las buenas cosas que estaban por venir: los privilegios y bendiciones que resultarían del sacrificio de Cristo. Eran una forma sin sustancia. Sin embargo, el sacrificio de Cristo

es la "misma forma" (*eikon*), la réplica o reproducción exacta de "los bienes venideros". Ese sacrificio produjo perdón, paz, una conciencia limpia y, lo más importante de todo, el acceso directo a Dios.

Las buenas cosas anunciadas e implícitas en el antiguo sistema se cumplieron en Cristo. El propósito de la ley jamás fue "perfeccionar", cumplir o completar la salvación que el pueblo deseaba pero Dios sí tenía unos objetivos importantes al revelar la ley.

Primero, al ser una sombra, le señalaba al pueblo la realidad futura de la salvación. Pedro dice: "Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación" (1 Pedro 1:10). Aunque sólo era una sombra era mejor que no tener nada pues dirigía el pueblo hacia Dios y hacia la salvación que vendría.

Segundo, servía como un recordatorio de que la paga del pecado es la muerte. El pueblo no podía dejar de matar animales constantemente como sacrificio por sus pecados.

Tercero, Dios le dio a su pueblo los sacrificios como un acto que cubría el pecado. Cuando los sacrificios se ofrecían de la manera apropiada y provenían de un corazón con una fe sincera, removían de forma inmediata y temporal el juicio de Dios. Los antiguos sacrificios no eliminaban realmente el pecado, solamente lo cubrían. Menospreciar los sacrificios significaba ser "cortado... de entre su pueblo" (Levítico 17:4) y recibir el castigo temporal de Dios porque esa actitud dejaba ver un corazón incrédulo y desobediente. Por tanto, aunque los sacrificios no podían llevar a una persona a la presencia de Dios, eran importantes para mantener una demostración de una relación personal de pacto con Dios.

No podían remover el pecado

Las personas que vivieron bajo la ley Mosaica buscaban la liberación del pecado y la culpa que corroía sus conciencias pero sus sacrificios no podían librarlos de las garras del pecado. De hecho, servían como un recordatorio constante de su propia incapacidad para eliminar el pecado. Eso es lo que señala el escritor de Hebreos: "De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado. Pero en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados" (10:2-3).

Si los sacrificios realmente hubieran cumplido su propósito de quitar el pecado, las personas no habrían sido afligidas por la culpabilidad del pecado; sus conciencias jamás fueron limpias como sí sucedió en Cristo (lea Hebreos 9:9,14). Si el sistema de sacrificios de esa época hubiese quitado la culpa y los hubiese llevado a una comunión con Dios, habrían cesado al cumplir su objetivo a la perfección. Pero ese sistema jamás logró tal resultado, sólo les recordaba que era un medio incapaz de quitar el pecado de una vez y para siempre.

Imagínese lo difícil que debe haber sido vivir bajo un sistema semejante. En lugar de poder ofrecer el sacrificio y obtener el perdón, las personas eran conscientes todo el tiempo de que su siguiente pecado requeriría otro sacrificio más, el cual a su vez también sería incapaz de quitar el pecado, y de purificar y liberar sus conciencias de la culpa producida por esa mala acción.

Es maravilloso saber que no hay condenación para los que están en Cristo (lea Romanos 8:1). Es fantástico ser libre de la culpa y poder reconocer que nuestros pecados son perdonados todo el tiempo por la gracia de Dios por

medio de la muerte de Cristo. Nuestras conciencias están limpias.

Pero esa libertad de conciencia no existía en el pacto antiguo. De hecho, cuanto más fiel y piadosa fuese una persona, es probable que se sintiera más culpable porque era más consciente y sensible en cuanto a la santidad de Dios y a su propia pecaminosidad. La persona quedaba atrapada entre su conocimiento de la ley de Dios y la conciencia de su propia capacidad para quebrantar esa ley.

Eso no significa que el creyente no tenga conciencia o sensibilidad hacia su propio pecado. Nadie debería ser más consciente de esa realidad que el cristiano porque, al igual que la persona santa, fiel y piadosa del Antiguo Testamento, el cristiano es plenamente consciente de la santidad de Dios y de su norma de justicia. Lo que sucede es que aunque el cristiano sea consciente de su pecado, no debe sentirse agobiado de forma indebida por esa realidad ya que el pecador que ha sido perdonado sabe que su perdón está en Cristo y por ende está libre del temor al juicio.

Los sacrificios sólo eran externos

Aunque el pecado se manifiesta de forma externa, su raíz siempre es interna y esa es un área inalcanzable para los sacrificios antiguos, pues no pueden ir al interior de la persona y cambiarla, "porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados" (Hebreos 10:4). Hebreos 9:13-14 nos aclara lo que se necesitaba para transformar a los hombres. "Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerro rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?". No había

una relación real entre la muerte de un animal y el perdón de la ofensa moral que el hombre cometía contra Dios. Era imposible que cualquier animal satisficiera las demandas del Dios santo. Sólo Jesucristo, la unión perfecta de la humanidad y la deidad, podía satisfacer a Dios. Sólo su muerte podía ser el sacrificio máximo y totalmente efectivo.

La Efectividad del Sacrificio de Cristo

A diferencia de la ineficacia de los sacrificios animales, el sacrificio de Cristo fue efectivo por varias razones.

El sacrificio de Cristo cumplió el propósito de Dios

Como lo mencionamos en el capítulo dos, en la eternidad pasada Dios el Padre hizo un pacto con Dios el Hijo, en el cual acordó darle al Hijo un regalo único que era la humanidad redimida, quienes lo adorarían y lo glorificarían por siempre. Sin embargo, para cumplir esa promesa, la única opción que tenía Dios era redimir a la humanidad al enviar a su Hijo a la tierra a morir. El papel de Cristo en el plan de Dios era ser el sacrificio que lograría la expiación del pecado. Hebreos 10:5 dice: "Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; Mas me preparaste cuerpo". Cuando Cristo estaba listo para encarnarse, reconoció lo inapropiado del antiguo sistema y también reconoció que su propio cuerpo había de ser el sacrificio que agradaría a Dios y redimiría a los pecadores que eran parte de ese pacto.

En la cruz, Cristo ratificó el pacto eterno. Hizo lo que fue necesario para proveer la redención que el Padre había planeado desde antes de la fundación del mundo. Sin importar qué le pidiese el Padre, Cristo siempre estaba dispuesto a cumplir la voluntad de Dios. En respuesta al plan

del Padre, Cristo dijo: "He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, Como en el rollo del libro está escrito de mí" (Hebreos 10:7). Cristo fue el sacrificio perfecto porque se ofreció a sí mismo en obediencia perfecta, cumpliendo así la voluntad final de Dios.

El sacrificio de Cristo reemplazó el sistema antiguo

El sacrificio de Jesús eliminó el sistema antiguo y lo reemplazó por uno nuevo. El escritor de la epístola a los Hebreos dice: "Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último" (Hebreos 10:8-9). La intención del escritor era mostrarles a los lectores judíos que el pacto antiguo en ese momento no era, nunca había sido, y nunca podría llegar a ser un pacto satisfactorio. Les muestra que la insatisfacción de Dios con lo antiguo y su preparación de Cristo son la evidencia de que Dios tenía planeado quitar "lo primero para establecer lo segundo". El enfoque de Dios siempre estuvo en el segundo pacto. Dios puso a un lado cualquier propósito y validez del primer pacto.

El sacrificio de Cristo santifica al creyente

Ya hemos visto que el antiguo sistema no podía hacer santo a nadie, por tanto Dios tenía que establecer un sistema que pudiera "En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre" (Hebreos 10:10). Ser santificado, o ser hecho santo, básicamente significa ser separado del pecado. En el contexto del versículo 10 se refiere a la salvación.

La sintaxis de la expresión "somos santificados" en el texto griego utiliza un participio perfecto con un verbo finito,

mostrando así de la forma más enfática posible el estado continuo y permanente de la salvación en la que está el creyente. Eso significa que cada creyente ha sido santificado de forma permanente. Un acto, en un solo momento, proveyó la santificación permanente para todo aquel que deposita su confianza en Cristo. En la cruz, Cristo nos santificó y nos separó para que le pertenezcamos a Él.

No obstante, nuestra experiencia nos enseña una realidad diferente. Es difícil pensar que seamos santos porque constantemente tenemos que lidiar con el pecado. Tanto en nuestro pensamiento como en la práctica estamos lejos de ser santos, pero nuestra nueva naturaleza es perfectamente santa: "y vosotros estáis completos en él" (Colosenses 2:10). Probablemente no siempre actuemos como santos pero somos santos en nuestra posición ante Dios, tal como un niño que desobedece a su padre pero sigue siendo su hijo.

Somos santos en el sentido de que ante Dios la justicia de Cristo nos ha sido imputada y aplicada. Nuestra santidad es un hecho ya cumplido; hemos sido santificados. Sin importar cuán santo pueda o no ser nuestro andar, en nuestra *posición* estamos completa y permanentemente separados para Dios si hemos confiado en "la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre" (Hebreos 10:10).

El sacrificio de Cristo quita el pecado

Lo que no podía conseguir el antiguo pacto, quitar el pecado, el nuevo pacto en Cristo sí lo logró: "Todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios" (Hebreos 10:11-12).

El sacerdocio levítico constaba de 24 órdenes y en cada una de ellas había cientos de sacerdotes que tomaban turnos para servir en el altar. Según el versículo 11, los sacerdotes siempre estaban en pie mientras ofrecían el sacrificio porque su trabajo nunca estaba completo. Además, sacrificar estos animales continuamente les tomaba todo el tiempo día a día. A pesar de sus esfuerzos continuos y de todo lo que hacían, ni uno solo de esos sacerdotes podía hacer un sacrificio plenamente efectivo por el pecado.

Uno pensaría que si había algún miembro del grupo sacerdotal que pudiese ofrecer un sacrificio efectivo por el pecado, tenía que ser el sumo sacerdote. Una vez al año, en el día de la Expiación, el sacerdote entraba al lugar santísimo para ofrecer un sacrificio en favor de su pueblo. En esa ocasión, esparcía sangre sobre el propiciatorio para simbolizar el pago del castigo de sus propios pecados y de los pecados del pueblo. Pero ese acto anual, aunque era prescrito y honrado por Dios, no tenía el poder para quitar o pagar el castigo del pecado. Solamente señalaba al "misericordioso y fiel sumo sacerdote" que expiaría "los pecados del pueblo" (Hebreos 2:17).

La palabra "propiciación" conlleva básicamente la idea de apaciguar o satisfacer. Jesucristo fue el Sacerdote cuyo sacrificio fue efectivo de forma perfecta y permanentemente para apaciguar la ira de Dios porque pagó el castigo por el pecado "por el sacrificio de sí mismo" (Hebreos 9:26). Cristo "fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos" (Hebreos 9:28). Luego, "se sentó a la diestra de Dios" (Hebreos 10:12) porque completó su sacrificio al quitar los pecados de los creyentes para toda la eternidad.

Hay cosas que nunca se pueden reproducir y el sacrificio de Jesucristo ciertamente es una de ellas. Es posible, por

ejemplo, reproducir obras de arte e incluso música de baja calidad. Pero si alguien nos pidiera duplicar un grabado de Rembrandt, escribir una sinfonía como la de Beethoven, una fuga como las de Bach, o incluso escribir un verso como los de Shakespeare o los hexámetros de la *Iliada* de Homero, nos sería imposible cumplir tal petición. Son obras maestras y como tal son únicas, y esos son solamente ejemplos en el plano humano. Más allá de todos esos ejemplos, el sacrificio de Cristo es la obra maestra de todos los tiempos. No puede ni debe ser reproducida o repetida, pues quitó los pecados una vez y para siempre de todos aquellos que creen.

El sacrificio de Cristo destruyó a sus enemigos

Ninguno de los sacrificios del Antiguo Testamento pudo lidiar con Satanás. Esos sacrificios no tuvieron absolutamente ningún efecto en él ni en los demonios ni en los hombres impíos que estaban a su servicio. Pero cuando Jesús murió en la cruz, asestó un golpe mortal a todos sus enemigos. Primero que todo, la cruz garantizaba la destrucción final de aquél "que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo" (Hebreos 2:14). La única forma de destruir a Satanás era quitarle su arma, más poderosa: la muerte física, espiritual y eterna. Cristo lo despojó por medio de su propia muerte y resurrección, probando así que había conquistado la muerte con poder.

Además de derrotar a Satanás, Cristo también desarmó y triunfó sobre todos los ángeles caídos; sobre todos los gobernadores y potestades de todas las épocas que han rechazado y se han opuesto a Dios (lea Colosenses 2:14-15). Cristo ahora sólo está esperando hasta que todos "sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies" (Hebreos 10:13), hasta que ellos reconozcan su señorío postrándose a sus pies (lea Filipenses 2:10).

Todos los enemigos de Dios a través de la historia juntaron sus fuerzas y lo más que pudieron hacer fue asesinar a Cristo en la cruz. Sin embargo, fue en esa misma cruz que el Señor obtuvo la victoria sobre ellos. Su instrumento de muerte se convirtió en el símbolo del triunfo de Cristo sobre ella. Él la conquistó para todos aquellos que a través de la historia hayan creído o lleguen a creer en Dios. Jesucristo convirtió el peor instrumento de Satanás en el mejor instrumento de Dios.

La muerte de Cristo perfeccionó para siempre a los santos

El autor de la carta a los Hebreos dice: "Con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (10:14). Por medio de un solo sacrificio Cristo nos llevó a la presencia de Dios para siempre. Al entender el significado de la palabra "perfectos" en su contexto, vemos que se refiere a nuestra salvación eterna. Podemos descansar con certeza en el hecho de que su muerte quitó el pecado para siempre de todos aquellos que le pertenecen.

Es evidente que necesitamos una limpieza continua cuando caemos en pecado pero jamás debemos temer que nuestro pecado produzca el juicio de Dios sobre nosotros. El sacrificio de Cristo fue suficiente para santificarnos y perfeccionarnos de forma permanente al igual que para proveer el continuo perdón de nuestros pecados. Es por eso que Él se tuvo que sacrificar una sola vez. El escritor de Hebreos aclaró esta verdad para nosotros cuando dijo: "Donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado" (versículo 18).

El sacrificio de Cristo cumple la promesa de un nuevo pacto

Dios había prometido generar un nuevo pacto y cuando Jesús murió ese nuevo pacto fue sellado con su sangre. Al

citar la profecía del nuevo pacto que aparece registrada en Jeremías 31, el escritor de Hebreos manifiesta claramente la intención de Dios; usa el testimonio del mismo Espíritu Santo y dice: "Nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo; porque después de haber dicho: Éste es el pacto que haré con ellos Después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones; Y en sus mentes las escribiré, añade: Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones" (Hebreos 10:15-17). Jeremías profetizó que el nuevo pacto estaría dirigido a la parte interior del hombre, haciendo posible la limpieza y el perdón de pecados. El nuevo sacrificio fue efectivo porque cumplió lo que Dios había prometido y sus promesas jamás pueden ser quebrantadas.

El escritor de la epístola a los Hebreos concluye diciendo: "Donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado" (versículo 18). La obra del sacrificio ha terminado. El perdón ya ha sido provisto para aquellos que confían en el sacrificio perfecto de Cristo. Podemos agradecer el que hayamos tenido el privilegio de vivir después de la crucifixión, disfrutando la gloria de ese sacrificio perfecto y sin tener que anhelar algo que no sabemos con claridad cómo es, y por el contrario podemos mirar al pasado como un hecho consumado y claro.

El teólogo Benjamin B. Warfield resume de forma apropiada lo que significa el sacrificio de Cristo para el cristianismo.

La doctrina de la muerte y sacrificio de Cristo no es sólo un elemento esencial que el cristianismo adopta como parte de su sistema, sino que en un sentido muy real constituye al cristianismo mismo. Es ese hecho el que lo diferencia de las religiones, pues el cristianismo no vino al mundo a proclamar una

nueva moralidad y a pedirles a los hombres que por su esfuerzo conquisten una posición delante de Dios; ni se trata de exigirles que erradiquen todos los objetos sobrenaturales por medio de los cuales acostumbran darle fuerza a sus almas temblorosas y cargadas de culpa. El cristianismo vino a proclamar el sacrificio real provisto por Dios para eliminar el pecado a fin de superar todos los pobres y efímeros esfuerzos que los hombres habían hecho y que estaban haciendo en ese momento para proveerse su propio sacrificio; al mismo tiempo el propósito del sacrificio de Dios era darle un fundamento firme a los pies de los hombres y pedirles que dejaran de ofrecer otros sacrificios. Es a través de este hecho de la cruz que el cristianismo conquistó y hoy día sigue conquistando.¹

En resumen, permítame recordarle lo que Cristo ha hecho por usted: el Dios y sustentador del universo se humilló a sí mismo al hacerse hombre, padecer colgado en una cruz y satisfacer la justicia de Dios al cargar sobre sí el castigo de los hombres, morir en su lugar y ofrecerse como el único, final y perfecto sacrificio por el pecado. ¿Cómo puede usted ignorar su relación con Aquél que hizo todo esto por usted? No obstante, eso es lo que muchos de ustedes hacen cuando le dan a alguien o a algo diferente a Cristo una prioridad superior en su vida. No permita que eso ocurra; dele a Él el primer lugar en su vida y aprenda a ver todas las cosas desde la perspectiva de Él.

1. Benjamin B. Warfield, *The Works of Benjamin B. Warfield: Biblical Doctrines - Las obras de Benjamin B. Warfield: Doctrinas Bíblicas* vol. 2 (Nueva York: Oxford University Press, 1929), p. 435.

Tercera Parte

JESÚS NUESTRO SEÑOR

NOMBRE SOBRE TODO NOMBRE

Tal como un hombre ahogándose busca una mano a la cual aferrarse para que lo salve de la muerte, el ser humano anhela obtener la vida eterna. Esta ilustración romó mucho sentido para mí cuando Tom, un hombre que sirve en el ministerio conmigo, me relató su propia historia del día en el que casi se ahoga. Al finalizar la secundaria, Tom y varios amigos de la iglesia decidieron dar un paseo en canoa por el río Blackwater en la Florida. Había llovido ese día y como resultado estaba más alto de lo normal y las aguas se movían con gran rapidez.

En una de las ocasiones en las que se detuvieron, Tom y dos amigos más observaron un columpio hecho con una llanta que colgaba de un árbol en la playa del otro lado del río y decidieron atravesar el río nadando para ir a disfrutar del columpio. Después de varios minutos de nadar y saltar en el río, Tom sintió que sus piernas estaban muy cansadas, casi como si estuvieran hechas de plomo. El hecho de que llevaba puesto un par de jeans no le ayudaba en absoluto. Puesto que era incapaz de seguir luchando contra el agua, se hundió como una roca hasta el fondo, el cual estaba más

o menos a tres metros de la superficie. Tan pronto llegó al lecho del río, se impulsó en él y volvió a salir a flote. Le pidió ayuda al amigo que estaba más cercano a la playa, pero este, pensando que Tom sólo bromeaba, lo ignoró. A medida que la corriente lo arrastraba, Tom se volvió a hundir. Volvió a impulsarse desde el fondo, pero esta vez apenas logró asomar la cabeza sobre el agua lo suficiente como para pedir ayuda una vez más.

El amigo de Tom comprendió entonces la seriedad del asunto y empezó a correr a lo largo de la playa para adelantarse a Tom. Encontró la rama de un árbol que se extendía sobre el río, se subió a ella aferrándose con la fuerza de uno de sus brazos al tiempo que estiraba el otro brazo tanto como podía. Entre tanto, Tom se había hundido por tercera vez. En esta ocasión cuando se impulsó desde el fondo del río, comprendió que no iba a lograr llegar a la superficie. Cuando saltó y llegó a unos cuantos centímetros por debajo del agua, pudo ver en medio de ella la silueta de una mano que se extendía hacia él. Extendió su brazo y logró atrapar la mano de su amigo; inmediatamente utilizó todas las fuerzas de los músculos de su brazo y, junto con la fuerza de su amigo, logró salir del río. Su amigo logró sostener fuertemente a Tom hasta que el resto del grupo pudo alcanzarlos.

Tom tuvo la fortuna de que su amigo estaba en el sitio correcto y tenía la fuerza para salvarlo; sin él, Tom se habría ahogado ese día. En cuanto al rescate espiritual que nos salva del juicio y del infierno, nuestro salvador pudo y estaba dispuesto a estirar su mano para salvarnos de la muerte eterna. Jesús nos asegura: "porque yo vivo, vosotros también viviréis" (Juan 14:19).

Nuestro Señor y Salvador resucitado le ha dado a sus hermanos (aquellos que confían y creen en la capacidad que

tiene Él para salvarlos) el más grande regalo de todos: la *vida* eterna. ¿Cómo es posible, entonces, que un creyente desatienda o ignore su relación con Cristo? Esa negligencia es una cuestión que está más allá de toda comprensión. No obstante, la realidad es que muchos lo hacen y permiten que su egocentrismo y su apego al mundo distraigan y dominen sus pensamientos de modo que su mirada se desvíe del Señor y abandonan su primer amor. A todos los creyentes les sería muy bueno (tanto los que necesitan volver a su primer amor como aquellos que todavía aman a Jesús con la devoción de su corazón, su alma, su mente y sus fuerzas) recordar la forma en que Dios recompensó a su Hijo por su disposición a morir por los pecadores.

En los capítulos previos consideramos la humillación de Cristo, y la manera como cumplió el plan de Dios para salvar al hombre. Aquél que existía en forma de Dios "no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Filipenses 2:6-8). Al hacer las cosas de ese modo, Jesús se convirtió en el sustituto y el sacrificio perfecto: murió en nuestro lugar, tomó nuestros pecados en su ser puro y santo, y nos reconcilió con Dios apaciguando su ira.

Sin embargo, si la obra de Cristo en la cruz hubiese terminado con su muerte y fuese solamente un noble martirio, seríamos hombre y mujeres que se están ahogando y no cuentan con nadie que estire la mano y los saque del agua para llevarlos a un lugar seguro. Sin importar cuán grande hubiese sido su sacrificio, un Salvador muerto no podría librar a los pecadores porque eso hubiese significado que Él era incapaz de conquistar el castigo por el pecado: la

muerte. Pero Jesucristo sí derrotó a la muerte y resucitó de nuevo. Por esa misma razón, "Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Filipenses 2:9-11).

Por ende, el evangelio no está completo sin la exaltación de Cristo. En este texto, que probablemente era un himno de la iglesia naciente, vemos a nuestro Señor descendiendo de la gloria que tenía por ser Dios para asumir la forma de un siervo, morir, resucitar y finalmente ascender y retornar a la gloria que compartía con el Padre antes de la creación del mundo. Ese es el mensaje cristiano completo. La humillación y muerte de Jesús sólo fue la primera etapa. En este capítulo examinaremos la siguiente etapa en el desarrollo del plan de Dios para nuestro Señor encarnado y descubriremos la forma en que el Salvador obtuvo una vez más la gloria que tenía junto al Padre antes de que el mundo existiera (lea Juan 17:5). Mi esperanza sincera es que cuando usted vea al Señor exaltado, comprenda cuánto Él merece todo su amor y devoción sin reservas.

Los Pasos de su Exaltación

En el capítulo tres examinamos lo que el apóstol Pablo escribió sobre la serie de pasos que nuestro Señor dio al descender de su posición y volverse hombre: descendió al no usar muchas de sus prerrogativas divinas; se humilló a sí mismo, se hizo siervo, se identificó con los pecadores, se hizo semejante a los hombres y fue obediente hasta el punto de la muerte en una cruz (lea Filipenses 2:5-8). Aunque Pablo no escribe sobre la exaltación que Dios hace de Cristo

de la misma manera en la que escribe sobre la decisión y el proceso de Jesús al despojarse de su gloria, la Biblia en su totalidad nos muestra varios pasos que llevan a la completa exaltación del Señor: su resurrección, ascensión, coronación y actual intercesión.

Su resurrección

La resurrección de Jesucristo es sin lugar a dudas el punto más alto de la historia de la redención porque prueba más allá de cualquier interrogante la deidad de Jesucristo y garantiza nuestra propia resurrección. Además, el hecho más importante de todos es que la resurrección es la prueba reina de que Dios aceptó el sacrificio de Cristo: "el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación" (Romanos 4:25). Las imágenes que Pablo utiliza en ese versículo ilustran a un criminal que es llevado a su juicio. De igual forma Jesucristo fue entregado como nuestro sustituto para que pagara la sentencia de muerte que nuestras transgresiones provocaron. Pero el Señor también fue resucitado para proveer la justificación ante Dios que nosotros jamás hubiésemos podido obtener por nuestro propio esfuerzo. El gran teólogo del siglo XIX, Charles Hodge Spurgeon, escribió:

Con un salvador muerto, un salvador sobre el cual la muerte hubiese triunfado y al cual hubiese retenido cautivo, nuestra justificación jamás habría sido posible. Así como era necesario que el sumo sacerdote del antiguo pacto no sacrificara la víctima en el altar, sino que transportara la sangre al lugar santísimo y la rociara sobre el propiciatorio, era también necesario no sólo que nuestro Sumo Sacerdote sufriese en el patio externo del templo, sino también que traspasara los cielos para presentar su justicia ante Dios en pro

de nuestra justificación. Por tanto, la resurrección de Cristo era absolutamente esencial como evidencia de la aceptación de su sacrificio en favor nuestro y como un paso necesario para asegurar que los méritos de su sacrificio nos fuesen aplicados, para obtener nuestra justificación.¹

El hecho es que: "si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados" (1 Corintios 15:17). Si Jesús no se levantó de los muertos, entonces el pecado obtuvo la victoria sobre Cristo y, por tanto, continúa siendo victorioso sobre todos nosotros. Si Cristo quedó muerto, entonces cuando nosotros muramos, también seguiremos muertos y condenados a un castigo eterno. Si Cristo no derrotó la muerte, su muerte fue inútil, nuestra fe en Él es inútil también y Dios todavía tienen una lista de nuestros pecados que está en contra nuestra. Si Dios no levantó de los muertos a Cristo, entonces aún no estamos reconciliados con Dios ni redimidos del castigo de nuestra transgresión, no se ha producido el perdón de nuestros pecados y no ha habido un sacrificio perfecto por nuestras iniquidades. Si todo esto fuese cierto, entonces la muerte de Jesús no sería más que la muerte heroica de un mártir noble; la muerte patética de un hombre loco o la ejecución de una simple farsa. Todos los hombres estarían condenados y el cielo eterno estaría vacío excepto por la presencia de Dios y los santos ángeles.

Pero Dios *sí* resucitó a Jesús de los muertos (lea Romanos 4:25). Su muerte *sí* pagó el precio por nuestros pecados y su resurrección fue la prueba de eso. Cuando Dios levantó a Jesús de los muertos, demostró que su Hijo había pagado plenamente el castigo por el pecado que exige la ley. La resurrección de Cristo no prueba solamente esto, sino también su poder sobre la mayor penalidad que conlleva

el pecado, es decir, la muerte. La tumba no pudo retener a Jesús porque Él había conquistado la muerte y su conquista le da como herencia la vida eterna a toda persona que pone su confianza en Él. El apóstol Pedro dijo: "Al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella" (Hechos 2:24).

La muerte no tuvo poder para retener a Jesús por varias razones. Primero, no podía sujetarlo porque Él poseía el poder divino. Jesús es "la resurrección y la vida" (Juan 11:25) quien murió "para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo" (Hebreos 2:14). El poder que Satanás tenía para matarnos tenía que ser destruido para que nosotros pudiésemos ser llevados a Dios; por tanto, en su resurrección, nuestro Señor le quitó a Satanás su estrategia más contundente. La muerte es una poderosa arma satánica pero Dios tiene otra arma que es más poderosa, la vida eterna, y con ella Jesús destruyó la muerte. Para llegar a la vida eterna hay que experimentar la resurrección, por tanto Jesús fue a la muerte, la atravesó, y pasó al otro lado.

La promesa divina fue una segunda razón por la cual la muerte no pudo contener a Jesús. Juan 2:18-22 registra el siguiente diálogo:

Y los judíos respondieron y le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Más él hablaba del templo de su cuerpo. Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho.

“Esto es lo que está escrito”, le dijo nuestro Señor a los discípulos, “que el Cristo padecerá y resucitará al tercer día” (Lucas 24:46 NVI). Jesús mismo, que es la Verdad, el Dios encarnado que no puede mentir, prometió que resucitaría de entre los muertos.

En tercer lugar vemos que la muerte no pudo sujetar a Jesús a causa del propósito divino. Dios planeó que su pueblo estuviese con Él por toda la eternidad. Pero para estar con Él, necesitaba atravesar la muerte y pasar al otro lado, y Jesús tenía que abrir el camino (lea 1 Corintios 15:16-26). Él le prometió al Padre que resucitaría a todo el pueblo de Dios y no perdería a uno solo de ellos sino que los llevaría al cielo (lea Juan 6:37-40).

Por tanto, al demostrar su poder para conquistar la muerte, un poder que le pertenece sólo a Dios mismo (pues Él es el dador de la vida), Cristo comprobó más allá de toda duda que era el Hijo de Dios (lea Romanos 1:4). Por ende, la resurrección es la prueba de que el sacrificio de Cristo fue aceptable ante Dios para expiar los pecados y, ya que Cristo es Dios, tuvo el poder de conquistar la muerte y resucitar a los muertos. El teólogo Benjamin B. Warfield comenta:

El hecho de que Cristo haya muerto manifiesta su amor y su disposición de salvarnos. Su resurrección manifiesta su poder y capacidad para salvar pues no podemos ser salvos por un Cristo muerto que se hubiese sacrificado pero no hubiese vencido y que aún yaciera bajo el cielo de Siria, como otro mártir de un amor impotente. Para salvar, Cristo no sólo debía experimentar la muerte, sino derrotarla. Si el castigo ha sido pagado plenamente, la muerte no puede haberlo destruido, sólo debe haber sido necesariamente puesta en su ser. La resurrección de Cristo es, entonces, la

evidencia indispensable de su obra completa, de la redención que obtuvo. Es únicamente por el hecho de que se levantó de los muertos que podemos saber que el precio que pagó por el rescate fue suficiente, que el sacrificio fue aceptado y que somos su posesión adquirida. En una palabra, la resurrección de Cristo es fundamental para la esperanza y la confianza cristianas.²

Su ascensión

Hechos 1:9-11 describe el segundo aspecto de la exaltación de Cristo. Después de que Cristo terminó de dar sus últimas instrucciones a los discípulos, “fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo”. Jesús partió de este mundo a la dimensión celestial sin hacer alarde con su cuerpo glorioso que recibió después de la resurrección y fue a tomar el lugar que le correspondía a la diestra del trono de Dios.

Su coronación

Después de que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos y de la ascensión de Cristo al cielo, Pablo dice que Dios lo sentó “a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies” (Efesios 1:20-22). El escritor de Hebreos afirma la misma verdad: “Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de

sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas" (Hebreos 1:3). El que Jesús esté sentado a la diestra del Padre significa por lo menos cuatro cosas.

Primero, se sentó como una señal de honor para que "toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Filipenses 2:11). Estar sentado a la diestra del Padre es el más alto honor.

Segundo, se sentó como una señal de autoridad. Pedro declaró que Cristo "está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades" (1 Pedro 3:22). A lo largo del Antiguo y del Nuevo Testamento, la mano derecha es un símbolo de preeminencia, poder y autoridad. A la diestra de Dios, Cristo actúa con la autoridad y el poder de Dios todopoderoso y gobierna sobre todas las cosas creadas. La diestra del Padre es el lugar al cual fue Jesús una vez terminó su obra en la cruz y es desde allí que gobierna en la actualidad. Mateo 28:18 registra la afirmación de Jesús con relación a su autoridad: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" Incluso todo juicio le fue dado a Cristo (lea Juan 5:27), pues se sentó para ser el soberano del universo.

Tercero, se sentó para descansar. No había sillas en el tabernáculo o en los santuarios del templo porque los sacerdotes del antiguo pacto ofrecían sacrificios continuamente a lo largo del día, su trabajo nunca terminaba. Pero Jesús, el perfecto Sumo Sacerdote, se sentó porque su obra estaba completa: "Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios" (Hebreos 10:12).

La cuarta y última razón, por la cual Jesús se sentó está directamente relacionada con la última etapa de la exaltación de Cristo, se sentó para interceder por su pueblo.

Su intercesión

Jesucristo es nuestro Gran Sumo Sacerdote, quien se sentó a rogar ante el trono de Dios por nosotros. En Romanos 8:34 Pablo muestra el proceso de exaltación de Cristo: "Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros". Nuestro Señor está sentado a la diestra de Dios en este momento, intercediendo por todos aquellos que le pertenecemos. Por ahora dejaremos de examinar estas verdades pero volveremos a ellas para mirar a profundidad en el siguiente capítulo cómo se desarrolla ese vital ministerio de Cristo.

Cuando Jesús vino al mundo, pasó a un estado que nunca había experimentado: la condición de humillación. El comentarista William Hendricksen nos recuerda que Cristo fue restaurado a la gloria y exaltación:

La exaltación es el opuesto de la humillación. Aquél que había sido condenado por la ley divina (a causa del pecado del mundo que había sido puesto en Él) ha cambiado su castigo por una relación justa con la ley. Aquél que era pobre se vuelve rico. Aquél que había sido rechazado es aceptado (Apocalipsis 12:5, 10). Aquél que había aprendido la obediencia pasó a ser el administrador real del poder y la autoridad que le fueron conferidas.

Por ser *rey*, al haber logrado y expuesto su triunfo sobre sus enemigos por medio de su muerte, resurrección y ascensión, ahora tiene en sus manos las riendas del universo y gobierna todas las cosas para el beneficio de su iglesia (Efesios 1:22-23). Por ser *profeta*, guía a su pueblo a toda la verdad por medio de su Espíritu. Finalmente, por ser *sacerdote* (sumo

sacerdote según el orden de Melquisedec), con base en la expiación que logró, *no sólo intercede sino que también vive eternamente para interceder* por aquellos que por medio de Él se acercan a Dios.³

Lo más maravilloso es que todos los creyentes seguirán a Cristo en su exaltación. Nosotros también entraremos en su gloria eterna; también ascenderemos, no sólo los creyentes que estén vivos en el momento del rapto, sino también todos los que hayan muerto en Cristo. En el cielo, experimentaremos la coronación, pues también nos sentaremos con Cristo en su trono (lea apocalipsis 3:21). En ese momento ya no necesitaremos el ministerio de intercesión de nuestro Señor, pues nuestra transformación estará completa. La senda de gloria que Jesús caminó empezando con su resurrección es también la senda que nosotros seguiremos. Esa es la promesa de Dios.

Jesús no nos negó ni nos ignoró en ningún momento de su exaltación; Él dispuso la senda al cielo para nosotros y ancló nuestra salvación al interior del velo en el lugar santísimo (lea Hebreos 6:19-20). Nunca pierda de vista esa verdad; mire a su primer amor, a nuestro Señor exaltado, y deléitese en la gloria que le espera a usted.

Un Nuevo Nombre

Según Filipenses 2:9, cuando "Dios... le exaltó hasta lo sumo... le dio un nombre que es sobre todo nombre". Puesto que Pablo utilizó el artículo definido antes de la palabra "nombre" (tal como aparece claramente traducido en la NVI), debemos preguntarnos cuál es *el* nombre que está sobre todo nombre. Hebreos 1:4 dice que este nombre es más excelente que los nombres de los ángeles; debe ser un nombre que va más allá del simple hecho de distinguir

a una persona de otra; debe ser un nombre que describe la naturaleza de Cristo y que revela algo esencial sobre su ser. Tiene que ser un nombre superlativo, uno que separe y muestre a Cristo como una persona superior a todas las demás, más allá de cualquier comparación.

El único nombre mencionado en Filipenses 2:9-11 que podría satisfacer tales requisitos es "el Señor". En el versículo 11, Pablo dice: "toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre". "El Señor" es el nombre que está sobre todo nombre porque quien es el Señor es el Ser supremo. "Jesús" es su nombre de humillación; "Cristo" es un título, y "el Señor" es su nombre exaltado.

Los evangelios muestran claramente que "el Señor" había de ser su nuevo nombre. Cristo admitió ante Pilatos que Él era el Rey (lea Marcos 15:2; Juan 18:37). Tomás vio al Cristo resucitado y fue evidente que Cristo era el Dios viviente y, por tanto, el Señor; fue en su estado de exaltación que formalmente recibió el nombre de "Señor", el nombre que está sobre todo nombre.

El término griego traducido como "Señor" (*kurios*) primordialmente se refiere al derecho de gobernar y por tanto su significado inherente no es la deidad sino el gobierno. En la época del Nuevo Testamento, el término *kurios* era utilizado para describir un amo o dueño; era un título de respeto que se le daba a cualquier persona que estuviera gobernando y se convirtió en el título oficial de los emperadores romanos. Era un título utilizado para las deidades paganas. Los traductores del Antiguo Testamento griego usaron la palabra *kurios* para traducir el nombre de Dios (la palabra hebrea *Yahweh*). Por tanto, aunque la deidad puede estar asociada con esta palabra, su significado primordial está relacionado con el gobierno, sea secular o

no. Decir que Jesús es *kurios* ciertamente implica deidad pero la idea principal que se comunica es la de autoridad soberana. Sin importar el significado, todos deben reconocer la supremacía y el derecho que tiene Jesús de gobernar.

No podemos hablar de Cristo de una forma distinta a la de Señor. Por eso el primer credo en la historia de la iglesia, que nos fue dado en Filipenses 2:11, dice: "Jesucristo es el Señor". Pablo dijo: "No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor" (2 Corintios 4:5). La salvación sólo viene a aquellos que confiesan a Jesús como Señor (lea Romanos 10:9-10). Jesús rechazó al hombre rico que se rehusó a obedecer su voluntad soberana y a someterse a Él (lea Mateo 19:16-22). Todo cristiano debe reconocer esa verdad porque es la esencia misma del cristianismo. Jesucristo es el Señor y aquellos que lo rechacen como Señor no pueden llamarlo su Salvador. Todo aquel que realmente lo recibe en su corazón, es llevado por el Espíritu Santo a someterse a su autoridad.

La Respuesta a la Exaltación de Cristo

Sólo hay una respuesta apropiada a la exaltación de Cristo: "Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Filipenses 2:10-11). Puesto que es nuestro Señor, Jesucristo merece nuestra adoración. Dios lo exaltó y le dio el nombre "Señor" para afirmar su autoridad y hacer que todos se postren ante Él.

Reconózcalo como Dios

Filipenses 2:10 dice que debemos postrarnos ante su nombre. El modo subjuntivo que es usado aquí ("se doble

toda rodilla") indica que finalmente toda rodilla se *doblará*, bien sea por decisión propia o por la fuerza. Por la gracia de Dios, a algunos se les lleva a reconocer el señorío de Cristo de forma voluntaria. Otros se postrarán a la fuerza en el juicio divino. Las frases "toda rodilla se doble" (versículo 10) y "toda lengua confiese" (versículo 11) son tomadas de Isaías 45:23, pasaje que enfatiza de forma poderosa la única autoridad y soberanía de Dios. En ese pasaje el Señor dijo:

No hay más Dios que yo; Dios justo y Salvador; ningún otro fuera de mí. Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más. Por mí mismo hice juramento, de mi boca salió palabra en justicia, y no será revocada: Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua. Y se dirá de mí: Ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza (Isaías 45:21-24).

¿A quién me asemejáis, y me igualáis, y me comparáis, para que seamos semejantes? Sacan oro de la bolsa, y pesan plata con balanzas, alquilan un platero para hacer un dios de ello; se postran y adoran. Se lo echan sobre los hombros, lo llevan, y lo colocan en su lugar; allí se está, y no se mueve de su sitio. Le gritan, y tampoco responde, ni libra de la tribulación. Acordaos de esto, y tened vergüenza; volved en vosotros, prevaricadores. Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero (Isaías 46:5-10).

Los pasajes de Isaías 45 y 46 claramente establecen que Dios es el Señor y el Soberano. Pablo nos está diciendo

que lo que es verdad de Dios, también es verdad del Señor Jesucristo; es decir, que toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Él es el Señor de todo. Nosotros lo conocemos como el Señor y también lo conocemos como Jesús (el nombre asociado con su obra salvífica; lea Mateo 1:21). Para que alguien lo conozca realmente, debe conocer esas dos realidades al mismo tiempo. Uno recibe el don de la salvación al recibir a Jesús, el salvador que se humilló, y al postrarnos de rodillas ante Él como majestuoso y soberano Señor.

Aquellos que lo reconocen como Señor

Filipenses 2:10 afirma que todo el universo está llamado a adorar a Cristo: "Los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra".

Los que están en el cielo

El grupo celestial está conformado por hombres y ángeles. Ellos ya reconocen que Jesús es el Señor. El grupo angelical está conformado por los ángeles santos y elegidos por Dios: los ángeles que no cayeron, serafines, querubines y miríadas de otros ángeles que adoran a Dios en el cielo. Los espíritus de los creyentes redimidos son los santos victoriosos del Antiguo y del Nuevo Testamento que ahora están en la presencia de Cristo: "la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos... los espíritus de los justos hechos perfectos" (Hebreos 12:23).

Los que están en la tierra

El grupo terrenal está conformado tanto por los creyentes como por los incrédulos que todavía están vivos. Los creyentes nos sometemos a Cristo como Señor y Salvador, siguiendo el patrón presentado por Romanos 10:9: "Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo".

Los incrédulos y desobedientes que están en la tierra también se postrarán ante Cristo, pero lo harán por obligación. 2 Tesalonicenses 1:7-9 dice: "Cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder". Cuando Jesús retorne a gobernar la tierra, quitará a los perversos, los lanzará al infierno, y establecerá su reino.

Los que están debajo de la tierra

"Debajo de la tierra" se refiere al lugar de castigo eterno, el cual está ocupado por los demonios y los hombres malvados. Ellos también reconocerán el señorío de Cristo; no para disfrutar su reino sino para soportar la interminable manifestación de su ira en el tormento eterno.

Jesucristo es Señor en absolutamente todo el universo. Por tanto "toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor" (Filipenses 2:11). *Confesar* significa "reconocer", "afirmar" o "estar de acuerdo". Todos, los demonios, los hombres, los ángeles santos, y los santos glorificados, reconocerán el señorío de Cristo. La historia avanza hacia el día en el que Jesús será reconocido por todos los gobernantes supremos del universo. Él ya está sentado en la silla del poder pero aún no ha llevado a todo el universo caído a reconocer su autoridad. Vivimos en los días de la gracia, durante los cuales Él lleva a hombres y a mujeres a reconocerlo como Señor de forma voluntaria y no por la fuerza. Pero un día, someterá a todo el universo cuando "todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos" (1 Corintios 15:28). Dios es glorificado en cualquier cosa que exalte o alabe al Hijo. A eso es a lo que Pablo se

estaba refiriendo cuando dijo que en el momento que todos reconozcan que Jesucristo es el Señor, será "para la gloria de Dios Padre" (Filipenses 2:11).

Que Jesucristo es el Señor es la confesión más importante del cristianismo. Él ha de ser confesado como Señor por nuestra boca y nuestro corazón. ¿Él tiene constantemente la prioridad en su vida? D. Martyn Lloyd-Jones preguntó:

¿Quién es Jesucristo para nosotros? ¿En qué posición está en nuestra lista de prioridades? ¿Qué es lo que creemos con respecto a Él? ¿Nos hemos postrado ante Él? ¿Nos hemos rendido a Él? ¿Confesamos que Jesús de Nazaret, el hombre que caminó sobre la faz de esta tierra, es el Señor, el ungido de Dios, aquel que fue apartado para llevar los pecados del hombre, incluyendo los suyos y los míos? ¿Reconocemos que es sólo en ese lugar, en esa muerte, que podemos encontrar la salvación, con todo lo que ella implica, y por medio de la cual somos reconciliados con Dios? ¿Confesamos que para nosotros Él es Dios y que lo adoramos para la gloria de Dios?...

Es muy fácil transformar el Nuevo Testamento en una filosofía o en un conjunto de reglas y normas y en un esquema para vivir la vida, en una apariencia externa... En esencia no se acepta la filosofía cristiana; se acepta a *Cristo*. Creo en Él, me postro ante Él como persona. Hago una aseveración sobre Él como individuo: Jesucristo es el Señor, es mi Señor; se trata de una relación personal y también de una confesión personal.⁴

Puesto que Él es el Señor exaltado, nos puede asegurar que nuestra redención está completa y nuestra esperanza de

ir al cielo es segura. También podemos tener la certeza de que constantemente intercede a nuestro favor ante el Padre. Un evangelio que llega sólo hasta la humillación de Cristo está incompleto porque nuestro Señor debe ser visto como el Cristo resucitado, ascendido, coronado e intercesor. Con respecto a esas verdades, Benjamin B. Warfield escribió:

En la resurrección de Cristo, encontramos la seguridad de que Él es el Señor del cielo y de la tierra, que tiene el derecho de gobernar y en cuyas manos se encuentran las riendas del universo... Si Él no hubiera resucitado, ¿podríamos creer que está en el trono del cielo y es Señor de todo? Si Él hubiese sido retenido por la muerte, como un prisionero indefenso de la tumba, ¿sería diferente en alguna forma a la interminable procesión de esclavos de la muerte que al igual que Él atravesaron por el mundo para encontrarse con un fin inevitable? Si es fundamental para el cristianismo que Jesús sea el Señor de *todo*; que Dios lo haya exaltado hasta lo sumo y le haya dado un nombre que está sobre *todo* nombre; que ante el nombre de Jesús *toda* rodilla se postre y *toda* lengua confiese que Él es el Señor, entonces es fundamental para el cristianismo que la muerte también haya estado sujeta a Cristo y que Él no haya visto su ser contaminarse por la corrupción. A este último enemigo Él también debe necesariamente, tal como Pablo lo asevera, poner bajo sus pies; y es precisamente porque ha puesto a este último enemigo bajo sus pies que podemos decir con una convicción tan firme que nada nos puede separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro; ni siquiera la muerte misma; que nada nos puede destruir, nada puede quitarnos la paz.⁵

Jamás olvide que en este momento, el Señor del cielo y de la tierra, que es su Señor y Salvador personal, espera su amistad y su obediencia voluntaria y gustosa. Ahora que hemos visto quién es Él, el Señor y Salvador exaltado que lo salvó a usted de la muerte inevitable, esa verdad debería impulsarlo a renovar su compromiso de amor por Él.

1. Charles Hodge, *Commentary on the Epistle to the Romans- Comentario sobre la epístola a los Romanos* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1983), p. 129.
2. Benjamin B. Warfield, *The Saviour of the World- El Salvador del mundo* (Carlisle, PA: The Banner of Truth Trust, 1991), p. 210.
3. William Hendricksen, *Philippians, Colossians and Philemon- Filipenses, Colosenses y Filemon* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 1962), p.11. Énfasis en el original.
4. D. Martyn Lloyd-Jones, *The Life of Joy. An Exposition of Philippians 1 and 2- Una vida de gozo, Una exposición de Filipenses 1 y 2* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 1989), pp. 153-154.
5. Warfield, *The Savior of the World- El Salvador del mundo*, pp. 211-212. Énfasis en el original.

A LA DIESTRA DE DIOS

Vivimos en un mundo atribulado con un futuro incierto. Los elementos que conformaban una sociedad responsable y que antes considerábamos irrefutables son ahora amenazados por perspectivas impías y anticristianas. Aunque muchos aseveran que por medio de los logros educativos y la destreza intelectual la humanidad debe llegar a un punto de avances sociales y culturales mucho mayores, el hecho es que nuestro mundo es cada vez más escéptico y muchas personas temen que nos veamos enfrentados a problemas más desconcertantes que cualquiera de los que hemos enfrentado a través de nuestra historia.

Los periódicos locales y los noticieros reportan diariamente sobre las vidas que quedan destruidas en medio de una sociedad pecaminosa que marcha a un ritmo desenfrenado, una sociedad que se caracteriza por la falta de principios, las familias desintegradas y los gobiernos débiles. Los inventos tecnológicos asombrosos del presente pueden servir para optimizar la comunicación mundial, mejorar el sistema de salud y proveer lo mejor para la comodidad de las personas, pero ninguno de esos inventos tienen aplicación para los

corazones, las mentes, las almas y los principios morales de seres humanos que viven en medio de la insatisfacción, la frustración, la culpa, el temor, el dolor y la vergüenza a un nivel que jamás había visto en toda mi vida.

Esa clase de actitud hacia la vida incluso ha encontrado cabida en la iglesia. Sin darse cuenta, los cristianos han adoptado con facilidad una forma mundana de ver la vida junto al vacío que caracteriza esa perspectiva. Como resultado, cuando se enfrentan a esas horas inevitables de la existencia que están llenas de dolor, confusión y tribulación, le dan la espalda a las realidades y a los recursos divinos, oyen el llamado del mundo y buscan soluciones inventadas por hombres.

Nadie afirmaría que ser cristiano en esta sociedad sea fácil. Aunque ciertamente no enfrentamos la persecución abierta que nuestros hermanos creyentes afrontan en otras partes del mundo, somos atacados por presiones más sutiles. La desintegración familiar también ha alcanzado una incidencia profunda y devastadora en los hogares cristianos. Las presiones de la sociedad que destruyen las familias seculares se manifiestan en la iglesia e intentan, y en ocasiones logran, dividir los matrimonios cristianos. Educar hijos en una sociedad y un sistema educativo que ha perdido prácticamente todo respeto por la moralidad genera un increíble nivel de angustia para los padres cristianos. La gran tensión y dificultad que representa salvaguardar hijos que están expuestos a la pecaminosa presión de los compañeros no tiene precedente y fue algo que nuestros padres no tuvieron que afrontar. Además todos nos sentimos escandalizados por la creciente tolerancia hacia la clase de maldad y perversión que vemos hoy y que habría generado un rechazo inmediato una década atrás. Los valores de nuestro mundo son la antítesis de la virtud cristiana.

Satanás no quiere que busquemos a Cristo; desea que dependamos de nosotros mismos y de una interminable lista de soluciones elaboradas por el hombre. Cuando hacemos eso, nos ataca en dos áreas. Primero hace que dudemos del poder de Dios y que veamos nuestras pruebas y tentaciones como algo abrumador, incluso para Dios. Tan pronto hace que nos concentremos en la imposibilidad de nuestras circunstancias y que no confiemos en la sabiduría, el poder y el propósito de Dios, logra con todo éxito alejarnos de intensificar nuestra relación con Cristo y nos conduce a una condición aún más desesperada.

Satanás también nos ataca haciendo que dudemos del perdón de Dios en nuestra lucha diaria con el pecado. Aunque la muerte y resurrección de Cristo eliminaron el castigo por nuestros pecados, todavía no hemos escapado de la presencia y la realidad del mal. El pecado intenta volver a ganar su dominio sobre nosotros a través de la carne. Satanás quiere que olvidemos que siendo "libertados del pecado, [vinimos] a ser siervos de la justicia" (Romanos 6:18). El pecado puede parecer irresistible, especialmente cuando no lo confesamos, y Satanás lo usará para levantar dudas sobre la realidad de la salvación en Cristo, haciéndonos pensar que si fuésemos realmente salvos, no estaríamos luchando contra el pecado. Si el cristiano se lo permite Satanás, pondrá continuamente pensamientos acusatorios en su mente, con el objetivo de desviarle la mirada de Aquél que ya pagó por esos pecados, desmotivarlo y quitarle la seguridad, el gozo y la paz.

Ya que usted es cristiano, no debe sucumbir ante las tretas del diablo (lea 1 Pedro 5:8-10). Tenemos un Señor vivo y todopoderoso; por ende, no hay prueba demasiado difícil para nosotros cuando las afrontamos en sus fuerzas (lea Filipenses 4:19; 2 Corintios 10:13). También contamos

con un salvador resucitado que venció al pecado y a Satanás y que nos brinda todos los recursos necesarios para resistir al diablo y los ataques que lanza contra nosotros. En el capítulo anterior, observamos que la etapa final de la exaltación de Cristo es su actual ministerio de intercesión por los cristianos. Por medio de este ministerio, mientras nuestro Señor desempeña las funciones de un comprensivo Sumo Sacerdote y Abogado ante el Padre; Jesucristo en el cielo nos brinda ayuda en todas las cosas para que seamos más que vencedores (lea Romanos 8:38). Judas 24 dice: "Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría". Es precisamente ese mismo ministerio el que debería motivarlo, si es que ha olvidado todo lo que Él hace por usted cada uno de los días de su vida, a retornar a su primer amor.

Nuestro Comprensivo Sumo Sacerdote

La comprensión perfecta de Cristo

La característica para que un sacerdote en el Antiguo Testamento pudiera realmente representar al pueblo, era que fuese "tomado de entre los hombres" (Hebreos 5:1). Solamente otro hombre podía estar sujeto a las tentaciones de los hombres, experimentar el sufrimiento como los hombres, y por tanto tener la capacidad de representarlos ante Dios de una forma comprensiva y compasiva. Jesucristo no podría ser un verdadero sumo sacerdote a menos que fuera un hombre. Al enviar a su Hijo Jesucristo, Dios entró a la raza humana y sintió todo lo que el hombre puede llegar a sentir "para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote" (Hebreos 2:17). Por eso, Jesús es nuestro sacerdote perfecto, "Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino

uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (Hebreos 4:15).

Cuando estamos atribulados, heridos, abatidos o fuertemente tentados, deseamos poder compartir nuestros sentimientos con alguien que entienda y que haya logrado la victoria al enfrentarse a esas cosas. Jesús *puede* "compadecerse de nuestras debilidades". Él posee una capacidad incomparable de comprendernos en cada peligro, prueba y situación que se atraviesa en nuestro camino porque Él se enfrentó a las mismas cosas: "Pues en cuanto Él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados" (Hebreos 2:18). Cuando Pablo habla de "la participación de sus padecimientos [los de Cristo]" (Filipenses 3:10), está aseverando el privilegio de tener un compañero en su dolor que lo comprende plenamente.

Jesús no sólo experimentó todos los sentimientos de amor, inquietud, desilusión, dolor y frustración que nosotros afrontamos, sino que también tuvo un amor más grande, inquietudes más profundas, patrones de justicia muchos más altos y una conciencia perfecta del mal y de los peligros del pecado. Al contrario de lo que estamos inclinados a pensar, su divinidad hizo que sus tentaciones y tribulaciones fueran inmensurablemente más difíciles de soportar para Él de lo que son las nuestras para nosotros, porque Él nunca cedió y eso hizo que sintiera un ataque frontal.

A manera de ilustración, podemos mencionar que es posible para los seres humanos experimentar un dolor tan intenso que pueden perder la conciencia o entrar en un estado de conmoción. En una ocasión fui expulsado de un auto que viajaba a casi ciento veinte kilómetros por hora, rodé cerca de cien metros por el pavimento, sobre mi espalda. Sentí dolor por un instante y luego ya no sentí

nada. Nuestros cuerpos tienen una forma de desconectarse del dolor cuando es demasiado fuerte para soportarlo. Aunque las personas tienen diferentes umbrales de dolor, todos soportamos un nivel máximo. Por tanto, hay un umbral del dolor que jamás experimentaremos porque nuestros cuerpos desconectan nuestra sensibilidad de una u otra forma.

Lo mismo sucede con la tentación. Hay un nivel de tentación que jamás experimentaremos porque sucumbimos mucho antes de alcanzar ese punto. Puesto que Jesús nunca pecó, tuvo que soportar el máximo y constante ataque de Satanás. Jesús no contaba con un punto límite en el que se deshiciera de la tentación cediendo ante ella. Puesto que nunca sucumbió, experimentó cada tentación al máximo. Ya que ningún ser humano ha sido perfectamente santo como Él lo era, ninguno ha tenido la sensibilidad hacia el pecado que Él tenía. Jesús debió sentir cada dardo que le era lanzado para destruir su santidad aún en su forma más sutil. Él fue tentado en todo al igual que nosotros, e incluso más. La única diferencia fue que Él nunca pecó. Él conoce cada una de las cosas que nosotros conocemos, y muchísimas más que desconocemos, sobre la tentación, la prueba y el dolor. La palabra griega traducida como "debilidades" (Hebreos 4:15) se refiere a las limitaciones naturales de nuestra humanidad, incluyendo la tendencia a pecar. Jesús conoció de primera mano el impulso de la naturaleza humana hacia el pecado. Su humanidad fue el terreno donde se libró la batalla; fue allí donde Jesús se enfrentó y luchó contra el pecado. Él logró la victoria pero no sin soportar la más intensa tentación, dolor y angustia.

A pesar de la intensidad de su batalla con el pecado, Jesús fue un hombre "sin pecado". Las dos palabras que han sido traducidas como "sin pecado" expresan la completa

ausencia de pecado. Aunque Él fue tentado a pecar de forma implacable, en su mente jamás hubo el más mínimo asomo de pecado, y sus acciones y palabras tampoco expresaron maldad.

Algunas personas se preguntan cómo es posible que Jesús entienda nuestra lucha contra el pecado ya que Él jamás pecó. Él conocía el pecado muy bien porque conocía la santidad y la perfección. Él conoce el pecado mejor que cualquier persona porque el mismo hecho de que jamás pecó demuestra su conciencia perfecta que le impidió incluso acercarse a pecar. Él puede reconocer la tentación mucho antes de que nosotros sepamos que está presente. ¡Tenemos un maravilloso Sumo Sacerdote que intercede por nosotros en nuestras tentaciones!

La respuesta correcta de Jesús hacia la tentación de pecar lo califica para comprendernos. "Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado" (Hebreos 12:3-4). Puesto que Él nos conoce y sabe cuáles son nuestras luchas internas, Jesús nos guía por las sendas de la victoria sobre las tentaciones: "No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar" (1 Corintios 10:13).

Se cuenta la historia de un hombre llamado Booth Tucker, que estaba realizando reuniones evangelísticas en la gran ciudadela del Ejército de Salvación en Chicago y que experimentó de primera mano la ayuda de Cristo. Una noche, después de que Tucker predicó sobre la compasión

de Jesús, un hombre vino a él y le preguntó cómo podía hablar él de un Dios amoroso, comprensivo y compasivo. "Si su esposa acabara de morir, como sucedió con la mía", le dijo el hombre, "y sus hijos estuvieran llorando porque su madre jamás volverá, usted no estaría diciendo lo que está diciendo".

Unos días después, la esposa del señor Tucker murió en un accidente de tren. Su cuerpo fue llevado a Chicago y transportado a la ciudadela para el funeral. Después del servicio, el desconsolado predicador miró el rostro silencioso de su esposa y luego se dio la vuelta y les habló a los que estaban presentes. "Hace unos días cuando estuve acá", les dijo, "un hombre me dijo que si mi esposa acabara de morir y mis hijos estuvieran llorando por su madre, yo no podría decir que Cristo es comprensivo y compasivo o que Él sea suficiente para suplir cualquier necesidad. Si ese hombre está acá, quiero decirle que Cristo es suficiente. Mi corazón está roto, está abrumado, pero también tiene una canción y fue Cristo quien la puso ahí. Quiero decirle a ese hombre que Jesucristo me ha dado consuelo hoy". El hombre estaba allí, y vino y se arrodilló junto al féretro mientras Booth Tucker le presentaba a Jesucristo.

La provisión perfecta de Cristo

El conocimiento y el compadecerse por las luchas de otro son elementos importantes, pero si usted no cuenta con los recursos para ayudarle a esa persona con su lucha, su comprensión no es suficiente. Aunque puedo orar por alguien que está atravesando alguna lucha espiritual y compadecerme de su dolor, no tengo el poder o los recursos para cambiar la situación que causó el problema. Pero Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, sí tiene los recursos. "Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia

para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro" (Hebreos 4:16).

El "trono de la gracia" es otro nombre dado al trono de Dios. Habría sido un trono de juicio si Jesús no hubiese rociado su sangre sobre él para convertirlo en un trono de gracia para todos aquellos que depositan su confianza en Él.

Hay una distinción entre "recibir misericordia" y "hallar gracia". Misericordia es la compasión por nuestra miseria y la gracia se convierte en la fuente del poder transformador para superar esa miseria. Podemos acercarnos al trono de Dios con ánimo y confianza porque no es un trono de juicio para nosotros, como sí lo es para los pecadores, ya que Cristo está allí intercediendo por nosotros, después de la expiación que hizo por nuestros pecados. No es un trono de indiferencia ya que Cristo es un Sumo Sacerdote comprensivo que sabe exactamente lo que sentimos. Es un trono de gracia porque Él nos dará la gracia que necesitamos para cada inquietud de la vida. Sobre esta verdad fundamental, D. Martyn Lloyd-Jones escribió:

El objetivo del sumo sacerdote al entrar al lugar santísimo una vez al año era obtener ciertos beneficios para las personas que representaba. El primero y más importante de todos esos beneficios era el perdón; luego se encontraban todas las demás bendiciones y la benevolencia que se necesitaba recibir de parte de Dios para la vida diaria, y todas las otras que la acompañan. Nuestro Señor hace exactamente lo mismo por nosotros en el cielo. La presencia del Señor Jesucristo a la diestra de Dios es una garantía de que podemos obtener misericordia, ya que ahora es "un trono de gracia" para nosotros por la presencia de

Jesucristo en ese lugar. Por tanto, a sabiendas de que recibiré misericordia puedo entrar a la presencia de Dios con confianza y seguridad. Pero no sólo obtengo misericordia; también obtengo "gracia que nos ayuda en el momento que más la necesitamos". Recibo todo lo que necesito, y todo es a través del Señor Jesucristo. De esa forma Él intercede por mí.¹

Es en este mismo ministerio de Cristo que la verdad descrita en 1 Juan 4:19 se hace real para nosotros: "Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero". Su única esperanza de revitalizar su amor por Cristo es comprender la profundidad del amor que Él tiene por usted. Por esa sola razón, usted no debería ignorar la prioridad de su amor por Él.

Nuestro Abogado Ante el Padre

Un aspecto de la función de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote en el cielo es su función de Abogado ante el Padre. Cuando Satanás cuestiona la realidad de nuestra salvación por nuestro pecado, podemos acudir a Cristo. "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Juan 1:9), ya que en Él "abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados" (1 Juan 2:1-2).

Nuestro justo defensor

Cuando pecamos, Jesús es nuestro "abogado". Esa palabra es una traducción del término griego *paracletos*, la misma palabra que es traducida "consolador" con relación al Espíritu Santo (Juan 15:26). *Paracletos* significa "un abogado para la defensa" o "alguien que viene a nuestro lado a ayudarnos".

Satanás es implacable en sus esfuerzos por acusar a los creyentes ante Dios. Apocalipsis 12:10 dice que Satanás se presenta ante el trono de Dios día y noche para acusar a los hijos de Dios. Si fuésemos a representar esta escena en una sala penal, Satanás sería el fiscal y Cristo el abogado defensor. Pero Satanás no puede levantar un caso contra nosotros (nunca es escuchado en la corte de Dios) porque nuestro abogado ha pagado Él mismo el castigo por nuestro pecado. El Juez todopoderoso ya nos ha declarado inocentes. El apóstol Pablo pregunta: "¿Quién acusará a los escogidos de Dios?", ya que Dios mismo los ha justificado (Romanos 8:33). Satanás no puede tener éxito al acusarnos porque Cristo ya borró todos los pecados registrados en nuestra contra. No hay condenación para aquellos que están en Cristo (lea Romanos 8:1).

"Jesucristo el justo... es la propiciación [apacamiento] por nuestros pecados" (1 Juan 2:1-2). Cuando somos acusados, Jesús no apela a nuestra inocencia ante Dios; Él apela a su propia justicia, la cual nos fue concedida por gracia, por medio de la fe. El odio que Dios tiene hacia el pecado tenía que ser apaciguado y la muerte de Jesucristo pagó por nuestros pecados. De esa forma, Jesucristo satisfizo la justicia de Dios.

Nuestra salvación segura

Puesto que Cristo asumió el castigo por el pecado y nos reconcilió con Dios, Pablo dice que "tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes" (Romanos 5:2). El nos ha dado acceso *permanente* a Dios. Esa es la idea manifestada por la palabra "firmes", para la cual se usa el término griego *histemi*. Aunque la fe es necesaria para la salvación, la gracia de Dios obrando en el creyente es la que genera esa fe. No somos salvos por la gracia divina y, luego,

preservados por medio del esfuerzo humano. A los creyentes filipenses, Pablo les dijo: "el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Filipenses 1:6).

Ya hemos establecido que todos los creyentes en algún momento caerán en pecado, pero su pecado no es más fuerte que la gracia de Dios. Son exactamente los mismos pecados por los cuales Jesús ya pagó por completo. Si no hay un pecado que una persona cometa antes de la salvación, que sea demasiado grande como para que la muerte expiatoria de Cristo no lo pueda cubrir, con toda seguridad ningún pecado que cometa después de la salvación será demasiado grande para que no sea cubierto. Pablo asevera: "Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida" (Romanos 5:10).

Pablo enseña que si la muerte del Salvador pudo llevarnos a la salvación, con mayor razón un Salvador vivo puede mantenernos en la gracia. Si Dios tuvo el poder y la gracia para redimirnos al principio, ¿cuánto más tiene el poder y la gracia para mantenernos redimidos? Nuestro Salvador no sólo nos libró del pecado y su juicio, también nos libró de la incertidumbre y la duda sobre su liberación. ¿Cómo puede un cristiano, cuya salvación pasada y futura están aseguradas por Dios, sentirse inseguro? Si el pecado no fue una barrera al inicio de nuestra redención, ¿cómo puede llegar a ser una barrera para completar nuestra salvación?

Siendo ese el caso, "¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica.

¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros" (Romanos 8:31-34). Aunque su obra de expiación está completa, el ministerio de intercesión constante de Cristo por aquellos que salvó a través de su sacrificio continuará sin interrupción hasta que cada alma redimida esté a salvo en el cielo. Tal como Isaías lo había profetizado: "Derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores" (Isaías 53:12). Él "puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (Hebreos 7:25). Jesús aseveró que no perdería a ninguno de los elegidos de Dios, sino que los llevaría a todos a la gloria (lea Juan 6:37-40).

La seguridad de nuestra salvación es la función de la perpetua intercesión de Jesús por nosotros. Nos es tan imposible mantener nuestra salvación como nos fue imposible obtenerla al principio. Pero así como Jesús tuvo el poder para salvarnos, tiene el poder para guardarnos. Jesucristo intercede por nosotros ante el Padre de forma constante, eterna y perpetua. Por medio de Cristo podemos presentarnos "sin mancha delante de su gloria con gran alegría" (Judas 24). En su Hijo ahora somos inocentes a la vista del Padre. Cuando seamos glorificados, no tendremos mancha en su presencia. No permita que Satanás logre su objetivo con sus acusaciones; usted está seguro en Cristo. Si entendemos lo que Cristo hizo en la cruz para salvarnos del pecado, entendemos lo que significa estar seguros en su salvación. En los días que nos quedan en la tierra y a través de toda la eternidad, nuestro Señor lleno de gracia nos mantendrá a salvo en su amor eterno y por su eterno poder.

El pastor Peter Lewis ofrece un resumen apropiado de la intercesión de Cristo en favor de los suyos:

Jesucristo en su meditación no opera como un agente externo que se *mueva entre* Dios y los creyentes, como si Dios siempre fuera alguien inalcanzable; por el contrario, opera como *parte* esencial unido a Dios y a su pueblo, en quien los creyentes reciben la oportunidad de presentarse cara a cara con un Padre que los ama, que se deleita en recibirlos y se regocija en hacer que ellos, sus oraciones, su adoración y sus vidas sean aceptados en el amado Hijo.

Una vez oí hablar de un dibujo que ilustra de manera perfecta esta situación. Era una inmensa obra de arte religiosa típica de la época victoriana, pero el artista mostraba un increíble nivel de perspectiva espiritual al igual que mucha originalidad en su diseño. La escena era una tormenta en el lago de Galilea en el primer siglo. En el primer plano se veía con claridad una representación de los discípulos de Jesús aterrorizados, remando fuertemente en contra de unas inmensas olas que amenazaban con envolverlos y voltear la barca en cualquier momento. A primera vista no parecía haber nada más, no había alivio en la escena para el temor y el peligro extremo. Luego los ojos de uno eran atraídos por un haz de luz solar que atravesaba las nubes de la tormenta y que provenía de una colina rocosa en la playa, y en esa colina se veía una figura arrodillada, orando en medio de las rocas. Muchos artistas habían dibujado la escena posterior en la que Cristo caminaba sobre el agua "en la cuarta vigilia de la noche" (Mateo 14:22-23), pero este artista representó una realidad igual de profunda y conmovedora al dibujar una etapa

previa al conocido drama: Cristo orando en el monte (versículo 23) mientras sus seguidores luchaban contra la tormenta (versículo 24). Es la misma historia de la iglesia militante mientras trabaja y lucha para llegar a ser una iglesia triunfante. La verdad es que la iglesia nunca está sola (Mateo 28:20).²

Con esa imagen en mente, es preciso preguntarnos por qué tantos creyentes, cuando se enfrentan a las pruebas y a la tentación, se dirigen a cualquier lado, excepto al trono de Dios. Cristo está allí, siempre dispuesto a fortalecernos, consolarnos y restaurarnos. Él está preparado para recibir el corazón manchado por el pecado que le llevamos y a limpiarlo y siempre está dispuesto a cercar nuestras lágrimas. Todos nuestros recursos están en Él. Pero es necesario que nos acerquemos a Él para aprovechar esos recursos. Para empezar a hacer eso, usted necesita retornar a su primer amor.

1. D. Martyn Lloyd-Jones, *Romans: The Final Perseverance of the Saints - Romanos: La perseverancia final de los santos* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1975), p. 437.

2. Peter Lewis, *The Glory of Christ - La gloria de Cristo* - (London: Hodder & Stoughton, 1992), pp. 387-388. Énfasis en el original.

AMOR Y OBEDIENCIA

La letra de una famosa canción popular muy antigua dice: "El amor y el matrimonio van juntos como un caballo y la carroza". Cuando se trata del mundo espiritual, el amor y la obediencia también van juntos: uno hala al otro. Sin embargo, en esta relación, el amor es la fuerza que impulsa la obediencia porque el concepto bíblico del amor no tiene nada que ver con las emociones o el sentimentalismo; está totalmente relacionado con un acto de la voluntad. Jesús lo dijo de la mejor forma: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" y "El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama" (Juan 14:15, 21). La obediencia a Cristo y a su Palabra es la máxima prueba de la veracidad de su amor por Él.

Los santos del Antiguo Testamento entendían esa clase de compromiso. Deuteronomio 6:5 dice: "Amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas". La devoción de ellos hacia Dios era una prioridad de su corazón que consumía toda su vida. El amor y la obediencia a Dios no eran opcionales como tampoco lo era la adoración y el servicio a Él.

Jesús afirmó esa prioridad cuando un astuto abogado le preguntó cuál mandamiento de la ley era el más grande. "Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Éste es el primero y grande mandamiento" (Mateo 22:37-38). Ese mandamiento no es menos importante para nosotros. Un amor apasionado por el Señor Jesucristo debería ser la prioridad de nuestra vida. En su primera epístola, Pedro resumió esa verdad cuando dijo lo siguiente al hablar de Cristo: "a quien amáis sin haberle visto" (1 Pedro 1:8). Pablo dice que deberíamos amar "a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable" (Efesios 6:24). El amor por Cristo incluso es más importante que nuestras relaciones humanas más valiosas: "El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí" (Mateo 10:37). En últimas, la falta de amor por Cristo cuestiona la genuinidad de nuestra salvación: "El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema" (1 Corintios 16:22).

El puritano Thomas Vincent describe las formas en las que nuestra obediencia revela la realidad de nuestro amor por Cristo:

Su amor por Cristo se conoce por su obediencia. Si ama a Cristo, Él es su Señor; usted demuestra la sinceridad de su afecto por Él sometiéndose. Si ama a Cristo, tiene cuidado de complacerlo; no le hace caso a la carne y se esfuerza por no obedecerla. Si ama a Cristo, siente temor de llegar a ofender a los hombres y, especialmente, de llegar a ofender y desagradar a su Señor. ¿Se esfuerza usted por llegar a agradar a Cristo a través de su obediencia total y sincera? ¿Obedece a Cristo de todo corazón? ¿Respetas todos los mandatos de Cristo? ¿Su mayor inquietud es no lograr obedecer

plenamente a Cristo? Si puede decir en la presencia del Señor y de todo corazón (sea totalmente honesto al respecto) que se esfuerza conscientemente por no practicar ningún pecado y por no pasar por alto ninguno de los deberes que Cristo ordena, esa es una evidencia segura de un verdadero amor por Jesucristo.¹

Cuando observo la iglesia cristiana, rara vez veo esa clase de devoción, esa clase de compromiso y de total entrega a las prioridades divinas. A través de nuestras diferentes acciones demostramos que le damos un valor igual, e incluso muchas veces superior, a las cosas pasajeras de este mundo; nuestra devoción por los asuntos divinos no es tan fuerte como por otros asuntos de la vida.

Vivimos en una época en la que la inmensa mayoría de las personas carecen de convicciones sobre cuáles deberían ser sus prioridades, ya que son constantemente bombardeadas por un sinnúmero de opciones. Todos los días decidimos qué comer, qué vestir y cómo divertirnos. En el proceso, permitimos que nuestra fe y amor por Cristo se conviertan simplemente en una de las opciones que tenemos en nuestra lista de alternativas. Para muchos, lo que antes era una prioridad los domingos en la mañana, asistir a la iglesia, es ahora una de las múltiples posibilidades. Al fin y al cabo, puesto que el domingo es el día en el que la mayoría de las personas no tienen que trabajar o ir a la escuela, ¿por qué no simplemente jugar golf, dar un paseo, salir a comer, asistir a un torneo deportivo, ver una película, organizar un picnic o pasar el día en la casa y arreglar algo que esté dañado o ver televisión?

En medio de todas esas alternativas, los cristianos han permitido que desaparezca la verdad que nos dice que

en definitiva nuestra fe está conformada por elementos específicos que no son una opción. En lugar de amar a Jesús con todo su ser, muchos cristianos han aprendido a amar al Señor de forma selectiva. Son capaces de verbalizar su amor por Él, pero la pregunta real es si Jesucristo marca o no la diferencia en su manera de vivir. Están dispuestos a amar al Señor si el precio no es muy alto, si se sienten cómodos con la situación o si esa es la mejor opción para ellos en ese momento. Thomas Vincent describe lo que podemos aprender sobre la falta de amor por Cristo:

Algo que se observa, y que es absolutamente lamentable, en los últimos años, es el gran deterioro del poder de la piedad en los hombres sinceros, y se hace evidente por el terrible deterioro del amor por Jesucristo, incluso en los verdaderos cristianos. ¿Acaso no es evidente que el amor de ustedes por Cristo es mínimo cuando Él no aparece de forma contundente en sus pensamientos y en sus meditaciones? Ustedes piensan constantemente en el alimento pero, en comparación, ¿qué tan a menudo sus pensamientos se dirigen a Cristo, que es el Pan de Vida? Ustedes piensan constantemente en sus vestiduras pero, en comparación, ¿qué tan a menudo piensan en el manto de justicia de Cristo? Ustedes piensan constantemente en sus amigos terrenales pero, en comparación, ¿qué tan a menudo piensan en Jesucristo, su amigo celestial?...

Aún más, ¿no es una evidencia de su escaso amor por Cristo el que hablen tan poco *de Él y a favor de Él* en sus conversaciones diarias con los demás? Si ustedes tuviesen tanto amor por Cristo, ¿acaso este amor no se desbordaría y se haría evidente en todos sus diálogos?...

No hay nada de malo en hablar de las noticias y de las cosas que ocurren todos los días... pero cuando Cristo no aparece en sus discursos, se hace evidente el poco amor que tienen por Él, porque de la abundancia del corazón, habla la boca. Quienes aman mucho los placeres, hablarán mucho del tema. Quienes aman mucho a sus amigos, hablarán constantemente de ellos y los alabarán cuando estén con ellos. Y cuando usted habla muy poco de Cristo, esa es una evidencia de que lo ama muy poco.²

Lo que resulta asombroso es que Vincent escribió eso en el siglo diecisiete, hace más de 300 años, cuando las personas no tenían tantas opciones como en la actualidad. El problema para la mayoría de los cristianos no es que todos a una hayan dejado de amar a Cristo, pues eso sería una evidencia de una vida no redimida, sino que han cambiado su primer amor por las prioridades del mundo.

Necesitamos volver a nuestro primer amor. Para que eso suceda, tal como lo indiqué al inicio de este libro, necesitamos seguir los tres pasos descritos por el Señor en Apocalipsis 2:5: recordar, arrepentirse y hacer las primeras obras. En los capítulos previos, me he esforzado por ayudarle a recordar mostrándole quién es Cristo, lo que Él hizo por usted y lo que está haciendo en este momento. En este capítulo y en el siguiente, nos concentraremos en los dos últimos mandatos del Señor: arrepentirse y volver a hacer; nos concentraremos en la necesidad de arrepentirnos de nuestra falta de amor y obediencia por Cristo observando la forma en la que nuestro Señor trató a alguien que le falló de forma miserable pero que fue restaurado por su corazón arrepentido: el apóstol Pedro.

El Fracaso de Pedro

En toda la historia de la redención, pocos santos han caído a las profundidades del pecado y de la infidelidad a las que llegó Pedro cuando negó a Jesús la noche en que nuestro Señor fue arrestado y juzgado. Sin embargo, pocos han sido usados de manera tan poderosa por Dios como él después de su arrepentimiento y restauración. Los registros en los evangelios sobre estos dos eventos en la vida de Pedro nos dan una gran esperanza y ánimo de que a pesar de la severidad de nuestro pecado contra el Señor, Él siempre anhela perdonarnos y restaurarnos. No hay nada más devastador, para un creyente, que comprender que ha negado al Señor por medio de lo que dijo o no dijo o de lo que hizo o dejó de hacer. Sin embargo, nada es más reconfortante que experimentar el misericordioso perdón de Dios por nuestra infidelidad una vez que esta es confesada, y el gozo de poder ser utilizado de una mejor forma.

Su fracaso

La negación de Pedro no sucedió de forma espontánea en respuesta a un peligro o a una vergüenza inesperada; él puso el fundamento esa fatídica noche a través de una serie de acciones que finalmente condujeron a su colapso.

El primer paso de Pedro fue su jactancia, la cual lo llevó a afirmar: "aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré" (Mateo 26:33). Eso reveló su autoconfianza que carecía de fundamento y que contradecía directamente la predicción del Señor de que *todos* los discípulos lo abandonarían esa misma noche (lea el versículo 31).

El segundo paso hacia su colapso fue su evidente negación de la predicción específica de Cristo: "De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces.

Pedro le dijo: Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré" (versículos 34-35).

El siguiente paso funesto fue su falta de oración. Jesús llevó a Pedro, Santiago y Juan con Él a acompañarlo y velar mientras Él hablaba de forma íntima con el Padre, pero en lugar de estar alerta a la hora de oscuridad que venía, simplemente se fueron a dormir. Cuando Jesús retornó y los encontró dormidos, les dijo: "¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación" (versículos 40-41). Pero ellos no tomaron su advertencia con seriedad y fueron indiferentes al llamado a orar que les estaba haciendo Jesús.

El siguiente paso hacia el colapso de Pedro fue su impulsividad. Cuando la multitud vino a arrestar a Jesús, Pedro intentó decapitar a Malco, el siervo del sumo sacerdote, pero erró y sólo le cortó la oreja (lea el versículo 51). Pedro se rehusaba a creer que el plan de Dios para Cristo era que sufriera y muriera.

El paso final a la negación que Pedro hizo de Cristo fue su concesión al permitirse huir de su Señor y luego permanecer en un lugar de peligro, el patio del sumo sacerdote (lea el versículo 58), en donde su lealtad sería probada más allá de su valentía. Pedro se había jactado mucho; había hablado muy apresuradamente; orado muy poco; actuado muy rápido y deambulado demasiado.

Su colapso

Una vez llegó al patio, Pedro "se sentó con los alguaciles, para ver el fin" (versículo 58) del juicio. Él debería haber sabido cuál sería el resultado pues el Señor ya se lo había dicho varias veces con anterioridad. Mientras pasaban las horas, esperaba pasar inadvertido en medio de la multitud que estaba reunida en el inmenso patio.

En algún momento después de la 1:00 a.m., que fue más o menos la hora en la que comenzó el juicio, "Pedro estaba sentado fuera en el patio; y se le acercó una criada, diciendo: Tú también estabas con Jesús el galileo" (versículo 69). Aparentemente, Pedro le habló primero a la joven: "mujer, no lo conozco" (Lucas 22:57), y luego "negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices" (Mateo 26:70). Unas cuantas horas atrás Pedro había jurado morir antes de abandonar a Cristo pero terminó por afirmar que ni siquiera lo conocía.

Para huir de la vergüenza, Pedro, con toda discreción "salió a la entrada" (Marcos 14:68), la cual obviamente estaba cerca de la puerta. Pero a pesar de todas sus precauciones, "un poco después" (Lucas 22:58), "Saliendo él a la puerta, le vio otra, y dijo a los que estaban allí: También éste estaba con Jesús el nazareno" (Mateo 26:71). Un hombre sin identificar también se unió a la acusación y dijo: "Tú también eres de ellos" (Lucas 22:58). A la mujer, Pedro "negó... con juramento: no conozco al hombre" (Mateo 26:72), y al hombre le dijo: "Hombre, no lo soy" (Lucas 22:58). En esta oportunidad le agregó un juramento a su mentira, con la esperanza de reforzar su engaño; cerca de una hora más tarde (lea Lucas 22:59), "los que por allí estaban, dijeron a Pedro: verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu manera de hablar te descubre" (Mateo 26:73). Pedro no podía ocultar su acento galileo. Rehusándose todavía a clamar o a confiar en Jesús, "comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco al hombre" (Mateo 26:74). La palabra griega traducida como "maldecir" es un término fuerte que implica declarar la muerte por parte de Dios sobre el que está hablando, si está mintiendo. A medida que las acusaciones se hacían más específicas e inculpativas, las negaciones de Pedro se hacían más intensas y extremas.

Luego, el peor evento que uno se pueda imaginar sucedió: "En seguida, mientras él todavía hablaba, el gallo cantó.

Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro" (Lucas 22:60-61). Pedro debió haber visto al Señor; quizá estaba de pie afuera observando el juicio cuando el gallo cantó. También es posible que el juicio hubiese terminado y al sacar a Jesús, el Señor pasó frente a Pedro mientras éste lo negaba por tercera vez. Sin importar cómo haya sucedido, los ojos del Señor deben haber penetrado el alma de Pedro, haciéndole entender en lo profundo de su corazón y de su conciencia la maldad de su pecado.

Como si esa acusación visual no fuera suficiente, mientras Pedro estaba paralizado ante la mirada del Señor, su conciencia también lo acusó cuando "se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces" (versículo 61). La profunda angustia de Pedro se hizo aún más insoportable.

El Arrepentimiento de Pedro

Afortunadamente el verdadero carácter de Pedro no se ve en su negación sino en su arrepentimiento, el cual inició con un profundo remordimiento. Abruado por el amor y la gracia de su Salvador al igual que por su propio pecado e infidelidad, Pedro salió fuera y "lloró amargamente" (versículo 62). Pedro volvió en sí, sólo hasta que vio el rostro del Señor y recordó sus palabras; entonces reconoció su pecado y se arrepintió de su fracaso. Le entregó su pecado a Cristo para que lo perdonara y lo limpiara.

La Restauración de Pedro

A pesar de su arrepentimiento, Pedro todavía tenía mucho que aprender sobre lo que Jesús le pedía. Había pecado con sus actos de negación y volvería a pecar por las cosas

que no hizo. Cuando nuestro Señor resucitó, les dijo a las mujeres que lo vieron primero, que les dijeran a los discípulos que fueran a Galilea y se encontraran allí con Él (lea Mateo 28:10). El Señor se apareció a sus discípulos en dos ocasiones distintas antes de que ellos se fueran "a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado" (Mateo 28:16). Juan 21:2 nos cuenta que estaban juntos "Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo [Santiago y Juan], y otros dos [probablemente Felipe y Andrés]". Fueron obedientes hasta cierto punto porque inicialmente fueron hasta Galilea al monte que el Señor les había indicado, pero a medida que pasaba el tiempo y en vista de que el Señor no llegaba, la impulsividad de Pedro salió a flote y tomó el control.

La falla a la hora de amar

"Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Ellos le dijeron: Vamos nosotros también contigo." (Juan 21:3). Pedro era el líder y guió al resto de los discípulos a una abierta desobediencia; recibió un mandato sencillo y lo desobedeció. No hizo lo que le habían ordenado. Es posible que Pedro haya pensado que no era muy útil para el Señor, especialmente porque le había fallado cuando realmente lo necesitaba. Por ende, decidió retornar a la profesión que mejor conocía y los otros discípulos, quizá sintiendo también su propio fracaso, decidieron acompañarlo. Sin importar cuál fue la lógica que utilizaron o cuáles eran sus sentimientos hacia Jesús, su amor por Él falló y eso se evidencia en su desobediencia: "Fueron, y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada" (Juan 21:3). La confianza de Pedro en sí mismo fue inútil al enfrentarse a la voluntad de Dios para él. Puesto que no podía ser un discípulo, decidió que todavía podía confiar en sus habilidades para pescar. Pero muy pronto descubrió que ese aspecto de su vida había terminado.

La restauración del amor

El Señor ahora empieza el proceso de restauración de Pedro:

Quando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús. Y les dijo: Hijitos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No. Él les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces. Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba [Juan] dijo a Pedro: ¡Es el Señor! (Juan 21:4-7)

Es probable que Juan haya recordado el momento en el pasado en el que Jesús los invitó a que lo siguieran. En esa ocasión el Señor realizó un milagro similar con los peces en el mar de Galilea. Después de enseñarles a las personas desde el bote de Pedro, Jesús le dio una orden a Pedro:

Quando terminó de hablar, dijo a Simón: Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. Respondiendo Simón, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red. Y habiéndolo hecho, encerraron gran cantidad de peces, y su red se rompía. Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que viniesen a ayudarles; y vinieron, y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían. Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador. Porque por la pesca que habían hecho, el temor se había apoderado de él, y de todos los que estaban con él, y asimismo de Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.

Pero Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora serás pescador de hombres. Y cuando trajeron a tierra las barcas, dejándolo todo, le siguieron (Lucas 5:4-11).

Es probable que esa no haya sido la última vez que estuvieron en ese bote y ahora, más de tres años después, el Señor tuvo que repetirles la misma lección. No los había invitado a seguirlo para que después que Él se hubiera ido ellos retornaran a su antigua vida; los llamó para que continuaran con la tarea de hacer discípulos en todas las naciones (lea Mateo 28:19). Pero para hacer eso, Jesús tenía que restablecer las prioridades de ellos:

Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar. Y los otros discípulos vinieron con la barca, arrastrando la red de peces, pues no distaban de tierra sino como doscientos codos. Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan. Jesús les dijo: Traed de los peces que acabáis de pescar. Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió. Les dijo Jesús: Venid, comed. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres? sabiendo que era el Señor. Vino, pues, Jesús, y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado. Ésta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos (Juan 21:7-14).

Note que el Señor, quien había sido ofendido por Pedro y los otros discípulos, fue quien inició la restauración. Muchos cristianos, después de haber fallado en amar al Señor como deberían, se alejan de Él avergonzados por su

pecado. Pero todos los creyentes deben comprender que su salvador anhela que ellos vuelvan a Él y su comunión sea restaurada. En Jeremías 31:3 el Señor dice: "Con amor eterno te he amado". Nada puede separarnos del amor de Cristo, ni siquiera nuestra desobediencia o las fallas en nuestro amor hacia Él. Podemos dar gracias por su amor que es interminable y se extiende hacia nosotros hasta recuperarnos.

No obstante, aquellos que se vuelven complacientes con sus fallas y no desean restaurar su relación con Cristo se sienten cómodos con un cristianismo superficial que no se preocupa por las prioridades del reino de Dios. Si ese es su caso, el gozo y la paz desaparecerán y Dios no lo bendecirá; por el contrario, es probable que Él decida darle a usted una reprimenda. Pedro quería restauración.

El requisito del amor

Después de servirles el desayuno a los discípulos, Jesús se dirige nuevamente a Pedro, "Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?" (Juan 21:15). El término griego traducido como "me amas" es la palabra *agapao*, que es la más alta clase de amor, la más noble clase de devoción. Es el amor de la voluntad, no de las emociones o los sentimientos. Es el amor que es una decisión.

Al preguntarle a Pedro si lo amaba con un amor superior y más que "estos", es probable que Jesús se haya estado refiriendo a los otros discípulos o a los objetos que caracterizaban su vida anterior, es decir, su bote, sus redes y la vida de pescador que había pasado en el mar. Jesús confrontó a Pedro con sus prioridades. ¿Amaba a Cristo más que a su propia vida, más que a sus propios planes, deseos y placeres?

La respuesta de Pedro fue una respuesta con cuidadosa medida: "Sí, Señor; tú sabes que te amo" (versículo 15). En la aseveración de Pedro, nos encontramos con una palabra diferente para referirse al amor: *phileo*, que indica un afecto tierno. Al parecer Pedro no podía utilizar el término *agapao*, el amor supremo por Cristo; eso habría sido una hipocresía clara al medirlo con sus acciones. El Señor le dijo: "apacienta mis corderos" (versículo 15). Esa orden le recordaba claramente a Pedro que ya no era un pescador; ahora era un pastor del rebaño de Dios.

Pero nuestro Señor no había terminado su lección con Pedro. "Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?" (Versículos 16-17). En la tercera ocasión, Jesús utilizó la misma palabra para "amor" que Pedro había utilizado: *phileo*. De esa forma, Jesús estaba cuestionando incluso el afecto que Pedro tenía por Él. "Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas" (versículo 17). Pedro se sintió profundamente dolido de que su Señor dudara de su amor *phileo*.

Parece claro que para coincidir con las tres negaciones de Pedro, Jesús cuestionó tres veces la validez del amor de Pedro hacia Él. Así como sucedió con Pedro, la profundidad de nuestro amor por Cristo también debe ser demostrada por nuestra obediencia. La prueba del amor no es la devoción o el sentimiento; la prueba máxima es nuestra obediencia a Él.

El precio del amor

Una vez establecido el amor como el ingrediente más importante en la restauración de su relación, Cristo

presenta otro componente que está íntimamente asociado con el primero: "De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos [morirás en una cruz], y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme" (versículos 18-19).

Siempre hay un precio relacionado con el amor a Cristo, y es una disposición a sacrificarse por Él. En este caso, Jesús estaba profetizando el martirio que sufriría Pedro, pero también le estaba informando que un aspecto necesario en su relación era la disposición de Pedro a entregar su vida por Cristo.

Jesús mismo identificó el sacrificio como la marca suprema del amor. "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos" (Juan 15:13). Lo que usted esté dispuesto a sacrificar en su vida por Cristo es una evidencia de la profundidad de su amor. Lo que usted no esté dispuesto a sacrificar deja ver la superficialidad de su amor.

El último mandamiento que Jesús le dio a Pedro fue: "sígueme" (Juan 21:19, 22). La restauración que nuestro Señor efectuó sobre Pedro finalmente estaba completa y terminó con un mandato, uno que Pedro obedecería. Muchos años después llegó el momento en el que el apóstol no negaría a su Señor ni lo desobedecería, y fue ejecutado por eso. La tradición dice que fue crucificado de cabeza.

La obediencia al Señor es lo que demuestra un amor genuino por Él; cuando Él es la prioridad de nuestras vidas, estaremos dispuestos a obedecerlo y de esa forma probar nuestro amor por Él. Pero eso no es fácil. Thomas Vincent dice de forma muy apropiada:

Permitan que su amor se demuestre por su disposición a obedecer. Sirvan al Señor con una mente dispuesta, con un espíritu alegre y fervoroso, considerando el servicio a Cristo como un honor y estimando cada tarea como un privilegio. Si hay alguna limitación en su obediencia, que sean limitaciones de amor, tal como lo dice 2 Corintios 5:14. Si están obligados a obedecer a Cristo, que no haya violencia, sino la violencia del amor; si son arrastrados a obedecer, que no haya otras cuerdas sino las cuerdas del amor. Que el amor sea el estímulo y el aguijón que los impulse no sólo a caminar sino a correr en las sendas delineadas por los mandamientos de Cristo con un corazón fervoroso.³

Si usted planea tener una relación significativa con su Señor y Salvador, si pretende regresar a su primer amor debe empezar por obedecer. No hay atajos. En el próximo capítulo examinaremos algunas de las formas en las que la Escritura motiva y anima al creyente a obedecer.

10

EN BUSCA DE NUESTRO PRIMER AMOR

Cuando fui a la universidad, tuve el privilegio de ser miembro del equipo de atletismo de la institución. Mi mejor desempeño era en las carreras cortas y en el cuarto de milla. Una de mis competencias favoritas era la de una milla con relevos. De todas las carreras que corrimos, la que más recuerdo es una que no ganamos.

La competencia empezó de forma maravillosa; nuestro primer corredor hizo el cuarto de milla inicial tan rápido que cuando me pasó el testigo, íbamos a la cabeza junto con un corredor de otro equipo. Corrí tanto como pude, con la esperanza de mantener nuestra posición e incluso de pasar al frente. Cuando le pasé el testigo a nuestro tercer corredor, íbamos en primer lugar. Pensé que teníamos una excelente posibilidad de ganar porque nuestro cuarto corredor era especialmente rápido.

El tercer corredor de mi equipo arrancó en la primera curva y pasó por la línea recta, manteniendo la ventaja; y luego pasó lo impensable. Repentinamente se detuvo, salió

de la pista y se sentó en el césped. Corrí hacia él pensando que debía tener un problema muscular. Cuando llegué a él, me di cuenta que no parecía tener dolor. Por tanto, le pregunté qué sucedió. Nunca olvidaré su respuesta. Lo único que me dijo fue: "No lo sé; solamente no tenía más ganas de correr".

Lastimosamente, muchos cristianos se parecen a ese corredor. En alguna parte de la carrera dejaron de buscar una profunda relación de amor con Cristo, se salieron de la senda de justicia marcada por Él y se sentaron a descansar en su justicia propia y en la tranquilidad de los placeres mundanos. Al hacer eso, dejaron su primer amor, tal como lo hizo la iglesia de Éfeso. La única forma de retornar a la carrera es hacer lo que dice Apocalipsis 2:5 "Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido".

Eso es lo que he intentado hacer por medio de este libro. Hemos concentrado la mayor parte de esta obra a examinar lo que nuestro amado Salvador y Señor hizo y está haciendo por nosotros. En el capítulo anterior observamos la negación que el apóstol Pedro hizo de Cristo y su subsecuente arrepentimiento y restauración del amor que terminó con la orden del Señor de "seguirlo". Esa orden es la que vamos a examinar en este capítulo. Para hacer "las primeras obras", usted debe entender que su identificación con Cristo y su amor por Él exige un compromiso para toda la vida. Como nuestro Señor Jesucristo lo expresó en sus propias palabras: "Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios" (Lucas 9:62).

El apóstol Pablo entendía muy bien esa prioridad. Su relación con Cristo era la pasión de su vida: "a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación

de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos" (Filipenses 3:10-11). Pero él no se hacía la ilusión de haber logrado nada y comparaba su esfuerzo por mejorar su relación con Cristo al de un corredor en una carrera:

No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sentimos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios. Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa (Filipenses 3:12-16).

Correr la Carrera

Para Pablo, la vida cristiana era un permanente esfuerzo por mejorar su relación con Cristo, alcanzar cada día una mayor intimidad y comunión más enriquecedora con el Señor; el apóstol no se conformaba solamente con todo lo que ya había recibido en Cristo (lea Filipenses 3:7-11). Por el contrario, hacía una evaluación humilde y honesta de su propia imperfección: "No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto" (Filipenses 3:12). Aún no somos lo que deberíamos ser, lo que podemos ser o lo que seremos cuando veamos al Señor. Nuestra carrera espiritual empieza cuando hay un sentido de insatisfacción; sin ese sentir ni

siquiera hay posibilidad de iniciar nuestra carrera. F.B. Meyer afirmó sabiamente que "la insatisfacción es la raíz de nuestros logros más nobles".¹

Si un hombre como Pablo, que conoció a Cristo de la forma más íntima posible, no descansaba sino que se esforzaba cada vez más por tener un conocimiento más profundo de su Señor, ¿cuánto más deberíamos nosotros esforzarnos por fortalecer nuestra relación con Cristo? Si usted quiere retornar a su primer amor, debe empezar por esforzarse en conocer a Cristo tal como lo hizo Pablo, siendo consciente de que tiene mucho por aprender y mejorar. Una vez empiece, hay varios principios que necesita respetar mientras se dedica a esa labor.

Máximo esfuerzo

Considerando quién es Cristo y lo que Él ha hecho por nosotros, nuestro esfuerzo no debería ser inferior al de Pablo. "Prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús" (versículo 12). El término griego que fue traducido como "prosigo" es *dioko*; era un término utilizado para referirse a un corredor de distancias cortas que corría con mucha potencia. Ese es el tipo de esfuerzo que Pablo ejercía; corría hacia Cristo con todas sus fuerzas, esforzando cada uno de sus músculos espirituales para ganar el premio (lea 1 Corintios 9: 24-27). Esa también debería ser nuestra forma de pensar. El escritor de Hebreos nos animó a despojarnos "de todo peso y del pecado que nos asedia, y [correr] con paciencia la carrera que tenemos por delante" (Hebreos 12:1). Por ser cristiano, hay sólo una carrera que resulta imperiosa y ella exige el máximo esfuerzo para usar los medios de la gracia que Dios nos ha provisto.

Sin embargo, nadie va a realizar un esfuerzo tan grande si no hay un premio al final. Para Pablo, y para nosotros

también, se trata de "aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús" (Filipenses 3:12). El premio de Pablo, y el nuestro, es el cumplimiento del propósito mismo que Dios tuvo al salvarnos: "A los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo" (Romanos 8:29). Dios nos salvó para que nos volviéramos como Cristo, y como resultado, esa debería ser la meta de nuestra vida. Pablo también dijo: "a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo" (2 Tesalonicenses 2:14; lea también Efesios 1:4).

Asemajarnos a Cristo es la meta más digna en esta vida y por eso requiere un compromiso y un esfuerzo durante toda la vida. Pablo se esforzaba por llegar a ser como aquel a quien amaba profundamente.

Concentración con un objetivo

Si un atleta que compite en una carrera quiere tener alguna posibilidad de ganar, debe concentrarse en la meta y evitar toda distracción que haya a lo largo de su recorrido, por ejemplo, los otros competidores e incluso la multitud. De igual forma, el cristiano debe concentrarse en conquistar la meta de ser semejante a Cristo y no dejarse distraer con las atracciones y tentaciones mundanas. Pablo era plenamente consciente de esos peligros, y por esa razón dijo: "Yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado [la semejanza a Cristo]; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante" (Filipenses 3:13). A Pablo lo consumía un solo propósito en su vida: "el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (versículo 14). Ese premio es que lleguemos a ser semejantes a Cristo (lea 1 Juan 3:2). Ese es el premio eterno del creyente y debería también ser nuestra meta durante nuestro tiempo

en la tierra. Cuando seamos llamados al cielo, seremos como Cristo. Ese premio también es nuestra meta presente.

Quisiera que más creyentes tuvieran el mismo deseo de concentrarse en llegar a ser como Cristo. Infortunadamente, muchísimos cristianos siguen la dirección del "hombre de doble ánimo [que] es inconstante en todos sus caminos" (Santiago 1:8). Esos creyentes tienen una lealtad dividida. Volver a tener el primer amor y enfocarse en Cristo exige dos actitudes.

Olvidar el pasado

Cuando un corredor se aproxima a la línea de partida, sus desempeños previos no tienen ninguna importancia para la carrera que va a empezar a correr. Lo mismo sucede cuando corremos la carrera espiritual para asemejarnos a Cristo; el pasado es completamente irrelevante. Sus éxitos y fracasos en el pasado son insignificantes para el presente, al igual que para el futuro. Usted no puede evaluar su utilidad tomando en cuenta sus antiguas obras virtuosas y sus logros en el ministerio; tampoco debe usted sentirse debilitado por los pecados y los fracasos del pasado. Lastimosamente, muchísimos cristianos se distraen con el pasado y, como resultado, no avanzan en la carrera en el presente.

Extenderse a la meta

En lugar de mirar hacia atrás, un buen corredor siempre está extendiéndose "a lo que está delante" (Filipenses 3:13). La palabra griega traducida como "extenderse" es *epekteino*, y se refiere a un estirarse o esforzarse con intensidad hasta el límite de la capacidad personal. El comentarista William Hendricksen escribe: "El verbo en el original es muy gráfico; ilustra a un corredor que estira cada nervio y cada músculo mientras sigue corriendo con todas sus fuerzas hacia la meta,

con su mano extendida como si fuera a atrapar la cinta que está en la línea de llegada".² Para correr de esa forma, usted debe olvidar el pasado y concentrarse sólo en la meta que está adelante. ¿Se caracteriza por esa clase de concentración su deseo de ser como Cristo? Para esforzarnos, de forma efectiva, en mejorar nuestra relación con Cristo, debemos concentrar toda nuestra atención en asemejarnos a Él.

Motivación espiritual

Pablo estaba profundamente motivado en su esfuerzo por mejorar su relación con Cristo: "Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Filipenses 3:14). Su motivación eran los asuntos espirituales; no estaba atrapado por la comodidad material y las cosas del mundo. Su meta era ser como Cristo y quería recibir su galardón cuando Dios lo llamara a su hogar celestial. La semejanza a Cristo es tanto la meta como el premio por el cual nos esforzamos.

Al final de su vida Pablo pudo decir con gran confianza: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida" (2 Timoteo 4:7-8). Pablo luchó las batallas, corrió la carrera y guardó la fe por su amor a Cristo; hizo todo eso porque anhelaba el día en el que sería totalmente como Cristo; el día en que Jesucristo aparecerá (lea 1 Juan 3:2).

La meta de su vida como cristiano es amar a Cristo y, como parte del proceso y del resultado de ese amor, asemejarse a Él. Eso es lo que sucede cuando usted tiene una relación profunda con alguien. Después de muchos años de estar juntos, por ejemplo, los esposos y esposas empiezan a asumir los rasgos del carácter del otro. Igual sucede, aunque de una forma similar e incluso más profunda, en su relación con

Cristo. Cuanto más comparta usted con Él, más verá que las características de Él se convierten en sus características.

La preocupación por las cosas materiales y mundanas no vale la pena para un cristiano. Dedicarse a buscar esas cosas solamente, lo desviará de la motivación y la meta correcta que es llegar a ser como Cristo. El apóstol Juan dijo: "El que dice que permanece en él [en Cristo], debe andar como él anduvo" (1 Juan 2:6). Si usted afirma que Cristo es lo más importante en su vida, entonces debería esforzarse por su relación con Él con todas las fuerzas de su ser.

Esa búsqueda es objetiva; no es subjetiva. Tampoco es una experiencia mística, sino una exposición a la verdad sobre Cristo que nos ha sido revelada en la Biblia. El conocimiento de Cristo sólo se obtiene y se fortalece en su palabra, pues ella enseña quién es Él. La Biblia es el espejo en el cual Él refleja su gloria; cuando la observamos con atención, nos empezamos a parecer a Él. Pablo dijo: "Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (2 Corintios 3:18).

Ayuda divina

La mayoría de los cristianos no se esfuerzan por cultivar su relación con Cristo con la intensidad del apóstol Pablo; de hecho, algunos dejan de correr la carrera. Esas personas quizá estén preocupadas con el pasado o se sienten satisfechas de su condición actual y en lugar de reconocer su necesidad, justifican el nivel que han logrado.

Cada creyente debería tener una actitud acorde con el hecho de que no es una persona perfecta (lea Filipenses 3:15). Quienes tienen esa perspectiva sobre su vida

espiritual estarán dispuestos a responder de forma positiva a la corrección de Dios. Sin embargo, muchos creyentes no tienen esa actitud. Pero tenga la certeza de que si usted tiene la actitud incorrecta sobre su vida espiritual, si está tranquilo con el estado actual de su crecimiento espiritual, entonces Dios le revelará su verdadera condición.

En ocasiones el Señor nos disciplina cuando hemos perdido la perspectiva correcta (lea Hebreos 12:5-11). En otras ocasiones, traerá pruebas a nuestras vidas para revelar nuestra verdadera condición y para edificar y fortalecer nuestra fe y confianza en Él (lea Santiago 1:2, 4).

Esfuerzo constante

Nadie puede ganar una carrera con un esfuerzo intermitente. La semejanza a Cristo tampoco se puede lograr con ese tipo de esfuerzo; es necesario desarrollar una búsqueda constante. Es por eso que Pablo dice: "En aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla" (Filipenses 3:16). El verbo griego que ha sido traducido como "sigamos" se refiere a caminar en línea. Así como un corredor debe permanecer en su carril y mantener el mismo nivel de esfuerzo hasta que llega a la meta, los cristianos deben andar en la misma línea espiritual y seguir avanzando en línea recta hacia la meta de llegar a ser semejantes a Cristo.

Un verano tuve la oportunidad de visitar Europa, en particular los Alpes. En la base de una de esas montañas majestuosas se encuentra una tumba famosa. Bajo el nombre del individuo se lee el epitafio: "Murió escalando". Esa debería ser nuestra actitud a medida que nos esforzamos por mejorar nuestra intimidad con Cristo. Cuando llegue el tiempo de que partamos a estar con el Señor, deberíamos estar en el proceso de mejorar nuestra relación con Él.

Enfoque en la Meta

Nuestro hogar es el enfoque de todo cristiano pues ese es el fin de la carrera. Para animar a los creyentes filipenses en su búsqueda de Cristo, Pablo dijo: "Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo" (Filipenses 3:20). Al enfocarnos en la línea de llegada, deben haber dos grandes realidades en nuestra mente: nos enfocamos en nuestro Señor que está en el cielo y esperamos su venida para que nos lleve con Él.

Nuestra meta celestial

En nuestro esfuerzo por asemejarnos a Cristo, nuestra senda va en ascenso, pues empieza en la tierra pero termina en el cielo "donde está Cristo sentado a la diestra de Dios" (Colosenses 3:1). Al correr nuestra carrera para llegar a Él, dejamos de "conformarnos a este mundo" y nos "transformamos por medio de la renovación de nuestro entendimiento" (Romanos 12:2).

La preocupación por la realidad celestial es el distintivo de la verdadera espiritualidad. Sólo cuando nos levantamos por encima del mundo, aprendemos a fijar nuestra mente en las realidades celestiales. Nuestras bendiciones están en el cielo (lea Efesios 1:3); Cristo está allí (lea Efesios 1:20); y nosotros, por medio de nuestra unión con Él en su resurrección, existimos en los lugares celestiales (lea Efesios 2:6). Puesto que hemos "resucitado con Cristo" (Colosenses 3:1), estamos vivos ante las realidades del ámbito celestial. Cuando fuimos salvados, el mundo dejó de ser nuestro hogar. Ahora tenemos una "ciudadanía... en los cielos" (Filipenses 3:20).

El término griego que fue traducido como "ciudadanía" sólo es usado en este versículo y se refiere a una colonia de

extranjeros. Esa es la gran realidad de los cristianos; somos ciudadanos de un lugar que este mundo no conoce: el cielo.

En Colosenses 3:1, Pablo dice que debemos "buscar las cosas de arriba". La preocupación por las realidades eternas que nos pertenecen en Cristo debe ser el patrón de vida de los creyentes. Jesús lo expresó de la siguiente forma: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (Mateo 6:33).

Nuestro enfoque en las cosas celestiales debe gobernar nuestras respuestas terrenales. Cuando nos enfocamos en aquel que reina en el cielo, vemos las cosas, las personas y los eventos de este mundo a través de los ojos del Señor con una perspectiva eterna. Al enfocarnos en lo celestial, manifestaremos los valores del reino de los cielos en este mundo, para la gloria de Dios.

Los pensamientos celestiales que deberían llenar nuestra mente provienen de la Escritura. La Biblia es la única fuente confiable de conocimiento sobre el carácter de Dios y los valores del cielo. En ella aprendemos las cosas que deben ocupar nuestros pensamientos (lea Filipenses 4:8). De esta forma esos principios y valores dominarán nuestra mente, producirán un comportamiento piadoso y nos harán cada vez más semejantes al Cristo que tanto amamos (lea 2 Corintios 3:18). Mientras sigamos con los ojos "puestos... en Jesús, el autor y consumidor de la fe" (Hebreos 12:2), nos asemejaremos más a Él.

Nuestro Salvador ha de retornar

Cuanto más lo amamos, más nos interesa su venida (lea 2 Timoteo 4:8). Anhelamos el día en que Cristo venga y nos lleve a casa. "Esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo"

(Filipenses 3:20). Cuando Cristo vuelva por nosotros, la carrera terminará; por eso anhelamos ese día al tiempo que nos seguimos esforzando por conocer a Cristo. De esta forma, el anhelo de la llegada de nuestro Señor es una gran fuente de motivación espiritual, seguridad y responsabilidad.

Saber que Jesús vuelve nos da una gran motivación para alcanzar el premio porque queremos estar listos cuando Él retorne. Nos motiva la esperanza de un día ser premiados por Cristo y oírle decir: "Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor" (Mateo 25:23).

El retorno de Cristo también nos hace responsables, pues sabemos que "cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí" (Romanos 14:12) y que "si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida" (1 Corintios 3:15). El solo hecho de tener que rendir cuentas debería hacer que nos enfocáramos en nuestra vida con Cristo.

También podemos hallar descanso y seguridad en el inminente retorno de Cristo. En Juan 6:39 Jesús dice: "Y ésta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero".

El retorno de Cristo no es solamente un evento que forme parte del plan de Dios; es el cumplimiento del deseo de toda nuestra vida. Anhelamos el día en que finalmente estaremos en la presencia de Aquel que ha sido el objeto de nuestro amor.

Romper la Cinta

En una carrera, sólo un corredor logra romper la cinta que se encuentra en la línea de meta y esa persona es la

ganadora. Pero en la carrera espiritual en la que luchamos por Cristo, todos los creyentes van a romper la cinta porque todo cristiano verdadero ya obtuvo la victoria. El día en que atravesaremos la meta para entrar al mundo celestial y recibir el premio, el cual se acerca, está conformado por dos gloriosos eventos: la transformación de nuestros cuerpos y el momento en el que recibiremos nuestra herencia divina.

Nuestra transformación gloriosa

Pablo dice que cuando Cristo retorne, "transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya" (Filipenses 3:21). Anhelamos su venida porque deseamos ser transformados. Queremos ser libres de nuestra naturaleza pecaminosa y ser perfectos como Cristo (lea Romanos 8:23). Aunque ya somos una nueva criatura en el hombre interior, ese hombre interior está encarcelado en una carne que no ha sido redimida. Nuestra humanidad caída y sus deseos pecaminosos permanecen en nosotros. La nueva creación que hay en nuestro interior anhela ser liberada del pecado que la rodea.

Si morimos antes de que Cristo venga por los suyos, nuestro cuerpo va a la tumba pero nuestro espíritu inmediatamente pasa a estar con el Señor (lea 2 Corintios 5:8, Filipenses 1:23). Entonces nuestros cuerpos esperan la segunda venida de Cristo porque en ese momento nos levantará a todos y nos transformará (lea 1 Tesalonicenses 4:16).

Cuando Dios transforme nuestros cuerpos, los rediseñará de tal forma que estén adaptados al cielo santo y eterno. Entonces seremos semejantes a Cristo después de su resurrección. Pablo dice que seremos transformados para que nuestro cuerpo "sea semejante al cuerpo de la gloria suya" (Filipenses 3:21). Sabemos que "cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es"

(1 Juan 3:2). Dios no sólo nos salvó del infierno para darnos el cielo, también nos hará semejantes a su Hijo.

Cuando morimos, nuestro espíritu instantáneamente se hace perfecto. Cuando Cristo retorne, nuestros cuerpos serán elevados y transformados para ser semejantes a Cristo y ser instrumentos santos de adoración y servicio. Nunca más volveremos a tener un impulso malvado o una motivación incorrecta. Nuestras mentes y nuestros corazones se llenarán con la luz pura de la verdad de Dios y con gozo, paz, amor y bondad interminables. Deberíamos anhelar eso en nuestros corazones.

Nuestra herencia divina

El día que rompamos la cinta y entremos plenamente al reino celestial y eterno del Padre, recibiremos nuestra herencia prometida (lea Efesios 1:11). Los recursos de nuestro Padre celestial son ilimitados, por tanto nuestra herencia espiritual es también ilimitada; al ser coherederos de Cristo compartiremos todo lo que el Hijo de Dios, Jesucristo mismo, ha de heredar. Dios ha constituido a Jesucristo como "heredero de todo" (Hebreos 1:2), y puesto que somos coherederos con Él (lea Romanos 8:17), recibiremos todo lo que Él reciba.

Ese día nos sentaremos en el trono celestial con Cristo y reinaremos con Él (lea Apocalipsis 3:21); poseeremos para siempre la imagen de nuestro salvador y Señor (lea 1 Corintios 15:49). En su oración gran sumo sacerdotal, Jesús le habló al Padre de esa increíble y asombrosa verdad según la cual todo el que cree en Él será uno con Él y compartirá toda su gloria: "La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno" (Juan 17:22). No se trata de que nos convirtamos en dioses, sino que

recibiremos, por nuestra herencia junto con Cristo, todas las bendiciones, esplendor y la grandeza que Dios posee.

Un día todo lo que hay en la tierra perecerá y dejará de existir porque toda la tierra se ha corrompido y profanado. Sin embargo, un día también todo creyente recibirá "una herencia incorruptible, incontaminada" (1 Pedro 1:4); esa es una diferencia maravillosa e inconcebible. Esa es la herencia que está "reservada en los cielos" para nosotros. Nos aguarda un premio maravilloso cuando crucemos la línea de meta en búsqueda de nuestro glorioso Señor y salvador.

Entrenamiento Para la Carrera

Así como los atletas se ejercitan para participar en una carrera, todos los creyentes necesitan estar en un constante entrenamiento porque nuestra carrera es para toda la vida. En su libro *The True Christian's Love to the Unseen Christ -El amor del cristiano verdadero hacia el Cristo que nunca ha visto-*, Thomas Vincent ofrece nueve principios que deberíamos practicar siempre en nuestro esfuerzo por mejorar nuestra relación con Cristo.³ Estos principios son una perfecta conclusión para este estudio porque recogen las mismas obras que Cristo quiere que volvamos a hacer (lea Apocalipsis 2:5).

Acción 1: "Contemplan constantemente a Cristo".⁴ Si usted ha de retornar a su primer amor, su prioridad inicial es meditar en Cristo. No deje que pase un solo día sin tomar el tiempo para pensar en Él, en quién es Él, lo que ha hecho y lo que está haciendo en este momento por usted. Vincent sugiere: "Pasen tiempo a solas con Dios y allí piensen una y otra vez en las excelencias y perfecciones incomparables que le pertenecen a la persona de Cristo; piensen en cuán

maravilloso e inigualable es su amor, tan alto que nada lo puede alcanzar, tan profundo que es imposible de comprender; piensen en todas las características de Cristo que jamás pueden ser totalmente entendidas".⁵

Acción 2: "Pasen mucho tiempo leyendo y estudiando las Escrituras".⁶ La Biblia es la Palabra de Dios para nosotros. Es allí donde encontramos todo lo que necesitamos saber sobre nuestro gran Señor y Salvador. Pablo dijo que debemos hacer que "la Palabra de Cristo more en abundancia en [nosotros]" (Colosenses 3:16). Ella es nuestro alimento espiritual (lea Mateo 4:4). Dejar de alimentarnos de sus verdades todos los días es como pasar un día sin comer. Usted no le haría eso a su cuerpo físico, entonces ¿por qué hacérselo a su alma?

Acción 3: "Oren intensamente a Dios para que fortalezca su amor por Él".⁷ Jesús dijo: "¿Cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?" (Mateo 7:11). No puedo pensar en algo mejor que poseer un amor supremo por Cristo y Dios ciertamente nos concederá eso si se lo pedimos con sinceridad. Vincent dice: "Si quieren tener mucho amor por Cristo en sus corazones, es necesario que estén constantemente de rodillas ante el trono de la gracia, y que allí admitan humildemente la debilidad de su amor por Cristo e incluso su carencia de amor por Él. Lloren por sus pecados, los cuales afectan su amor por el Señor y pídanle con toda honestidad que produzca en sus corazones un amor fuerte. Importunen todo el tiempo al Señor con esa oración".⁸

Acción 4: "Tengan mucha fe".⁹ Esta acción va de la mano con la oración. El escritor de Hebreos dice: "Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (Hebreos 11:1). Pedro dice de Cristo: "a quien

amáis sin haberle visto" (1 Pedro 1:8). Es imposible que nos aferremos a Cristo de una forma distinta a la fe, por tanto esa es también la forma en la que podemos amarlo realmente. Vincent dice: "Conforme a la medida de su fe, así será también su amor. Quienes no tienen fe, tampoco tienen amor; quienes tienen una fe débil poseen un amor débil; y quienes tienen la fe más fuerte, tienen también el amor más fuerte".¹⁰

Acción 5: "Trabajen para tener más del Espíritu; esfuércense por tener mayor luz del Espíritu".¹¹ La única forma de amar verdaderamente a Cristo es ser "llenos del Espíritu" (Efesios 5:18). Jesús mismo nos mostró la razón por la cual el Espíritu Santo juega un papel crucial en nuestra búsqueda de Cristo: "Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros" (Juan 14:16-17).

Acción 6: "Esfuércese por obtener plena confianza del amor que Él tiene por usted".¹² Si usted es un cristiano verdadero, Cristo lo ama. Pero si carece de seguridad de salvación, examine su vida para tener la certeza de que es salvo. No dude del amor de nuestro Señor, porque Pablo dijo: "Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Romanos 5:8).

Acción 7: "Odien profundamente el pecado y, en consecuencia, vigilen, oren, combatan y luchen contra el pecado como lo peor de las maldades; véanlo como algo que desagrada profundamente al Señor".¹³ Cuando peque, vaya al Señor y confiese su transgresión para que pueda experimentar el gozo de la restauración. Vincent nos anima a ir más allá:

Combatan contra el pecado tanto como puedan. Hagan la guerra todos los días con las pasiones que hay en su cuerpo. No permitan que pase un solo día sobre sus cabezas sin que hieran al pecado, le lancen golpes y estocadas. Cuanto más espacio tenga el pecado en sus vidas, menos espacio tendrá Cristo en sus corazones. Particularmente, presten atención a no tener un amor desmesurado por el mundo y las cosas del mundo porque la prevalencia de ese amor enfriará su amor por Cristo. Exactamente en la misma proporción en la que el mundo conquiste su corazón, disminuirá su amor por Cristo.¹⁴

Acción 8: "Asóciense mucho con aquellos que aman mucho a Cristo".¹⁵ Expresado de forma sencilla, es necesario seguir el ejemplo de hombres piadosos. Pablo dijo: "Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros" (Filipenses 3:17).

Acción 9: "Ejerciten mucho su amor por Cristo; de esa forma el amor se incrementa y se fortalece".¹⁶ Esta última instrucción nos lleva de vuelta al inicio. Si queremos fortalecer continuamente nuestra relación y nuestra búsqueda de Cristo, debemos practicar cada una de estas acciones todos los días. En cada actividad, en cada interacción y en cada pensamiento, Cristo debe ser su enfoque. Cuando usted lo convierte a Él en su prioridad, fortalecerá lo piadoso y condenará la maldad. Cuando ama a Cristo con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, Dios se glorifica.

Hace algunos años escribí una canción sobre mi deseo de ser como Cristo. Espero que ella exprese también el deseo de su corazón.

*Oh, ser como Tú, mi amado Jesús, es mi oración
Saber simplemente que estás siendo formado en mi corazón.
Lleno de tu belleza, mi Señor, fuera el pecado,
Mirando tu gloria, tu semejanza he ganado.
Oh, ser como Tú, tu imagen reflejar,
Un día tras otro dejar a tu Espíritu obrar.
Gloria tras gloria, por tu gracia ser transformado,
Hasta que ante tu trono, en tu presencia esté yo postrado.
Oh, ser como tú, que amaste a los hombres,
Bondadoso amigo, que no eres inmisericorde.
Salvador misericordioso, tu cuidado y tu amor,
Son parte de mí, cuando tu semejanza logro alcanzar.*

J.M.

1. F.B. Meyer, *The Epistle to the Philipians: A Devotional Commentary- La epístola a los Filipenses: Comentario devocional* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 1952), p.175.
2. William Hendricksen, *New Testament Commentary: Exposition of Philipians- Comentario del Nuevo Testamento: Presentación de Filipenses* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 1979), p. 173.
3. Thomas Vincent, *The True Christian's Love to the Unseen Christ- El amor del cristiano verdadero hacia el Cristo que nunca ha visto* (Ligonier, PA: Soli Deo Gloria, 1993), p. 75.

4. Ibid.
5. Ibid.
6. Ibid., p. 78
7. Ibid., p. 79
8. Ibid., p. 80
9. Ibid., p. 81
10. Ibid.
11. Ibid., p. 82
12. Ibid.
13. Ibid., p. 83
14. Ibid., p. 84
15. Ibid.
16. Ibid., p. 85

GUÍA DE ESTUDIO PERSONAL Y EN GRUPO

Antes de iniciar el estudio personal o en grupo de *Un cristianismo sencillo*, tómese el tiempo para leer estos comentarios introductorios.

Si está realizando el estudio solo, valdría la pena que adapte ciertas secciones (por ejemplo, los rompehielos), y que registre sus respuestas a todas las preguntas en un cuaderno separado. Es probable que le resulte más estimulante o enriquecedor realizar el estudio con alguien más para poder compartir sus respuestas y sus ideas.

Si usted es líder de un grupo, sería útil que les pida a los miembros del grupo que lean el capítulo y respondan las preguntas del estudio antes de la reunión. Eso no es fácil para los adultos por sus múltiples ocupaciones; por lo tanto, anímelos llamándolos ocasionalmente y enviándoles notas en medio de cada una de las reuniones. Ayúde a los miembros del grupo a organizar su tiempo sugiriéndoles que identifiquen una hora específica durante el día o la semana en la que puedan desarrollar su estudio. Para ellos también es una buena idea escribir sus respuestas a las preguntas en un cuaderno. *Para ayudar a que las discusiones del grupo se enfoquen en el material de Un cristianismo sencillo, es importante que cada uno de los miembros tenga su propia copia del libro.*

Observe que cada sesión tiene las siguientes características:

- **Tema del capítulo:** una afirmación sencilla que resume el capítulo
- **Rompehielos:** una actividad para ayudarle a cada

uno de los miembros del grupo a comprender mejor el tema de la sesión o a conocerse unos a otros.

- **Preguntas de descubrimiento en grupo:** una lista de preguntas para incentivar descubrimientos a nivel personal o la participación del grupo.
- **Preguntas de aplicación personal:** una ayuda para aplicar a la vida de cada individuo el conocimiento obtenido por medio del estudio. (*Nota:* es importante que los miembros del grupo respondan estas preguntas, aún si prefieren no compartir sus respuestas en la reunión).
- **Enfoque de la oración:** sugerencias para convertir lo que se aprende en oración
- **Tarea:** preparación o actividades que se deben realizar antes de la reunión.

Los siguientes consejos prácticos le ayudarán a conducir las sesiones de estudio en grupo de una forma más efectiva:

- Ore por cada miembro del grupo y pídale al Señor que lo ayude a crear un ambiente tranquilo en el que todos se sientan en la libertad de hablar y participar abiertamente.
- Anime a los miembros del grupo a llevar sus Biblias al igual que el libro a cada una de las sesiones. Esta guía utiliza la *New American Standard Bible*, edición actualizada, pero es útil tener varias traducciones a disposición para realizar comparaciones.
- Comience y termine a tiempo. Eso es especialmente importante en la primera reunión porque fijará el patrón para el resto de sesiones.

- Empiece orando y pídale al Espíritu Santo que disponga los corazones y las mentes y que les dé entendimiento de tal forma que puedan aplicar las verdades que van a estudiar.
- Involucre a todos. Cuando estamos aprendiendo, retenemos sólo el 10 por ciento de lo que oímos, el 20 por ciento de lo que vemos, el 65 por ciento de lo que oímos y vemos y el 90 por ciento de lo que oímos, vemos y hacemos. Genere un ambiente tranquilo; organice las sillas en círculo o en semicírculo, pues eso permite tener contacto visual entre todos los miembros y promueve una discusión dinámica. Tenga una actitud y un comportamiento tranquilo y esté dispuesto a abrir su propio corazón.

CAPÍTULO 1 EL PREEMINENTE

Tema del capítulo

Jesucristo no fue solamente un hombre; Él es la plena representación y la expresión humana de Dios, superior y exaltado por encima de cualquier persona o cosa.

Rompehielos

Mencione algo que usted haya hecho (puede ser algo sencillo como un dibujo o una receta). Cualquier cosa que se haya originado en usted, en un sentido fue creada por usted. ¿Qué tipo de relación existe entre la cosa creada y usted? ¿Cómo se asemeja eso a su relación con Cristo?

Preguntas de descubrimiento en grupo

1. ¿Cuáles son algunas de las explicaciones ofrecidas sobre quién fue realmente Jesucristo? (págs.13-14).
2. Explique cómo Colosenses 1:15 y Hebreos 1:3 revelan la deidad de Cristo. (págs.15-17).
3. ¿Qué quiso decir el apóstol Pablo cuando describió a Jesús como "el primogénito de toda la creación"? (págs.19).
4. ¿Cuál es la herencia de Cristo? ¿Cuándo y cómo llegará Él a controlar su herencia? (págs.19-20).
5. Como creador, ¿qué creó Cristo? ¿Qué comprueba eso sobre Él? (págs.21-22).
6. ¿Qué función activa cumple Cristo en la actualidad con relación al universo? Explique su respuesta. (págs.23-25).

7. Describa la relación de Cristo con la iglesia (págs. 25-26).

Preguntas de aplicación personal

1. Muchas sectas niegan la deidad de Jesucristo. De hecho, aseveran que Jesús nunca afirmó ser Dios. ¿Es eso cierto? ¿Está usted preparado para refutar ese error? ¿Cuáles pasajes de la Escritura podría utilizar para mostrar que Jesús sí afirmó ser Dios? Esté preparado siempre para confrontar las falsas aseveraciones y argumentos de aquellos que pervierten la verdad. Pídale a Dios que le dé la oportunidad de compartir esas verdades con alguien que se oponga a ellas o que sencillamente cuestione la deidad de Cristo.
2. En Juan 8:12, Jesús dijo: "Yo soy la luz del mundo, el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". Tenemos la maravillosa oportunidad de transmitirle la luz de Cristo al mundo. ¿Cómo calificaría su éxito en reflejar la luz de Cristo al mundo perdido? ¿Los incrédulos se dan cuenta de que usted es un cristiano por su comportamiento? Ore por su vida cristiana y pídale a Dios que lo ayude a reflejar su gloria.

Enfoque de la oración

Tomando en cuenta lo que aprendió sobre Cristo en este capítulo, ¿cómo ha fallado usted en darle el honor y la gloria que le pertenecen sólo a Él? Pídale a Dios que lo ayude a volver a la senda de amar a Cristo con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas. Enfóquese en un aspecto de la preeminencia de Dios cada día y empiece a adorar al Señor por cada uno de sus atributos en su tiempo de oración diaria.

Tarea

Si Dios en algún momento toma la decisión de convertirse en un hombre, ¿cómo sería ese hombre? Las siguientes son las respuestas que se han dado a esa pregunta:

- No sería pecador.
- Pronunciaría las palabras más maravillosas que jamás se hubiesen dicho.
- Ejercería una profunda influencia sobre la personalidad humana.
- Haría milagros con facilidad.
- Estaría lleno de amor por las personas.
- Tendría poder sobre la muerte.
- Satisfaría el hambre espiritual de los hombres.

Jesús cumplió cada una de esas características. Para comprobar esto, asocie los siguientes versículos con cada una de las características anteriores, (hay tres versículos para cada característica): Mateo 8:23-27, 9:18-26, 11:28; Lucas 4:32, 6:35, 7:22, 19:1-10, 21:33, 23:39-43, Juan 2:1-11, 2:19-21, 7:46, 10:10, 11:5, 11:32-44, 13:34, 14:27; 2 Corintios 5:21; 1 Timoteo 1:12-16; 1 Pedro 2:22; 1 Juan 3:5.

CAPÍTULO 2

EL GLORIOSO PLAN DE DIOS

Tema del capítulo

Dios eligió y pre ordenó quien sería conformado a la imagen de Cristo antes de la fundación del mundo. Por ese glorioso plan de salvación, todos los que lo aman le darán el honor y la gloria que merece.

Rompehielos (elija uno)

1. Cuando toma unas vacaciones, ¿con cuánta anticipación las planea? ¿Cuáles son algunos de los planes específicos que usted hace para su viaje? ¿Por qué es necesario planear? Puesto que Dios es perfecto, ¿por qué cree usted que Él necesitaba planear la salvación de sus elegidos antes de la fundación del mundo?
2. Enumere algunas de las características de una persona a la que usted le parece fácil amar. ¿Qué puede decir con respecto a las características de aquellos a los que le resulta difícil amar? Teniendo eso en cuenta, ¿qué cree usted que motivó a Dios a amar a aquellos que Él decidió salvar?

Preguntas de descubrimiento en grupo

1. ¿Cuál es la única fuente para hallar un propósito genuino y significado en la vida? (pág. 26).
2. ¿Por qué eligió Dios a la nación de Israel como su pueblo? ¿Qué criterio usa Él al elegir a los que salva? (págs.30-31).
3. Describa la forma en que Cristo puede ser considerado el agente de nuestra salvación. (págs.32-33).

4. ¿Cuál era propósito final de Dios al salvar a los creyentes? (pág. 35).
5. Describa el alcance de las bendiciones de Dios para los creyentes (págs. 36-37).
6. ¿Cómo recibe un creyente las bendiciones celestiales? (pág. 38).
7. ¿Cuáles son las tres clases de elección? ¿Cuál de ellas se aplica a la elección que Dios hace de los creyentes? Explique su respuesta, (pág. 40).
8. ¿Cuál es la mejor forma de reconciliar las verdades bíblicas sobre la elección soberana de Dios y la responsabilidad del hombre en escoger a Jesucristo? (págs. 41-42).
9. ¿Qué quería Dios lograr en aquellos a quienes salvó? Explique su respuesta, (págs. 43-44).
10. ¿Cuál es la relación especial que sólo los creyentes poseen con Dios y con Cristo? (págs. 44-45).
11. ¿Cuál es el propósito por el cual existe la creación? Explique su respuesta, (pág. 45).

Preguntas de aplicación personal

1. Debemos alabar a Dios porque Él es bueno. ¿Qué características específicas de la bondad de Dios enseñan los siguientes versículos? Salmos 145:8-9, 14-20; Mateo 5:45; Juan 3:16; Efesios 2:4-5, 8-9; Tito 3:5; Hebreos 6:7; Santiago 5:11 y 1 Juan 4:10. ¿Cómo debería responder usted a esas verdades?
2. Efesios 1:4 nos dice que somos santos en virtud de nuestra posición en Cristo. Según 1 Pedro 1:15-16,

- 2 Pedro 3:14 y 1 Juan 3:7, ¿cómo debemos vivir teniendo en cuenta nuestra posición? ¿Cuáles son las áreas específicas en las que usted necesita trabajar para separarse (santificarse) más del pecado y acercarse a Dios?

Enfoque de la oración

Ya que Dios lo ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, pídale al Señor sabiduría para utilizar todos esos recursos en cada necesidad espiritual que tenga. Recuerde, no le pida al Señor que le dé los recursos que usted ya posee, sino pídale que lo guíe para usar de la mejor forma dichos recursos.

Tarea

¿Qué le brinda a usted su sentido de autoestima y valor personal? Lea el primer capítulo de Efesios y escriba todo lo que usted es y todo lo que ha recibido como cristiano. Tome un tiempo para meditar en los elementos de esa lista. Agradézcale a Dios por lo que le ha dado y por hacerlo su hijo.

CAPÍTULO 3 A SEMEJANZA DE HOMBRES

Tema del capítulo

Jesucristo, el mismo Creador y Sustentador del universo, aceptó rebajarse a ser una criatura a fin de poder salvar a aquellos que Dios había elegido desde antes de la fundación del mundo.

Rompehielos

Suponga que usted tuviese cierta información vital que quisiera comunicarle a su mascota, bien sea un perro, un gato, un ave, o cualquier otro tipo de mascota. ¿Cuál sería la mejor forma en la que usted podría comunicarle exactamente su mensaje? ¿Qué otras cosas adicionales podría aprender su mascota sobre usted? Cuando Cristo se humilló a sí mismo para hacerse hombre, ¿qué otras cosas nos comunicó además de su mensaje de salvación?

Preguntas de descubrimiento en grupo

1. Explique lo que Pablo quería decir cuando dijo que Jesús "siendo en forma de Dios..." (Filipenses 2:6), (págs. 52-54).
2. ¿Cuál fue el punto en el que inició la humillación de Cristo? ¿Por qué eso es importante? (pág. 54).
3. Aunque Pablo dijo que Cristo "no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse", ¿qué afirmó Cristo continuamente mientras estuvo en la tierra? ¿Por qué? (págs. 54-55).
4. ¿Qué expresa la encarnación sobre Cristo? (pág. 55).

5. ¿De qué se despojó Cristo? ¿De qué no se despojó? Explique su respuesta, (págs. 56-58).
6. Como resultado de su despojarse, ¿qué papel asumió Cristo? (pág. 58).
7. ¿De qué formas se identificó Cristo con los pecadores? ¿De qué forma importante Cristo no se identificó con los pecadores? Explique su respuesta, (págs. 59-60).
8. ¿Cómo respondió Cristo cuando fue llevado a juicio? (pág. 50).
9. ¿Hasta dónde llegó Cristo por causa de su humillación? (págs. 61-65).
10. ¿Cuál hubiese sido el resultado lógico si algún ser humano hubiese diseñado un plan de salvación diferente al que diseñó Dios? Explique su respuesta, (págs. 63-64).

Preguntas de aplicación personal

1. En Filipenses 2:5-8, vemos cómo el Salvador vivió y murió para la gloria de Dios. El predicador norteamericano del siglo XIX, Gardiner Spring escribió: "La cruz es el emblema de la paz, pero también es un emblema de ignominia y sufrimiento; fue así para el salvador y también es así para sus seguidores; por ende, ellos no rechazan cualquier forma de reproche y sufrimiento sino que la soportan de forma voluntaria por el nombre de Cristo".¹ Cristo dijo que quienes fueran a Él debían tomar su cruz y seguirlo (lea Mateo 16:24). En concordancia con el ejemplo de Cristo, ¿ha tomado usted la cruz de vivir para la honra y gloria del Señor sin importar el precio?

2. Es muy fácil dejar que las grandes verdades teológicas de Filipenses 2:5-8 tomen mayor preponderancia que el objetivo práctico de este pasaje; esas verdades son sólo una ilustración de la humilde actitud que ha de caracterizar a todo creyente (lea el versículo 5). El puritano Thomas Watson observó: "El amor es una gracia humilde; no camina de forma pomposa sino que se arrastra sobre sus manos, se inclina y se somete a todo aquello que lo haga útil a Cristo".² El amor de Cristo era tan grande que lo llevó a humillarse y a morir en una cruz, una dolorosa obediencia que produjo la salvación de los seres humanos. Considere si usted está dispuesto a humillarse por amor a Cristo y a las demás personas.

Enfoque de la oración

Jesucristo renunció a mucho para venir a la tierra a salvarnos. Pídale a Dios que le conceda a usted un amor más profundo por Cristo como resultado de lo que Él estuvo dispuesto a entregar por usted. Todas las mañanas de la semana siguiente, medite en una faceta particular del despojo que Cristo efectuó de su noble y alta posición junto a Dios. Al pensar en esto, adore a aquel que renunció a tanto por usted. Luego, entréguese a sí mismo y entregue el día como una ofrenda de servicio a Él.

Tarea

Trate de imaginar cómo debe haber sido la vida para nuestro Señor aquí en la tierra. ¿Cómo respondió Jesucristo a pesar de haber estado constantemente expuesto al pecado y a los pecadores? Como ejercicio, elija cualquier sección narrativa de un evangelio (será suficiente con unos cuantos capítulos). Mientras lee, observe la respuesta de Jesús ante el pecado. ¿Cuál es la característica de cada una de sus respuestas?

¿Cómo debería su ejemplo guiarlo a usted en su respuesta cuando se encuentre en circunstancias semejantes?

1. Gardiner Spring, *The Attraction of the Cross- La atracción de la cruz* (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1983), pág.192.

2. Thomas Watson, *All Things for Good- Todas las cosas nos ayudan a bien* (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1986), pág.87.

CAPÍTULO 4

EL SIERVO SUFRIENTE

Tema del capítulo

La vida cristiana es un llamado a la gloria a través de un viaje de sufrimiento. Nuestro modelo de cómo responder al sufrimiento es Jesucristo, y necesitamos seguir su ejemplo.

Rompehielos

¿En la actualidad está usted soportando algo que considere un sufrimiento injusto? ¿Cuáles son las características de su situación? ¿Cómo está respondiendo actualmente a esa situación? ¿Considera usted que sus respuestas son justas? ¿A dónde ha acudido en busca de ayuda? ¿Por qué?

Preguntas de descubrimiento en grupo

1. ¿Por qué la vida cristiana puede ser realmente considerada un viaje de sufrimiento? (págs. 68-69).
2. ¿Por qué los cristianos deberían soportar el sufrimiento? ¿Cómo usa Dios el sufrimiento en las vidas de los creyentes? (pág. 70).
3. ¿Cuál debería ser el enfoque del creyente cuando está en medio de una prueba? ¿Por qué? (pág. 70).
4. ¿Por qué es Cristo nuestro ejemplo a seguir ante el sufrimiento injusto? (págs. 71-72).
5. ¿Cómo seguimos el patrón que enseñó Cristo para soportar el sufrimiento? (págs. 72-73).
6. ¿Cómo reaccionó Cristo durante su prueba injusta y su crucifixión? (págs. 73-76).

7. ¿Qué pierden los cristianos cuando responden con retaliaciones ante el sufrimiento injusto? ¿Qué revela eso del cristiano? (págs. 78-79).

Preguntas de aplicación personal

1. Usualmente nos enfrenamos al sufrimiento como si fuese algo que debemos evitar a cualquier costo; no obstante, usualmente es la mejor forma de manifestar una vida transformada por Cristo. Robert Murray McCheyne, un ministro escocés del siglo anterior, dijo: "Hay una gran necesidad de todos los cristianos que no han sufrido. Algunas flores deben ser rotas o maceradas antes de que emitan su fragancia."¹ ¿Ve usted las aflicciones, las pruebas y el sufrimiento como cosas que se deben evitar o como la mejor oportunidad de proyectar la fragancia de una vida trasformada?
2. Su forma de hablar indica el estado de su corazón, bien se la maldad que hay en él o la gracia que lo controla. A.W. Tozer escribió: "El temor que nos mantiene en silencio cuando la fe, el amor y la lealtad nos piden a gritos que hablemos es con toda seguridad malvado y debe ser juzgado como tal ante el tribunal de la justicia eterna".² La forma de hablar de Jesús en su momento de prueba reveló un corazón lleno de la gracia de Dios; Él no habló maldad sino que respondió con la verdad. ¿Su forma de hablar muestra la gracia de Dios, aún cuando se enfrenta a una prueba difícil?

Enfoque de la oración

Aunque el ejemplo del sufrimiento de Cristo debería animarnos en tiempos de persecución, quizá es más

importante que nos llene de gratitud por su disposición a sufrir por nosotros los pecadores (lea Romanos 5:8). Tome un tiempo para expresar su gratitud a nuestro Señor por ese gran amor al estar dispuesto a sufrir en lugar de nosotros.

Tarea

Repase la sección que detalla la reacción de Cristo ante aquellos que lo persiguieron y lo crucificaron (págs. 73-76). Si en la actualidad usted está enfrentando una prueba o está sufriendo una persecución injusta en alguna medida, compare sus reacciones con las del Señor. ¿Qué actitudes y acciones necesita usted cambiar para reflejar el espíritu de Cristo? Haga una lista de esas cosas y procure responder de la forma correcta esta semana. Al final de la semana, examine su actitud hacia la situación. ¿Ha mejorado? De ser así, ¿cómo?

1. Robert Murray McCheyne, citado en *More Gathered Gold: A Treasury of Quotations for Christians - Más oro agrupado: Un tesoro de citas para los cristianos*, editado por John Blanchard (Welwyn, UK: Evangelical Press, 1986), pág. 315.

2. A.W. Tozer, citado en *Signposts: A Collection of Sayings from A.W. Tozer - Señeros: Una colección de dichos de A.W. Tozer*, editado por Harry Verploegh (Wheaton, IL: Victor Books, 1988), pág. 195.

CAPÍTULO 5

NUESTRO AMOROSO SUSTITUTO

Tema del capítulo

Antes de ser salvos, todos los creyentes merecían morir porque habían violado los parámetros santos de Dios. Pero Dios, por su gran amor, nos proveyó un sustituto que moriría en nuestro lugar y pagaría el castigo por nuestros pecados, satisfaciendo así su propia justicia.

Rompehielos

¿Cómo es la experiencia de estar en deuda con una persona o con una institución? ¿Está usted ahora o ha estado en una situación en la que saldar la deuda parecía una experiencia imposible? Describa la carga que acompaña una deuda. ¿Se sintió alguna vez de esa forma al considerar su pecado antes de ser cristiano? Explique su respuesta.

Preguntas de descubrimiento en grupo

1. Usando solamente sus recursos, ¿qué puede esperar el hombre alcanzar con respecto a su salvación? ¿Cuál es la única alternativa? (pág. 82)
2. ¿Cuál es el problema básico del hombre? Explique su respuesta, (págs. 84-85).
3. ¿Cuál es la norma que Dios ha establecido, la cual el hombre no puede cumplir? (pág. 85)
4. Describa la condición de todos los creyentes antes de ser salvos. ¿Cuál es la fuerza que los impulsa y que hace que todos los incrédulos vivan como lo hacen? (págs. 86-87)

5. ¿Cómo explicaría la importancia del amor de Dios con respecto a su plan de salvación? Explique su respuesta, (pág. 87)
6. ¿Qué hubiera sucedido si Cristo no hubiese querido tomar nuestro pecado y aceptar su consecuente castigo? (pág. 87)
7. Defina y explique los cuatro términos que describen la riqueza de nuestra salvación en Cristo. (pág. 91)
8. Explique los dos términos legales en griego que definen la redención. ¿Cuál describe mejor la idea del Nuevo Testamento de la redención? ¿Por qué? (pág. 92)
9. ¿Cuál fue el precio de nuestra redención? Explique su respuesta, (págs. 94-95)
10. ¿Cuál es el resultado de la redención para el cristiano? Según Colosenses 2:14, ¿Cómo logró Dios la redención? (págs. 95-98)
11. Según 2 Corintios 5:17-21, ¿cuáles son los beneficios de la reconciliación de una persona con Dios? (pág. 99)
12. ¿Cuál es la meta de nuestra reconciliación? (pág. 100)

Preguntas de aplicación personal

1. Lea Efesios 2:1-3. Al hacerlo, sustituya los pronombres por pronombres de la primera persona del singular (*yo, me*) en donde sea apropiado. ¿Qué generan esas verdades en su corazón como respuesta a Dios? Con esos versículos en mente, ¿deberíamos considerar a los no salvos como enemigos nuestros

o como prisioneros del enemigo? ¿Por qué? ¿Cómo puede el tener una perspectiva apropiada sobre las personas no salvas cambiar nuestras actitudes hacia ellas? ¿Conoce usted a alguien que no sea salvo y al cual haya estado tratando como un enemigo? Pídale al Señor que lo ayude a ver a esa persona como alguien que necesita el evangelio.

2. Lea Romanos 6:16-23. ¿Los cristianos y los no cristianos son libres de vivir como les plazca? Explique sus respuestas usando la enseñanza de Pablo en esta porción de la Biblia. Los creyentes han sido liberados de la esclavitud del pecado. ¿Hay alguna área de su vida que parezca ser todavía esclava de la maldad? Una vez se haya arrepentido de ese pecado y lo haya confesado, busque a otro creyente al cual le pueda rendir cuentas para que lo ayude en el futuro.

Enfoque de la oración

¿Cuál debería ser su respuesta, teniendo en cuenta todo lo que Cristo hizo por usted? Alabe al Señor en este momento por todo lo que ha hecho para lograr su redención. Pídale que lo perdone por descuidar la prioridad de su relación con Él y su débil amor; agradézcale porque por la redención completa, todos sus pecados, incluyendo su débil amor, han sido perdonados y removidos de su vida, dejándolos tan distantes como el este está lejos del oeste. Finalmente, pídale que lo ayude a buscar su rostro y a dirigir todos sus pensamientos y actividades hacia el cumplimiento de su voluntad.

Tarea

Aunque todos sus pecados han sido perdonados, es importante confesarlos ante Dios. ¿Por qué? ¿Qué enseñan

los siguientes pasajes sobre la importancia de la confesión: Salmos 32:1-5; 38:17-18; 66:18; Proverbios 28:13-14; 1 Corintios 11:23-32? ¿Por qué es importante la confesión antes de estudiar la Palabra de Dios?

CAPÍTULO 6

EL SACRIFICIO PERFECTO

Tema del capítulo

La muerte de Cristo se convirtió en el último y máximo sacrificio que obtuvo para toda la eternidad lo que ningún sacrificio del Antiguo Testamento pudo obtener.

Rompehielos

¿Cuál es la razón por la cual la mayoría de las personas compran algo nuevo para reemplazar algo viejo? ¿Significa eso que lo que ahora es viejo era malo en el pasado? ¿Cuánto estaría usted dispuesto a pagar si pudiera reemplazar todas las cosas viejas de su casa por cosas nuevas que nunca se desgastaran y jamás necesitaran ser reemplazadas?

Preguntas de descubrimiento en grupo

1. ¿Qué le recordaba constantemente el antiguo pacto al pueblo? (pág.105)
2. Aunque la ley no podía dar acceso a Dios, hubo algo que sí logró hacer por la gente. ¿Qué fue lo que logró? Explique su respuesta, (pág.106).
3. ¿Qué era incapaz de hacer la ley con respecto al pecado? ¿Qué le recordaba la ley al pueblo? (págs.105-107-108)
4. Explique cómo el sacrificio de Cristo cumplió con el diseño de Dios. (pág. 109)
5. ¿Qué le hizo el sacrificio de Cristo al sistema del antiguo pacto? (pág. 110)

6. ¿Qué nos enseña nuestra experiencia sobre la santidad en la práctica? (pág. 110)

7. ¿Por qué el sacrificio de Cristo fue el único que pudo calmar la ira de Dios? (págs. 111-114-115)

8. ¿Qué le hizo el sacrificio de Cristo en la cruz a Satanás? (págs. 112-113)

9. ¿Cuál fue la profecía que Jeremías hizo sobre el nuevo pacto? (págs. 114-115)

Preguntas de aplicación personal

1. ¿Alguna vez usted ha tomado algo que debería ser una expresión de fe y lo ha convertido en un ritual que carece de ella? ¿Tiene usted un programa de lectura bíblica que ha seguido regularmente pero ha perdido la perspectiva de a quién está tratando de conocer por medio de esa lectura? ¿Le ha sucedido que su mente se desconcentra y piensa en otras cosas mientras un grupo de amigos creyentes se dedica a orar? Esos obstáculos para la verdadera comunión con Dios suelen presentarse, pero si son la norma de su vida espiritual, es probable que usted esté anquilosado en el ritualismo. Si tiene un programa de lectura, asegúrese de apartar un tiempo para meditar en lo que está leyendo. Cuando participe en la oración con otras personas, haga un esfuerzo por concentrarse y disponga su corazón a apoyar las peticiones que escucha. Haga lo que sea necesario para no ser el tipo de persona que honra a Dios con sus labios pero su corazón está lejos de Él. (Lea Isaías 29:13 y Mateo 15:8).

2. ¿Cuán sensible es usted a su propio pecado? Cuando usted es tentado a pecar, ¿se esfuerza por recordar

cómo Dios ve el pecado o razona para minimizar las consecuencias del pecado? Jamás olvide que Dios odia el pecado y Él intervendrá en su vida si usted persiste en pecar. En su lucha continua contra el pecado, tenga en mente lo siguiente:

- Evalúese y disciplínese a sí mismo para la piedad (lea 1 Corintios 11:31-32; 1 Timoteo 4:7-8).
- Confiese su pecado constantemente (lea Salmos 32:1-5; 1 Juan 1:8-2:2).
- Rinda su vida diariamente al control del Espíritu Santo (lea Romanos 8:1-14; Gálatas 5:16).
- Comprenda el costo que Dios pagó para redimirlo del pecado (lea 1 Pedro 1:17-2:3).

Enfoque de la oración

Separe un tiempo para agradecerle a Dios por el plan redentor y por la disposición de Cristo a sacrificarse por usted. Alábelo por la inmutabilidad de su plan.

Tarea

Los cristianos tienen una ventaja clave sobre los santos del Antiguo Testamento por el hecho de vivir de este lado de la cruz. Para obtener una apreciación más amplia de este privilegio y una mejor comprensión del antiguo pacto, lea Hebreos 7-10. Mientras lee estos capítulos, lea también los textos del Antiguo Testamento que el escritor de Hebreos interpreta. Observe con detenimiento los pasajes que se cumplen de manera específica en el nuevo pacto.

CAPÍTULO 7

NOMBRE SOBRE TODO NOMBRE

Tema del capítulo

El evangelio no está completo sin la exaltación de Cristo. Aquel que fue el perfecto sacrificio por el pecado fue levantado de los muertos y exaltado a la diestra de Dios para comprobar la efectividad de su obra redentora.

Rompehielos

Sin tomar en cuenta el mundo espiritual, mencione las personas que tienen autoridad sobre usted. ¿Cómo mantienen ellas esa autoridad? ¿Abusan ellas de esa autoridad? ¿Por qué? ¿A quién le brinda usted respeto de mala gana? ¿A quién le brinda respeto con gusto? ¿Por qué?

Preguntas de descubrimiento en grupo

1. ¿Qué evento histórico es sin lugar a dudas el punto más alto de la historia de la redención? ¿Por qué? (pág. 123)
2. ¿Cuál hubiese sido el resultado lógico si Cristo no hubiese resucitado de entre los muertos? (pág. 124)
3. ¿Qué prueba la resurrección de Cristo? (pág. 124)
4. ¿Por qué la muerte no pudo retener a Cristo? (pág. 125)
5. Hebreos 1:3 enseña que después de la ascensión de Cristo al cielo, Él se sentó a la mano derecha de Dios. ¿Qué significa ese evento? (págs. 127-129)

6. ¿Qué nombre le entregó Dios a Cristo cuando lo exaltó? ¿Cuál es la importancia de ese nombre? (págs. 130-132)
7. Según Filipenses 2:10, ¿Cuál la única respuesta apropiada ante Cristo? (págs. 132-134)
8. ¿Quiénes son los llamados a adorar a Cristo? Explique su respuesta, (págs. 134-136).

Preguntas de aplicación personal

1. La humillación y la exaltación de Cristo son una lección para todos los creyentes: "Así como Cristo no dejó de ser rey por el hecho de ser un siervo, ni de ser un león por ser como un cordero, ni de ser Dios por haberse hecho hombre, ni de ser juez por haber sido juzgado; tampoco un hombre pierde su honor por ser humilde; más bien será honrado por su humildad".¹ ¿La vida suya demuestra una humildad semejante a la de Cristo que hará que Dios se deleite en honrar más adelante por medio de la exaltación?
2. Un tema teológico fundamental en nuestra época es si la fe en Cristo necesariamente exige un arrepentimiento evidente del pecado. Algunos han afirmado que exigir un arrepentimiento como parte del mensaje del evangelio (y como prueba de una fe salvífica verdadera) es una forma de legalismo. No obstante, el primer sermón de Cristo fue: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mateo 4:17). Y una parte de sus últimas palabras fue la frase: "que se predique en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Lucas 24:47). Los apóstoles también enfatizaron el arrepentimiento. Cuando Pedro escuchó que sus

oyentes le preguntaron lo que necesitaban hacer para ser salvos, les dijo: "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados" (Hechos 2:38). ¿El arrepentimiento caracteriza su vida? ¿Entiende usted la necesidad del arrepentimiento para poder andar diariamente con Cristo?

Enfoque de la oración

En su andar diario, ¿qué tan a menudo reconoce usted a Cristo como el Señor de su vida? ¿Lo honra usted como Dios, como el soberano que gobierna todas las situaciones de la vida? Si usted es un verdadero cristiano, sentirá el deseo de honrar a Dios. Para aprender a ver la mano de Dios en todas las circunstancias, pídale al Señor que le recuerde constantemente su presencia a lo largo del día. Cuando Dios responda esa oración, reconozca inmediatamente su soberanía y confiese cualquier pecado que esté cometiendo en ese momento.

Tarea

Como complemento al enfoque de la oración anterior y para ayudarse a recordar la presencia del Señor, coloque en sitios visibles versículos claves que usted quiera convertir en parte de su vida. Algunos ejemplos de esos sitios claves son el refrigerador, su escritorio o su sitio de trabajo, el tablero de su automóvil, la lavadora o la máquina de coser. Recuerde también estudiar diariamente la Biblia. A medida que llene su mente con las verdades de Dios, Él utilizará Su Palabra en los momentos apropiados de su vida.

1. Henry Smith, citado en *A Puritan Golden Treasury - Un Tesoro del oro puritano* (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1977), pág. 149.

CAPÍTULO 8 A LA DIESTRA DE DIOS

Tema del capítulo

El paso final de la exaltación de Cristo es su actual ministerio de intercesión por los cristianos. Como resultado, los creyentes jamás necesitan dudar de su salvación o desmotivarse por sus pecados.

Rompehielos

Cuando alguien viene ante usted con un problema en busca de consejo, ¿cómo responde usted? ¿Se queda solamente en el plano técnico o trata de involucrarse a nivel físico y emocional para ayudarles a solucionar el problema? ¿Cuánto de las experiencias de su propia vida comparte usted cuando aconseja? ¿Qué tan a menudo quisiera tener los recursos para ayudarles a las personas con sus problemas?

Preguntas de descubrimiento en grupo

1. Nombre algunas de las situaciones que ejercen presión sobre los cristianos en la sociedad actual. ¿Cuál es la única forma de enfrentarse realmente a esas presiones? (págs. 140-141)
2. ¿En cuáles dos áreas ataca Satanás frecuentemente a los creyentes? ¿Por qué? (pág. 141)
3. Explique cómo Cristo es capaz de "compadecerse de nuestras debilidades" (lea Hebreos 4:15). (págs. 142-143)
4. ¿Por qué Jesucristo se enfrentó a niveles de tentación que nosotros jamás experimentaremos? (pág. 144)

5. Según Hebreos 4:16, ¿de qué forma la compasión de Jesús va mucho más allá de lo que cualquier ser humano puede ofrecerle a otra persona? (págs.144-146)
6. Describa el papel de Cristo como abogado ante Dios. (págs.148-149)
7. ¿Cuál es la seguridad de la salvación del creyente? (págs.149-151)

Preguntas de aplicación personal

1. Los momentos de desánimo pueden ser destructivos para los cristianos y es entonces cuando necesitamos a alguien en quien apoyarnos pero en ocasiones no encontramos un hermano o una hermana en Cristo llenos de amor y dispuestos a ayudarnos. Aún si hubiese alguien disponible para ayudarnos, Cristo quiere que aprendamos a apoyarnos en Él primero, porque Él es la persona más capacitada para manejar nuestro dolor. Para tener ayuda en los momentos de dificultad, memorice 1 Corintios 10:13: "No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar".

Enfoque de la oración

Lea 2 Corintios 5:17-21. Según Pablo, todos los cristianos han recibido el ministerio de la reconciliación. ¿Cuáles son algunas de las formas en las que usted se puede involucrar personalmente como un embajador de Cristo? Con base en el hecho de que usted está en paz con Dios, ¿cuál debe ser una parte integral de su ministerio? Haga una lista de las

personas a las cuales usted quisiera ver en paz con Dios. Empiece a orar para que Dios lo use para reconciliar a esas personas con el Señor.

Tarea

Puesto que ahora usted tiene acceso a la presencia de Dios y está firme en su gracia, ¿con cuál actitud debería acercarse a Dios? Busque los siguientes versículos: Hebreos 4:14-16, 10:12-22; 1 Juan 3:18-21, 4:17, 5:14. ¿Por qué podemos nosotros tener esa actitud? Haga una lista de las razones que explican por qué razón a veces no nos acercamos a Dios de esa forma. Lea 1 Juan 1:9. Recuerde que la confesión de pecado es el acto que nos permite mantener la consciencia limpia (lea Hebreos 10:22) y ser obedientes a Dios. Aunque podemos acercarnos a Él con confianza, también debemos hacerlo con humildad (lea Santiago 4:1).

CAPÍTULO 9 AMOR Y OBEDIENCIA

Tema del capítulo

El verdadero amor a Cristo se prueba por el nivel de obediencia que uno tiene.

Rompehielos

¿Alguna vez ha estado en una situación en la que usted negó la realidad de su fe ante un grupo de no creyentes? ¿Ha habido alguna ocasión en la que usted no defendió a Cristo cuando su nombre estaba siendo desacreditado o menospreciado por un grupo de no creyentes? ¿Cómo se sintió?

Preguntas de descubrimiento en grupo

1. ¿Por qué muchas personas en la actualidad carecen de convicción sobre cuáles deberían ser sus prioridades? ¿De qué forma se ha filtrado esa mentalidad en la iglesia? (pág.159-161)
2. ¿Qué pasos condujeron a Pedro a su negación de Cristo? Explique su respuesta. (págs.162-164)
3. ¿Qué hizo que Pedro se arrepintiera de su pecado? (pág.165)
4. ¿Por qué Pedro decidió retornar a su antigua vida de pescador? (pág.166)
5. ¿Qué lección tuvo que darles el Señor a los discípulos una segunda vez? ¿Por qué? (pág.168)
6. Cuando un verdadero cristiano falla temporalmente

en su amor por Cristo, ¿de qué pueden él o ella estar seguros? (págs.168-169)

7. En el dialogo que Cristo sostiene con Pedro (Juan 21:15-17), ¿qué quería nuestro Señor que Pedro entendiera? (págs.169-170)
8. ¿Cuál es el costo inseparable de amar a Cristo? (págs.170-172)

Preguntas de aplicación personal

1. Analice su preparación espiritual. ¿Se parece usted a Pedro que estaba preparado para las grandes pruebas pero no estaba preparado por las pequeñas pruebas? Nuestras respuestas involuntarias revelan nuestro verdadero carácter y sus debilidades. En el caso de Pedro, ¿qué fue lo que lo condujo a su fracaso en las pruebas pequeñas? ¿Qué puede hacer usted para convertir las debilidades del carácter de Pedro en fortalezas personales? Comprométase a edificar su carácter espiritual. Al hacerlo, descubrirá sus respuestas involuntarias, las cuales revelarán sus debilidades y no sus fortalezas.
2. Repase el dialogo entre Cristo y Pedro (Juan 21:15-17). Identifique la ocasión más reciente en la que usted ha fallado en identificarse como cristiano en medio de los no creyentes. ¿Cómo le respondería usted al Señor sus preguntas sobre la realidad de su amor por Él? ¿Podría responder usted como Pedro o tendría el Señor toda la razón en cuestionar incluso la realidad de su afecto por Él? Si usted es un verdadero cristiano, se identificará con Cristo y probará su amor sin importar el costo.

Enfoque de la oración

Agradézcale al Señor que a pesar de su débil amor, Él siempre lo ama a usted y está dispuesto a restaurarlo. Aproveche este momento para confesar y arrepentirse de esos momentos en los que ha fallado en identificarse con Cristo.

Tarea

La respuesta de Pedro nació de su reconocimiento de Cristo y de su comprensión de que había pecado contra el Señor. Cuando usted peca, ¿qué lo hace arrepentirse? ¿Se arrepiente por la tristeza de haber pecado contra Cristo o lo hace como resultado de saber que por ser creyente debe arrepentirse del pecado? ¿Puede la última parte de la pregunta anterior ser un arrepentimiento verdadero sin estar motivado por la primera parte? Examine los siguientes versículos: Isaías 6:5, Daniel 9:5-7, Miqueas 7:9 y Lucas 15:17-20. ¿Qué enseña cada uno de esos versículos sobre la motivación para el arrepentimiento? Lea el salmo 51 y medite en los versículos que revelan el corazón arrepentido de David. Memorice los versículos que son más significativos para usted y úselos a manera de estímulo para ayudarle a su corazón a arrepentirse verdaderamente cada vez que el Señor lo convenza de pecado.

CAPÍTULO 10

EN BUSCA DE NUESTRO PRIMER AMOR

Tema del capítulo

Su lealtad y amor a Cristo exigen un compromiso para toda la vida. Esa es la única forma en la que un creyente llegará a ser como Cristo.

Rompehielos

¿Cuándo fue la última vez que usted participó en una carrera? Muchos tendrán que retroceder en sus recuerdos hasta la época de la escuela. ¿Qué es lo que más recuerda sobre esa carrera? ¿Cómo terminó? ¿Corrió con toda su energía?

Preguntas de discusión en grupo

1. Aunque la relación de Pablo con Cristo era la pasión de su vida (Filipenses 3:10-11), ¿cómo evaluaba el apóstol esa relación? (págs.174-176)
2. ¿Cuál es la meta del cristiano en esta vida? ¿Qué exige esa meta? (pág.177)
3. Teniendo un enfoque apropiado, ¿cuáles son las dos cosas que todo creyente debe hacer en su esfuerzo por mejorar su relación con Cristo? Explique su respuesta. (págs.178-179)
4. ¿Qué motivaba a Pablo en su esfuerzo por ganar a Cristo? ¿Qué evitaba hacer él? (pág.179)
5. ¿Qué clase de actitud debería tener todo creyente con relación a su condición espiritual? ¿Qué hará Dios si usted tiene la actitud incorrecta? (págs.179-180)

6. ¿Cuál es la marca de la verdadera espiritualidad? ¿Cómo afecta eso nuestro comportamiento? (págs.182)
7. ¿Cuáles son algunos de los beneficios específicos de vivir anhelando el retorno de Cristo? (págs.183-184)
8. ¿Qué sucederá cuando Dios transforme nuestros cuerpos? (págs.185)
9. ¿Cómo describiría usted la herencia que recibirá un día de parte de Dios? (págs.186-187)

Preguntas de aplicación personal

1. Los obstáculos y los impedimentos detienen de forma considerable a un corredor en cualquier carrera; lo mismo sucede con el crecimiento espiritual. Hebreos 12:1 dice: "Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante". Examine su vida para determinar qué puede estar impidiéndole su avance en su carrera espiritual. Quizá sean las posesiones o algún placer que no sea malo en sí mismo pero que quizá lo distrae de poner la mira en los asuntos espirituales. Pídale también a Dios que le revele cualquier pecado que haya en su vida, luego confíéselo y abandónelo.
2. Se requiere un gran nivel de autodisciplina para correr la carrera de forma efectiva. Pablo dijo: "¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene... así que, yo de esta manera corro, no como

a la aventura" (1 Corintios 9:24-26). ¿Asume usted su vida cristiana con la misma intensidad que un atleta que se entrena para una competencia? Escriba algunas de las formas en las que usted se pueda ejercitar para "la piedad; porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera" (1 Timoteo 4:7-8).

Enfoque de la oración

Solamente usted puede hacer el esfuerzo que le corresponde personalmente para mejorar su vida con Cristo, pero con toda certeza Dios honrará su decisión si usted se lo pide. Empezando hoy, pídale a Dios que le muestre a diario esas áreas en las que su amor por Cristo es débil. Separe tiempo cada día para meditar en el Señor y alabarle por su carácter y por alguna obra específica que Él haya logrado hacer en su vida. Conozca mejor a su Señor sencillamente pasando tiempo en oración con Él todos los días.

Tarea

Revise las nueve acciones que Thomas Vincent describió para edificar su amor por Cristo. Escríbalas en un trozo de papel que pueda guardar en su Biblia. Empiece a hacer cada una de ellas una realidad diaria en su vida. Nunca abandone su primer amor; siga esforzándose por conocer a Dios y mejorar su relación con Él todos los días hasta el día que se encuentre con Él en el cielo.

ÍNDICE DE LAS ESCRITURAS

Génesis 14:2	Mateo 26:33
Levítico 11:44	Mateo 26:3
Levítico 17:4	Mateo 26:51,58, 69, 70-72
Deuteronomio 6:5	Mateo 26:59,61-62, 73,74
Deuteronomio 7:7-8	Mateo 26:64
Deuteronomio 21:23	Mateo 27:46
Deuteronomio 29:29	Mateo 28:10,16
Salmos 1:4	Mateo 28:18
Salmos 2:8	Mateo 28:19
Salmos 19:1	Marcos 14:68
Salmos 36:6	Lucas 2:52
Salmos 89:27	Lucas 5:11
Salmos 103:12	Lucas 9:58
Isaías 43:2	Lucas 9:62
Isaías 45:21-24	Lucas 12:32
Isaías 46:5-10	Lucas 22:57-58
Isaías 53:7,9	Lucas 22:60-61
Isaías 53:12	Lucas 23:34,46
Isaías 55:9	Lucas 24:25-26
Jeremías 2:2,5	Lucas 24:46
Jeremías 31:3	Juan 1:3,21
Ezequiel 18:4	Juan 1:12-13
Miqueas 5:2	Juan 1:16
Mateo 4:4	Juan 1:18
Mateo 5:48	Juan 1:29
Mateo 6:33	Juan 2:18-22
Mateo 7:12	Juan 2:25
Mateo 8:20	Juan 3:16
Mateo 10:37	Juan 3:19-20
Mateo 16:23	Juan 5:18
Mateo 19:16-22	Juan 5:27
Mateo 22:37-38	Juan 5:30
Mateo 24:36	Juan 6:37,44
Mateo 25:23	Juan 6:37-40
Mateo 26:28	Juan 6:39
Mateo 26:31,34-35,40-41	Juan 6:42

Juan 8:12	Romanos 8:7
Juan 8:48	Romanos 8:16-17
Juan 8:58	Romanos 8:17
Juan 10:30	Romanos 8:21-22
Juan 10:33	Romanos 8:22
Juan 11:25	Romanos 8:23
Juan 11:26	Romanos 8:28
Juan 13:14-15	Romanos 8:29
Juan 14:9	Romanos 8:31-34
Juan 14:15	Romanos 8:34
Juan 14:16-17	Romanos 8:38
Juan 14:19	Romanos 10:9
Juan 14:21	Romanos 10:9-10
Juan 15:13	Romanos 11:33
Juan 17:4-5	Romanos 12:1
Juan 17:5	Romanos 14:12
Juan 17:6	1 Corintios 2:2
Juan 17:22	1 Corintios 2:14
Juan 20:28	1 Corintios 3:15
Juan 21:2-3	1 Corintios 6:17
Juan 21:4-7	1 Corintios 10:13
Juan 21:7-14	1 Corintios 10:31
Juan 21:15-17	1 Corintios 15:17
Juan 21:18-19,22	1 Corintios 15:28
Hechos 1:9-11	1 Corintios 15:49
Hechos 2:24	1 Corintios 16:22
Romanos 3:10-12	2 Corintios 3:18
Romanos 3:11	2 Corintios 4:3-4,6
Romanos 3:23	2 Corintios 4:5
Romanos 4:25	2 Corintios 4:17-18
Romanos 5:2	2 Corintios 5:8
Romanos 5:6	2 Corintios 5:17-21
Romanos 5:8	2 Corintios 5:21
Romanos 5:9	2 Corintios 8:9
Romanos 5:10	2 Corintios 11:3
Romanos 6:4,6	Gálatas 1:3-4
Romanos 6:18	Gálatas 3:13
Romanos 6:23	Gálatas 4:6
Romanos 8:1-2	Gálatas 5:16
Romanos 8:1,33	Efesios 1:1

Efesios 1:3
 Efesios 1:3-6
 Efesios 1:4-6
 Efesios 1:4
 Efesios 1:5
 Efesios 1:5-6
 Efesios 1:7
 Efesios 1:11
 Efesios 1:20-22
 Efesios 2:1-3
 Efesios 2:1
 Efesios 2:4-5
 Efesios 2:12
 Efesios 2:14
 Efesios 5:18
 Efesios 6:24
 Filipenses 1:6
 Filipenses 1:19
 Filipenses 2:5-8
 Filipenses 2:6
 Filipenses 2:7
 Filipenses 2:8
 Filipenses 2:9-11
 Filipenses 2:9
 Filipenses 2:10-11
 Filipenses 2:10
 Filipenses 2:11
 Filipenses 3:7-8
 Filipenses 3:10-11,12-16
 Filipenses 3:10
 Filipenses 3:12
 Filipenses 3:12
 Filipenses 3:13
 Filipenses 3:14
 Filipenses 3:16
 Filipenses 3:17
 Filipenses 3:20
 Filipenses 3:21
 Colosenses 1:13-14
 Colosenses 1:15-19

Colosenses 1:15
 Colosenses 1:16-17
 Colosenses 1:16,18
 Colosenses 1:17
 Colosenses 1:19
 Colosenses 1:20,22
 Colosenses 1:21
 Colosenses 1:22
 Colosenses 2:9
 Colosenses 2:10
 Colosenses 2:14-15
 Colosenses 2:14
 Colosenses 3:1
 Colosenses 3:16
 1 Tesalonicenses 4:16
 2 Tesalonicenses 1:7-9
 2 Tesalonicenses 2:14
 1 Timoteo 1:5
 2 Timoteo 4:7-8
 2 Timoteo 4:8
 Tito 2:14
 Tito 3:4-5
 Hebreos 1:1-2
 Hebreos 1:2
 Hebreos 1:3
 Hebreos 1:4
 Hebreos 1:7-8
 Hebreos 2:10
 Hebreos 2:14
 Hebreos 2:17
 Hebreos 2:18
 Hebreos 4:15
 Hebreos 4:16
 Hebreos 5:1
 Hebreos 5:8
 Hebreos 6:19-20
 Hebreos 7:25
 Hebreos 9:13-14
 Hebreos 9:22
 Hebreos 9:26,28

Hebreos 10:1
 Hebreos 10:2-3
 Hebreos 10:4-5
 Hebreos 10:7-9
 Hebreos 10:10
 Hebreos 10:11-12
 Hebreos 10:12
 Hebreos 10:13-14
 Hebreos 10:15-18
 Hebreos 11:1
 Hebreos 12:1
 Hebreos 12:3-4
 Hebreos 12:5-11
 Hebreos 12:23
 Santiago 1:2,4
 Santiago 1:5,17
 Santiago 1:8
 Santiago 3:2
 Santiago 4:4
 1 Pedro 1:4
 1 Pedro 1:6-7
 1 Pedro 1:8
 1 Pedro 1:10
 1 Pedro 1:18-19
 1 Pedro 1:19
 1 Pedro 1:19-20
 1 Pedro 2:9
 1 Pedro 2:20-23
 1 Pedro 2:21
 1 Pedro 2:22
 1 Pedro 2:23
 1 Pedro 2:24
 1 Pedro 3:9
 1 Pedro 3:18
 1 Pedro 3:22
 1 Pedro 5:10
 2 Pedro 1:3
 2 Pedro 1:4
 1 Juan 2:1-2
 1 Juan 2:6
 1 Juan 2:15
 1 Juan 3:2
 1 Juan 3:4
 1 Juan 4:19
 Judas 24
 Apocalipsis 2:2-3,6
 Apocalipsis 2:4
 Apocalipsis 2:5
 Apocalipsis 3:21
 Apocalipsis 5
 Apocalipsis 5:13
 Apocalipsis 6
 Apocalipsis 12:10
 Apocalipsis 13:8
 Apocalipsis 17:16

ÍNDICE DE TEMAS

Albedrío, libre
 Amor
 costo
 definición
 Amor a Cristo
 creyentes desviados por las prioridades del mundo
 exige un compromiso de por vida
 prioridad de los creyentes
 Amor de Dios, motivo de la salvación
 Apatía Espiritual
 Bendiciones de los cristianos, ubicación
 Bendiciones de Dios, elementos
 Cielo
 preocupación de los creyentes
 ciudadanía de los creyentes
 Creyentes, ignorancia de las bendiciones
 Cristianismo, oposición del mundo
 Cristianos
 bendiciones
 ciudadanía
 humildad
 viviendo como ciudadanos celestiales
 posición in Cristo
 alabanza a Cristo
 importancia de Cristo
 Cruz, símbolo de la victoria de Cristo sobre la muerte
 Devoción a Dios
 Día de la Expiación

Dios
 bondad
 mano derecha como símbolo de autoridad
 Discípulos, llamados por Cristo
 Dolor, sensibilidad
 Eccles, Sir John, sobre la evolución
 Elección
 basada en el amor de Dios de los creyentes
 de Israel
 para la salvación
 soberana
 teocrática
 tiempo
 vocacional
 Efesios, iglesia, dejó su primer amor
 Escrituras, fuente de conocimiento sobre Cristo
 Exaltación de los creyentes
 Familia, ruptura
 Gnosticismo
 Gracia, fuente del perdón de Dios
 Hendricksen, William
 sobre la exaltación de Cristo
 sobre cómo alcanzar la meta
 Herencia, parte divina del creyente
 Hodge, Charles,
 sobre la importancia de Cristo
 resurrección
 Humillación de Cristo
 Humildad, encarnación de Cristo como ilustración suprema

Iglesia
 adoptar una actitud mundana
 falta de devoción por las prioridades divinas
 Ira, incrédulos son el objeto de la ira de Dios
 Incrédulos, enemigos de Dios
 Jesucristo
 reconozca su señorío
 reconocimiento de su señorío
 abogado ante el Padre
 agente de la salvación
 ascensión
 actitud durante su juicio
 llevó el peso del pecado
 unión del creyente con él
 coronación
 creación de los ángeles
 Creador del universo
 crucifixión
 cultivar la relación con él
 muerte
 comparada con la muerte de un cordero
 destruyó a sus enemigos
 precio de la redención
 defensa de los cristianos
 deidad
 negada
 prueba
 disposición a despojarse de sus privilegios
 divinidad, prueba
 deseo de restaurar a los creyentes
 pecadores
 esfuerzo por mejorar la comunión con él
 exaltación
 respuesta de los creyentes
 produce seguridad salvación
 pasos
 ejemplo
 servicio
 sufrimiento
 explicación de su identidad
 seguir su ejemplo de sufrimiento
 plena expresión de Dios
 Dios-hombre
 cabeza de la iglesia
 humillación
 experimentó la separación de Dios
 renunció a las riquezas divinas
 identificación con los pecadores
 limitación de sus atributos divinos
 renunció a su gloria celestial
 renunció a ser una autoridad independiente
 retuvo la naturaleza divina
 tomó el carácter de siervo
 imagen de Dios
 herencia
 intercesión
 coherederos con él
 Cordero de Dios
 luz de la vida
 señorío, merece la lealtad de los creyentes
 manifestación de Dios
 ministerio de la intercesión
 nuevo nombre
 obediencia, hasta la muerte
 Pablo, devoción
 preeminencia en la salvación
 preexistencia
 Redentor
 rechazo como Mesías

representación de Dios
 recursos para ayudar a los creyentes
 respuesta a la persecución injusta
 resurrección
 como prueba del poder sobre el pecado y la muerte
 prueba de un sacrificio aceptable
 retorno
 motivación para seguir a Cristo
 produce rendición de cuentas
 sacrificio
 como la parte clave de todos los tiempos
 efectividad
 eliminó el antiguo sistema
 cumple la promesa del Nuevo Pacto
 proveyó una salvación permanente
 remueve el pecado
 auto-despojo
 propenso a las tentaciones
 severidad de sus tentaciones
 sin pecado
 muerte substitutiva
 propósito del sufrimiento
 superioridad de sus sacrificio
 Sustentador del universo
 comprensión como Sumo Sacerdote
 comprensión con los creyentes
 confianza en Dios
 victoria sobre la muerte
 Justificación
 Kenosis
 Latimer, Hugh, sobre el enfoque

en medio del sufrimiento
 Lewis, C.S., sobre la encarnación de Cristo
 Lewis, Peter, sobre el meditar en Cristo
 Ley
 como recuerdo del castigo por el pecado
 propósito de
 Lloyd-Jones, D. Martyn
 sobre el señorío de Cristo
 sobre la humanidad redimida
 sobre el trono de la gracia
 Morris, Leon
 sobre la muerte substitutiva de Cristo
 sobre los términos de la salvación
 Muerte
 juicio de Dios
 pago por el pecado
 incapaz de retener a Cristo
 espiritual, condición del hombre no regenerado
 Obediencia a Cristo, prueba del amor los creyentes
 Owen, John, sobre la revelación de Cristo
 Packer, J.I., sobre la elección de Dios vs. el libre albedrío del hombre
 Pecado
 causa de la alienación entre el hombre y Dios
 cubierto por la muerte expiatoria de Cristo
 lejanía de Dios
 hace que no se llegue a la norma de Dios
 atracción del hombre

realidad presente
 norma del mundo
 Pecaminosidad, alcance
 Pedro
 confrontado por Cristo sobre la realidad
 de su amor
 negación de Cristo
 intensidad
 contexto
 pasos que conducen a su desobediencia
 insuficiencia de la confianza en sí mismo
 arrepentimiento
 restauración hecha por Cristo
 Perdón
 definición
 alcance de este don de Dios
 resultado de la redención
 Principios para seguir a Cristo
 Propiciación
 Reconciliación
 apacigua la ira de Dios
 disponible por medio de Cristo
 disponible para quienes creen
 definición
 meta
 ministerio
 transformación de los hombres
 Redención
 definición
 pago por los creyentes
 Redimida, humanidad
 Resurrección, prueba de la aceptación del sacrificio Cristo
 Sacrificio
 inefectividad del Antiguo Testamento
 el precio del amor
 Salvación
 gloria de Dios en ella
 plan de Dios
 motivo
 propósito
 con relación a los creyentes
 resultado
 seguridad de ella
 Sangre de Cristo,
 vea Jesucristo, muerte
 Santidad, parámetro de Dios
 Santificación, diferencia de la justificación
 Semejanza a Cristo
 premio eterno de los creyentes
 meta del cristianismo
 Satanás
 acusación contra los creyentes
 ataque a los creyentes
 Seguir a Cristo
 actitudes
 olvidar el pasado
 extenderse a la meta
 dependencia de la ayuda divina
 meta celestial
 motivación
 naturaleza objetiva
 requiere un esfuerzo consistente
 Señorío, definición
 Sociedad, fracaso
 Spurgeon, Charles Haddon
 sobre la muerte substitutiva de Cristo
 sobre la gratitud por el sufrimiento
 Stibbs, Alan, sobre el sufrimiento

de Cristo	tamaño
Strauss, Lehman, sobre el	suspensión de leyes físicas
sufrimiento	Valor-propio
Sufrimiento	Vida cristiana, comparada a una
respuesta apropiada de los	carrera en búsqueda de Cristo
creyentes	Vida eterna, máxima arma de
expectativa de los creyentes	Dios
prueba de la fe de los	Vincent, Thomas
creyentes	sobre la falta de amor por
realidad para los Creyentes	Cristo
fortaleza en medio	sobre el amor y la obediencia
camino para los creyentes	sobre el amor a Cristo
maduros	sobre la obediencia como reflejo
disposición de los creyentes a	del amor de uno por Cristo
compartir el	sobre los principios para amar
de Cristo	a Cristo
Transformación de los creyentes	Warfield, Benjamin B.
Trono de la gracia	sobre la humillación de Cristo
Tucker, Booth, experiencia de la	sobre el señorío de Cristo
compassion Cristo	sobre el sacrificio de Cristo
Universo	sobre la resurrección a Cristo

